

DAUDET

ROSA  
Y NINFA

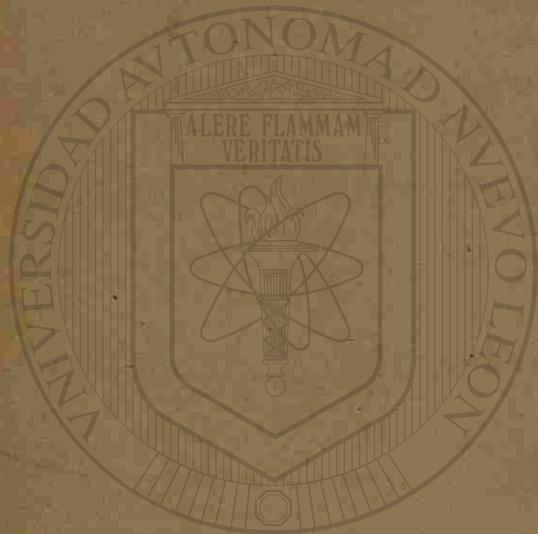
RAJD  
PQ2216

.R8

S6



1020026225



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ROSA Y NINITA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



N  
Núm. Clas. D 2385

Núm. Autor 29921

Núm. Adg. 8

Procedencia

Precio

Fecha

Clasificó

Catalogó

Catalogo

Clasificó

Fecha

Precio

Procedencia

Núm. Adg.

Núm. Autor

Núm. Clas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALFONSO DAUDET

# Rosa y Ninita

COSTUMBRES MODERNAS

Versión castellana de E. de C.

MADRID  
LIBRERIA DE FERNANDO FÉ  
Car. S. Jerónimo, 2.

SEVILLA  
LIBRERIA DE JUAN A. FÉ  
Sierpes, 91.

1896

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DAUDET"  
Abdo. 1026 MONTERREY, MEXICO

29921

098497

813  
9

P2 2216  
R8  
S6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Derechos de propiedad reservados.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: Est. tipográfico de Ricardo Fé. - Calle del Olmo 4.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



«Después de haber visto claramente que el trabajo de los libros y la rebusca de la expresión nos llevan á la paradoja, he resuelto no ofrecer holocausto más que á la convicción y á la verdad, á fin de que este elemento de sinceridad completa domine en mis libros y les dé el carácter sagrado que debe dar la presencia divina de lo verdadero; ese carácter que hace que las lágrimas humedezcan nuestros ojos cuando un niño nos cuenta lo que ha visto.

ALFREDO DE VIGNY.  
(Diario de un poeta).

Divorciado hacía quince días y entregado por completo á la alegría que le

causaba la terminación de la condena, Régis de Fagan, acechaba una mañana por las ventanas abiertas de par en par de su nueva habitación de hombre solo, la llegada de sus hijas, cuya visita le había concedido el tribunal en su sentencia, dos domingos al mes. Era el primero, y entre el montón de cartas de mujeres que en veinte años había ido á parar á su pupitre de autor dramático de moda, muy pocas habían hecho estremecer su corazón con tanta emoción como esta sencilla esquela que había recibido la víspera:

«Querido papá:

»Llegaremos á Passy mañana por la mañana en el tren de las diez. Mademoiselle nos dejará delante del núm. 37 del boulevard Beauséjour, y nos irá á buscar á las nueve en punto de la noche.

»Tu hija que te quiere,

ROSA DE FAGAN.»

Y debajo, con letras grandes é inseguras, la hermana pequeña había firmado: «Ninita».

Y en aquel momento, en la impaciencia del que espera, se preguntaba: ¿vendrán? ó en el último momento, su madre astuta y falsa, ó la impenetrable Mademoiselle inventarán algún pretexto que las detenga? No dudaba del cariño de sus hijas, pero comprendía que eran tan jóvenes,—Rosa apenas tenía dieciséis años y Nina no había cumplido aún doce—tan débiles las dos para resistir á una influencia hostil... y tanto más, que habiendo salido del convento donde se educaban después del divorcio, estaban entregadas sin defensa á la madre y á la institutriz. Ya se lo había dicho su abogado: «la partida no es igual, querido Régis; no tendrá usted más que dos días al mes para hacerse querer.» No importa; con dos días bien empleados, el

padre se juzgaba bastante hábil para poder conservar el corazón de sus queridas hijas; pero le eran imprescindibles los dos días estrictamente, sin trampas, sin malos pretextos; y cada vez más ansioso, á medida que avanzaba la hora, más conmovido con esta cita que en su vida lo había estado por cualquiera otra de amor ó de interés, Fagan se agitaba rabioso, inclinando el cuerpo fuera de la ventana para mirar hacia los dos extremos del boulevard lejano, verde y tranquilo, que limitaba por uno de ellos la vía del ferrocarril oculta por una valla y un enverjado, y por el otro una línea de elegantes hoteles, con sus escalinatas, sus macetas llenas de flores, sus cuidadas praderas.

— Buenos días, padre..., ¡somos nosotras!

— ¡Vosotras! ¿pero por dónde?... ¿pero cómo habéis entrado?

En su afán de mirar la hora, atender á la llegada de los trenes, buscarlas entre los que pasaban por el boulevard, no las había visto llegar, y de pronto aparecían en la puerta de la antesala; estaban allí, en su presencia, más crecidas, y habiéndose hecho más mujeres en los dos ó tres meses que habían pasado sin verlas. Sus manos temblaban al ayudarlas á quitarse las elegantes chaquetas y los sombreros redondos rodeados de plumas. Las pequeñas también estaban algo intimidadas por lo extraño de la nueva situación. Es verdad que su padre era siempre su padre, el alegre, el cariñoso papá que las hacía jugar tanto y saltar sobre sus rodillas cuando eran chicuelas; pero ya no era el marido de su madre, y de aquí una variación que sentían y que no hubieran podido explicar, pero que se traslucía en la extrañeza ingenua de sus ojos.

Este malestar se desvaneció poco á poco, mientras visitaban la casa aún desconocida para ellas, y cuyos cuartos, todos brillantemente iluminados por la clara luz de Mayo, daban unos al boulevard y otros al jardinillo del hotel, que parecía más grande, gracias á las arboledas de los jardines vecinos. Casi todos los muebles eran nuevos. Sin embargo, en el cuarto de estudio, las niñas encontraron las librerías y la enorme mesa para escribir, cuyas esquinas peligrosas para las cabecitas de los que juegan al escondite, había hecho redondear la previsión paternal. ¡Cuántos recuerdos tenían los más pequeños rincones de aquellos muebles macizos! ¡cuántos había en los contorneados bronces de sus cajones!

—¿Te acuerdas, Ninita, la vez que mamá...

Pero Ninita, la más pequeña, mucho

más lista y viva que la mayor, corta la frase con una mirada; porque antes de enviar sus hijas á casa de su padre, la antigua señora de Fagan, en la actualidad señora de Ravaut, apellido suyo, les ha recomendado mucho que no hablen de ella, que no den ninguna noticia de su existencia ó de sus proyectos para el porvenir, caso de una averiguación poco delicada; y sabiendo que Rosa es distraída ha hecho especialmente estas recomendaciones á Ninita, cuya carucha resulta muy divertida por la resolución que indican los pliegues de su boca de guardar reserva, de permanecer cerrada herméticamente y la mirada penetrante, curiosamente investigadora y recogedora de impresiones que brota de sus ojos de ratoncillo. ¡Cómo había podido la señora de Ravaut, en tan poco tiempo, olvidar el carácter entero y digno del que fué cerca de veinte años su

marido, hasta el punto de creer que iba á hacer á las hijas espiar á la madre! Es verdad que es difícil desligarse por completo de una existencia que ha sido largo tiempo gemela de la nuestra, cuyas alegrías y cuyas tristezas han repercutido en nosotros diariamente, pero Régis de Fagan emplea toda su voluntad en olvidar, hasta elude pronunciar el nombre de su antigua mujer, y como las niñas hacen lo posible por guardar la misma reserva, resulta cortado por espacios, por silencios, como se dice en el teatro, el animado paseo á través de la habitación.

En el cuarto de dormir, por ejemplo, Rosa y Ninita no han podido contener un grito de estupor al ver la pequeña cama de hierro, verdadera cama de estudiante, sin cortinas ni colgaduras, y las dos chicas se miran, animadas por el mismo pensamiento, el mismo recuerdo de las ma-

ñanas de Navidad y del primer día del año cuando venían, enmarañándose en sus largos camisones, apenas despiertas, á meterse en la cama de papá y de mamá para cambiar besos y regalos.

Otra porción de cosas, dicen también los ojos de Rosa y de Ninita al ver colgados á la cabecera de la cama de su padre los retratos desaparecidos del cuarto matrimonial de la calle Laffitte y que aquél se ha llevado al marcharse. En primer lugar, el retrato grande, al pastel, en que están las dos, cuando tenían seis y diez años, agarradas de la mano, casi escondidas dentro de sus capotas de muselina y las mangas altas, inglesas, de sus trajes á la Greenaway. En segundo, la mamá de papá, detrás del cristal de un cuadro ovalado, la abuelita que no han llegado á conocer, pero que su madre les ha dicho que era severa, pero muy several

Cuántas reflexiones cruzan por aquellas cabecitas; ¡qué desarrollo de todas sus ideas, y al mismo tiempo cuántos seres y cuántas cosas, unidas antes y ahora dispersas como si hubiesen sufrido un incendio ó un naufragio! y cuán complicado y asombroso es todo esto para ellas, dada la falta de juicio que caracteriza la extrema juventud! Afortunadamente, entraban ya en el comedor, cuyas ventanas abiertas dejaban paso á todo el sol, á todos



los perfumes del jardín. La mesa estaba servida con coquetería: había un ramo en

el sitio de cada una de las señoritas: delicada atención de Mme. Hulin.

—¿Mme. Hulin?—interrogó Ninita, cuyos ojitos redondos brillaban en seguida, llenos de curiosidad.

—El ama de esta casa... habita el cuarto bajo y alquila el principal para estar menos sola en la casa, porque es viuda y vive con un niño y una criada vieja.

—Un amorío para papá—dijo Rosa, sin darse cuenta, mientras se arreglaba los rizitos ante un espejo de mano.

Fagan la miró tristemente. Había dicho una tontería, como solía decirlas su madre. Sin embargo, Rosa era la que menos se parecía á la señora Ravaut: alta, un poco inclinada hacia adelante, con su color moreno de criolla, y la seria y sentimental expresión de sus facciones, recordaba el tipo de su padre.

—No tengo el corazón dispuesto para amoríos, hija mía — le dijo con tono de dulce reconvención, —y creo firmemente que la pobre Mme. Hulin tampoco está más dispuesta que yo; pero es una mamá muy cariñosa, y al saber que mis hijas vendrían esta mañana ha cogido esas flores para obsequiarlas.

El criado que traía el primer plato, huevos revueltos con setas, la pasión de Ninita, fué recibido con una exclamación de alegría.

—Calla, es Antero.... Buenos días, Antero.

Estaba sirviendo en casa de Fagan, desde hacía algunos años, y muy colorado, cortado él también por lo imprevisto de la situación, balbució:

—Muy buenos días, señoritas.

Nacido en el país de Beauce, estaba por civilizar. Con sus pelos lacios y su

frente de un dedo de ancha, parecía que le habían hecho la ablación de la parte superior de la cabeza con todo lo que debía haber dentro. Su incomparable estupidez desesperaba á la señora, y Régis, cuando llegó el divorcio, lo llevó á su lado, quizás también, porque habiendo conservado Antero relaciones con la cocinera de la calle Laffitte, podría tener noticias de allí todos los días. Aquella cara conocida que volvían á ver, tan rústica como antes, hacía que el almuerzo pareciera á las niñas más cordial, más familiar. Y qué encanto, qué maravilla era aquel almuerzo cuyos platos habían sido elegidos y discutidos, uno por uno, por Fagan y su criado, para saber si á la señorita Rosa le gustaba azúcar en los guisantes, si á Nina la crema de chocolate ó de vainilla!

Trastornadas por las golosinas de aquel almuerzo, por sus *toilettes* nuevas de pri-

mavera, se excitaban, olvidando en su deliciosa charla las recomendaciones de su madre, sobre todo Rosa, á quien Ninita hacía gestos disimulados y frecuentes. Fagan supo así, sin querer, que el viernes último, «el primo» las había llevado á la Opera cómica. Y el «primo» era uno de los nombres prohibidos; pero Rosa no podía contenerse. Entonces, para evitar aquellas indiscreciones involuntarias que les acarrearían un regaño al volver por la noche á su casa, su padre ponía cuidado en no hablarles más que de cosas indiferentes, de su convento, que casi se veía desde allí, de aquellos hermosos jardines de la Asunción, donde habían vivido tantos años felices.

¿Acaso no lo echaban de menos? ¿No volverían á él con gusto?

— ¡Oh, no! — respondían las dos á una.

— ¿Por qué?... Pues antes bien deseabais volver...

Ninguna de las dos se atrevía á contestar ni á decirle lo que adivinaba de sobra. Era que después del divorcio de sus padres la casa había variado para ellas. Viviendo en medio de continuas disputas, en las que nadie se contenía, y en las que algunas veces tenían que ponerse de parte de uno ó de otro; «Ya oís, hijas mías, como me habla vuestro padre!— ¡Señora, se excede usted delante de sus hijas!» había habido que llevarlas al convento para evitarlas aquellas tristes escenas. Pero, en cuanto se fué el padre, una vez sentenciado el divorcio, la madre se había apresurado á traerlas á su lado, presa, de repente, de un afecto poco compatible con su naturaleza dura y caprichosa. Parecía querer conquistar á sus hijas: hasta Mademoiselle dulcificaba también las acritu-

des y severidades de su papel de *dueña* y de institutriz.

Esta transformación se hacía visible y agradable hasta en la *toilette* de las niñas. Hasta entonces, la madre no se había ocupado más que de la suya, sacrificándole el tiempo y el dinero necesarios: pero solamente con ver entrar en su casa aquellos dos encantadores figurines en vez de las novicias que con severos trajes de uniforme le devolvía el Colegio de la Asunción los sábados por la noche, Fagan había comprendido que aquella madre, tan poco madre antes, iba á convertirse en *madraza* y á mimar y á halagar á sus hijas, no impulsada por un exceso de ternura, sino por una miserable envidia, por un prurito de molestar, de mortificar á su antiguo marido. Vislumbraba una serie de disgustos, una guerra de alfilerazos; pero ¿para qué preocuparse por el momento?

¿No estaban con él sus hijas, á su lado y por todo el día? Después de almorzar iba á llevarlas á la función de tarde del teatro Francés, donde representaban una de sus comedias que no habían visto aún. Y considerad la alegría, el orgullo que debe causar oír desde un hermoso palco proscenio á los mejores actores de París, representar ante un público numeroso una obra de que es autor vuestro padre!

Seguramente no podría la señora Ravaut ni aun contando con la colaboración de Mademoiselle ofrecerles semejante distracción. Después del teatro, paseo en coche por el bosque y comida en un restaurant elegante. Otra distracción que su madre no hubiera podido darles tampoco, á menos de hacerse acompañar por el *primo*. ¡Oh! la alegría de pedir una misma al mozo, manjares extraordinarios y oír en las mesas próximas cuchichear con la

curiosidad que inspira en París el hombre de moda, «Régis de Fagan y sus dos hijas». Luego á la caída de la tarde, cogidas del brazo de su padre por los paseos del bosque, perfumados y desiertos, en las frescuras de los lagos blanquecinos, volver á Passy, y llegar á Beauséjour donde las estaría esperando el coche de Mademoiselle. ¡Esto sí que se podía llamar un día hermoso!

Este programa lleno de alegrías y la animación del almuerzo, coloreaban con una tinta caliente las mejillas de aquellas parisienses paliduchas. Por la ventana entreabierta entraba el perfume de los lirios y de las rosas. Un mirlo se desgañaba en la cima de un olmo y al asomarse Ninita á la ventana para tratar de verlo, entre las ramas cercanas sonó una argentina voz de niño que desde la pradera decía:

—Baja á jugar conmigo, ¿quieres, dí? Era el pequeño Mauricio Hulín bonito chiquillo de nueve á diez años, pálido como una camelia, con largos bucles de pelo rojizo y que herido en una rodilla, saltaba ayudándose con una corta muleta. Mme. Hulín que estaba leyendo sentada al lado de su hijo, levantó la cabeza y dijo: «Usted dispense» y «gracias», con la sonrisa de una boca fresca aún, y que indicaba bondad.



—Acuérdate de que vamos al teatro, Ninita...—dijo la hermana mayor como enfadada de ver la facilidad con que Nina entablaba una nueva amistad. La pequeña que ya se había marchado no la oyó.

—¿Quieres que bajemos nosotros?—

preguntó el padre... Ya verás; es una mujer muy agradable.

Pero Rosa se negó en absoluto. No conocía á aquellas gentes... Y en el tono de la muchacha puesta de codos á la ventana al lado de su padre, se traslucía una naciente antipatía hacia Mme. Hulín.



## II

Entre el escritor y su vecina se había establecido una intimidad nacida de la semejanza de su situación, una simpatía que aún no podía analizarse. Habían pasado la velada, una vez acostado el niño, solos, en el saloncito del piso bajo, oyéndose á lo lejos el rumor de París, y turbando únicamente el silencio del boulevard solitario algunos ladridos de los perros, y el

preguntó el padre... Ya verás; es una mujer muy agradable.

Pero Rosa se negó en absoluto. No conocía á aquellas gentes... Y en el tono de la muchacha puesta de codos á la ventana al lado de su padre, se traslucía una naciente antipatía hacia Mme. Hulín.



## II

Entre el escritor y su vecina se había establecido una intimidad nacida de la semejanza de su situación, una simpatía que aún no podía analizarse. Habían pasado la velada, una vez acostado el niño, solos, en el saloncito del piso bajo, oyéndose á lo lejos el rumor de París, y turbando únicamente el silencio del boulevard solitario algunos ladridos de los perros, y el

paso brusco de algún tren cuya trepidación conmovía toda la casa.

De pronto el reloj, antiguo mueble de familia que armonizaba con la consola y los asientos estilo Imperio, dió las diez, y Mme. Hulín, se sonrió dulcemente mientras cortaba con los dientes el hilo de su labor.

— ¿De qué se ríe usted?— preguntó Régis con la constante inquietud del hombre frente al enigma femenino á que hace traición algunas veces la burla involuntaria, recuerdo de la muchacha traviesa que existe siempre hasta en la mujer de mejor equilibrada cabeza.

Fijó en él sus grandes ojos de pupilas azules, rodeados de un blanco cándido y nacarado, de una pureza sorprendente entre las líneas bien acusadas y mórbidas de la fisonomía de una mujer de cerca de treinta años.

— Me río—dijo—porque son las diez, porque esta noche tampoco sale usted, y porque para Régis de Fagan, esta es una vida muy rara.

Fagan sonrió á su vez.

— ¿Pues qué vida cree usted que hacen los artistas?... ¿Los cree usted á todos mundanos hasta no poder más, corriendo de orgía en orgía y no descansando ninguna noche?

Paulina Hulín, después de dudar un poco:—Pienso—dijo—en los escenarios tan llenos de lazos, de tentaciones... si yo hubiera estado casada con uno de ustedes hubiese tenido mucho miedo.

— ¿Miedo?... ¿y de qué? ¿de las actrices? ¡Bah!...

Y el escritor dramático, el hombre de experiencia, se puso á analizar el aspecto ficticio y moldeado de aquellas extrañas mujeres que usan frases hechas, que ex-

perimentan sentimientos convencionales, arrastradas por el rún-rún de las piezas que han representado y que conservan su entonación en la vida real, como las muñecas su mecanismo parlante... ¡Las mujeres de teatro!... si alguna vez por casualidad sienten un arranque de pasión verdadera, si dicen un «te amo» que no proceda del Conservatorio, piensan en seguida ¡Qué bien lo he dicho!... Y lo guardan para ofrecérselo al público en la primera comedia de costumbres... Y tan buenas compañeras... siempre con el corazón en la mano... incapaces de rehusar nada á los amiguitos.

Es preciso haber visto los corredores de un escenario cuando los artistas están solos sin autor ni director, los cuartos próximos, lo que se dice de uno á otro... es lo mismo que un carro de saltimbanquis. A no ser un jovencillo inocente, ¿qué hom-

bre honrado puede encontrar allí nada que le satisfaga?

Mme. Hulín muy atenta, aunque en apariencia no se ocupaba más que de la labor que tenía sobre las rodillas, dijo con la misma entonación tranquila:

—Concedo todo lo que dice usted de la actriz, por más que visiblemente exagera usted algo; pero aun prescindiendo de ella ¡cuántas tentaciones quedan aún para el hombre célebre, para el autor aplaudido! Admiradoras de la alta sociedad, adoradoras por correo interior, todas las desconocidas que acuden á vosotros, que os aman de lejos, que os lo escriben...

—¡Oh! tampoco es muy seductora ni peligrosa esa clase—dijo Régis... En primer lugar siempre son las mismas las que escriben... media docena de histéricas, de extranjeras que coleccionan autógrafos... He hecho veinte veces la prueba con mis

amigos, con mis colegas... sus incógnitas eran también las mías.

Paulina levantó la cabeza. — Sin embargo puede suceder que una mujer que salga conmovida de oír una obra hermosa, una buena lectura, sienta deseo de dar las gracias al autor.

— Es posible que escriba, pero si tiene sentimientos delicados, no enviará la carta... Desafío á usted á que me diga lo contrario—añadió Régis mirándola profundamente.

— ¡Oh! ¡Yo no soy expansiva!

Un quejido del niño la interrumpió y la hizo ir al cuarto de al lado, y al volver al cabo de un rato junto al costurero:— Está agitado esta noche—dijo bajando la voz.

En este nuevo diapasón que hacía más íntima la conversación, repuso Régis:— De modo que usted se imaginaba un Fagan vividor y calavera?... desengañese usted;

la vida que llevo en este momento es la que soñaba en el matrimonio, y mis costumbres caseras, mi pereza para salir es lo que más ha disgustado á mi mujer. Fué su primer motivo de queja, la causa inicial de la ruptura... ¿Quién tiene la culpa? Me caso á los veinticinco años, habiéndose representado mis obras en todos los teatros, harto de todos los placeres que pueden proporcionar, y doy con una mujer loca por los estrenos, los beneficios, los billetes de autor... Me han hablado del abuelo Ravaut que había hecho su fortuna fabricando y alquilando trajes de teatro; y puede ser que el atavismo de oropel, pelucas y chalecos bordados haya impresionado á aquel pobre cerebro. Ya ve usted el error; él que se casa por huir de la vida ficticia para hacerse un hogar que no sea el foyer de la comedia francesa ó de la ópera cómica; ella que por el contrario no ha bus-

cado más que un nombre muy conocido, la ocasión de asistir á todos los ensayos generales y la seguridad de figurar en la primera hoja de los periódicos.

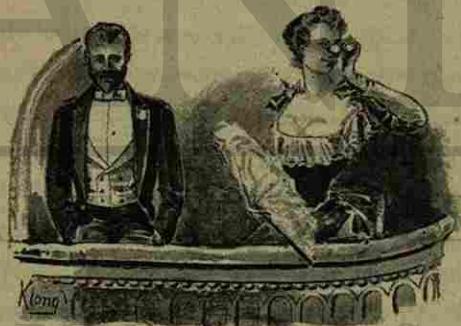
—Gran error en efecto—dijo Mme. Hulín, pero sin convicción. Había algo que demostraba duda en su tono leal, en su franca fisonomía.

Fagan que lo comprendía insistió para convencerla:

—Yo cedí como el más enamorado, porque lo estaba perdidamente, y no de ruido impreso ni de vana celebridad como ella. Todas las noches, durante años enteros, me han arrastrado á los espectáculos más variados; formábamos parte de ese repugnante «todo París», que se exhibe en todas partes, que es más comediante que los mismos cómicos, y para el que no hay vacaciones ni descanso. En los estrenos de no importa qué teatro ocupábamos in-

variablemente las mismas localidades; veía pelarse en las butacas de orquesta los cráneos de la crítica, formarse las arrugas de mis vecinos ó de los que estaban enfrente; siempre constantes también ellos, y oía á mi mujer decir: «Calla, Mme. X ha mudado las bridas á su sombrero rosa para hacer creer que es nuevo...» ó «mira al matrimonio Z, ¡qué viejos están!»

Luego, sin cansarse, durante los entreactos, paseando sus gemelos enumeraba



los apellidos conocidos, repetía todos esos hechos insignificantes, esos pequeños escándalos de que París se hace eco durante todo un invierno, que sazonan sus diversiones de las que son la nota alta y deliciosa. He llevado esta existencia de provinciano bastante tiempo para que al fin me cansara y me repugnase de tal manera, que la verdadera causa de nuestro divorcio es ésta.

—Pues algo se habló de cierta historia...—dijo Mme. Hulin haciendo un ligero gesto de duda.

—¡Ah! sí... mi *flagrante delicto* del Hotel de España que refrieron todos los periódicos. Confiese usted que de ahí viene la mala opinión que tiene usted de mí, ¿no es verdad? ¿Y si yo le dijera que aquella *sorpresa* estaba preparada de acuerdo con mi mujer?

Viendo la estupefacción de Paulina,

Régis continuó:—Hasta hoy sólo tres personas estaban en el secreto de esta comedia, la antigua Mme. de Fagan, el Consejero Malville y yo... ¿Conoce usted al Consejero?—preguntó al notar un movimiento de Mme. Hulin que contestó afirmativamente con la cabeza; y de una tirada, sin descansar, contó su aventura conyugal.

«Imposible estar más hartos uno de otro que estábamos nosotros; pero esto no era bastante; «necesitamos un hecho concreto» decía á mi mujer su amigo Malville, musicastro rabioso, mientras leía con ella al piano la última partitura de Wagner: «Proporcioneme usted un escándalo, un *flagrante delicto* y yo me encargo de lo demás.» Quizá sin tener mucho que buscar, hubiera podido yo encontrar, en las relaciones de Mme. de Fagan y del primo La Posterolle, las pruebas que pedía

el Consejero; pero dos razones me lo estorbaban. La primera, la facilidad con que había dejado establecerse en mi casa la intimidad del primo, joven fiscal del Consejo de Estado, al que por mi pereza por salir, por mi hastío de los placeres del gran mundo, yo mismo autorizaba para acompañar á mi mujer y á mis hijas al teatro y á los bailes. La segunda razón, la verdadera, eran nuestras dos hijas, su matrimonio, su porvenir, todo el objeto de mi vida futura. Cuando el hombre es el cogido en falta, el mundo perdona: Cuando es la mujer, recae algo de vergüenza sobre la familia. Quedan los hijos señalados, manchados para siempre. He ahí por qué quise aparecer culpable y dejarme sorprender en las condiciones que usted sabe.

—Y Mr. Malville se ha prestado á semejante comedia—exclamó Mme. Hulín indignada.

—Ya veo que no conoce usted bien á ese *diletanti* extraviado entre los magistrados. Todo lo que no sea Beethoven ó Wagner, le es perfectamente indiferente. Eso sí, es muy complaciente, porque el asunto le ha proporcionado casi tantas molestias como á nosotros. Unas veces el comisario á quien se había avisado, no llegaba á tiempo; otras mi cómplice, — porque claro está que yo necesitaba una cómplice,—no acudía á la cita... y vuelta á empezar. No se puede nadie imaginar nada más bufo que un matrimonio legítimo, citándose en un sitio extraviado de París para combinar de nuevo el día y la hora en que el deseado *flagrante delicto* había de ser al fin legalmente comprobado. Habíamos elegido lo más alto de la avenida del Observatorio, donde es más fresca y más densa la sombra de los castaños. Allí no había peligro de que nadie

conocido nos encontrara y esto era indispensable, porque, piense usted en lo ridículo que resultaría ver paseando juntitos, poniéndose de acuerdo, combinando su libertad, á dos personas que han pedido el divorcio. Yo, que siempre estoy buscando situaciones nuevas, creo que no me equivoco al decir que aquélla lo era. «El lunes, sin falta, en el hotel de España y que no se retrase la princesa», decía mi mujer dándome un apretón de mano al separarse de mí. Y yo, no menos resuelta y cordialmente contestaba: «El lunes, sin falta!» y efectivamente, el lunes siguiente fué cuando el comisario de policía me sorprendió por la mañana...

— Con Amy Ferat, actriz del Vaudeville, dijo Mme. Hulín esforzándose para sonreír, suprima usted los detalles; estoy enterada.

— No completamente; los periódicos no

lo han contado todo. La pobre Amy Ferat, como es natural, no sabía el despertar que la esperaba, porque aunque no tuviera mucho que perder me repugnaba un poco mezclarla en este fastidioso asunto de que todo París se había de ocupar. Al oír el brusco y matutino golpe dado en nuestra puerta acompañado de la frase: «Abrid en nombre de la ley,» se incorporó asustada: «¡Mi marido!... ¡estamos perdidos!—¿Cómo, tu marido?—Sí, estoy casada, perdona que no te lo haya dicho... escápatete... escóndete.» Le aseguro á usted que pasé unos malos instantes en la duda de si se trataba de mi adulterio ó del suyo. Afortunadamente mi incertidumbre no duró mucho rato. A consecuencia de esta aventura fuí condenado á pagar á Mme. de Fagan como alimentos mil quinientos francos mensuales y á dejarle mis hijas, con la condición de que cada quin-

ce días vendrían á pasar un domingo conmigo. Poca cosa es, pero estoy persuadido de que dentro de poco tiempo su madre dulcificará esta última cláusula y me enviará mis hijas más á menudo, según vayan creciendo y siempre que le estorben.

—No me hable usted del divorcio... es una farsa indigna—y Mme. Hulin dejó la labor que sostenían mal sus manos temblorosas.

—Sin embargo le debo la dicha al divorcio; me ha librado de la criatura más abominable...

—¡Oh! hablar así de una persona que no es culpable más que de no haber comprendido á usted. Mala inteligencia... incompatibilidad de carácter...

—Mucho más, muchísimo más. A menudo le he dicho á usted cuánto me gusta su rectitud y la sinceridad de sus pala-

bras y de su mirada; pues bien, lo que me exasperaba de aquella mujer era la mentira, la mentira por gusto de mentir, instintiva, por creerla elegante, por vanidad, que forma parte de su modo de ser, de su entonación, tan amalgamada con todos sus actos y tan perjudicialmente mezclada, que me era ya imposible distinguir lo verdadero de lo falso.—«¿Por qué te ríes tan estrepitosamente?», le preguntaba yo un día en un gabinete del restaurant donde cenábamos después de salir de la Ópera.—«Para que crean los que están al lado que nos divertimos mucho.»

Esto pinta su modo de ser. No me acuerdo de haberla oído nunca hablar para la persona que estaba con ella, sino para otra que acababa de llegar, para el criado que nos servía, para el que pasaba por su lado, cuya atención quería llamar. De pronto, delante de diez personas con

la voz y los ojos tiernísimos, me decía:  
—¡Oh, Régis mío, las islas Borromeas!...  
las primeras semanas de nuestro matri-  
monio!... y, jamás habíamos estado en  
las islas Borromeas, figúrese usted mi  
asombro!

Madame Hulín trataba de atenuar aún...  
«Después de todo esas eran debilidades  
bien inofensivas.»

—Sí:—replicaba Fagan,—pero que aca-  
baban por ser fatigosas. Preguntar á la  
compañera de la vida: ¿De dónde vienes?...  
¿qué has hecho?... y saber que no ha de  
contestar una palabra de verdad, que las  
mil casualidades de París le harán á uno  
saber que ha mentido sin motivo con un  
empeño una obstinación contra los que de  
nada sirven ni ruegos, ni pruebas. ¡Oh!  
aquella vocecita aguda: «Yo te aseguro...  
absolutamente... tú eres el que te engañas  
ó el que me engaña.» Lo triste es que con la

edad, con la seguridad que va tomando la  
mujer, la mentira se iba envenenando y  
se hacía peligrosa para mí y para los de-  
más. Sobre sus enemigos en la sociedad  
inventaba unas cosas lo más extrañas, lo  
más abominables, y al fin acababa por  
creerlas ella misma. Y esto con un aire  
tranquilo, razonable, sin que nada descu-  
bra su neurósis más que un pequeño movi-  
miento uniforme, automático; una cinta,  
un pliegue de su vestido que está estru-  
jando, arrugando con los dedos durante  
horas enteras.

...Y como el mundo cree con gusto to-  
das las infamias que se le dicen, el daño  
que puede hacer impunemente una infer-  
nal criatura como ella, es incalculable.  
¡Cuántas veces en las comidas de convite  
me he inclinado para espiar, para vigilar á  
mi mujer por entre los certros llenos de  
flores!... ¿Qué dice? ¿Qué está inventando?

¿Qué veneno está dando al que está á su lado ese pequeño monstruo tan bien peinado, tan bien vestido? No tardé mucho tiempo en ser yo mismo su víctima. Pronto empezó á circular por los salones la historia de una Sueca, perversa criatura de dieciséis á diecisiete años que me había trastornado hasta el crimen é inspirado la repugnancia, el odio hacia mi mujer y mis hijas. «Si muero cualquier día,—decía á sus amigas el delicioso ser que llevaba mi nombre,—sí muero, ya sabréis quién me ha matado.»

Paulina Hulín exclamó indignada.

—¡Oh! Eso es horrible...

—Sí, horrible... Puede usted figurarse como me recibían mis amigos, los consejos indirectos que me daban, las miradas tristes ó indignadas que nos dirigían ó que me dirigían... ¿Defenderme?... ni siquiera traté de hacerlo. ¿A quién iba yo á

convencer de que no conocía á ninguna Sueca, ni perversa, ni honrada y de que todo aquel drama conyugal era obra de una imaginación de histérica? Me resigné, pues, y seguí mostrando en los estrenos y en los bailes mi careta sanguinaria de Barba Azul, mientras que á mi lado la dulce víctima suspiraba y alzaba al cielo los ojos. Sus amigas sabían que era tan desgraciada, que á pesar de la repugnancia de la buena sociedad parisiense hacia el divorcio, todas se lo aconsejaban. «No, no... Resistiré hasta el final por mis hijas... En realidad le faltaban como á mí agravios supremos y sin los consejos de Malville...»

Un grito del niño, más fuerte que el anterior, cortó otra vez la conversación, haciendo salir precipitadamente á la madre, que volvió al poco rato muy pálida y conservando en sus hermosos ojos un resto de expresión de susto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29921

—¿Qué es?—preguntó Fagan.

—Nada, casi nada... una pesadilla que le da siempre y se despierta sobresaltado al dar ese grito doloroso, ese grito de angustia.

¡Su pobre hijo tan nervioso, tan débil! Paulina se puso á hablar de él, de su salud, de la herida de la rodilla...

—¿Es de nacimiento?—preguntó Fagan impresionado por aquella inquietud maternal, la más profunda, la más conmovedora de todas.

—No, un accidente... cuando era pequeño.—Y ya no dijo más, absorta por aquel recuerdo triste.

### III

—No, hijitas mías... no... lo que me pedís es imposible y me causaríais mucha pena insistiendo.

¡Insistir! ya se guardarían bien de hacerlo. Al oír la negativa de su padre, Niníta había cogido un libro, Rosa un periódico de modas y sus candidas caritas habían tomado de repente una expresión dura, reservada, y parecían absortas en una silenciosa atención, únicamente interrumpida por alguna mirada de reojo llena de malicia que se deslizaba por entre las pestañas medio cerradas. Ya no eran dos niñas con quien tenía que habérselas Fagan, sino dos mujeres con la angelical

—¿Qué es?—preguntó Fagan.

—Nada, casi nada... una pesadilla que le da siempre y se despierta sobresaltado al dar ese grito doloroso, ese grito de angustia.

¡Su pobre hijo tan nervioso, tan débil! Paulina se puso á hablar de él, de su salud, de la herida de la rodilla...

—¿Es de nacimiento?—preguntó Fagan impresionado por aquella inquietud maternal, la más profunda, la más conmovedora de todas.

—No, un accidente... cuando era pequeño.—Y ya no dijo más, absorta por aquel recuerdo triste.

### III

—No, hijitas mías... no... lo que me pedís es imposible y me causaríais mucha pena insistiendo.

¡Insistir! ya se guardarían bien de hacerlo. Al oír la negativa de su padre, Niníta había cogido un libro, Rosa un periódico de modas y sus candidas caritas habían tomado de repente una expresión dura, reservada, y parecían absortas en una silenciosa atención, únicamente interrumpida por alguna mirada de reojo llena de malicia que se deslizaba por entre las pestañas medio cerradas. Ya no eran dos niñas con quien tenía que habérselas Fagan, sino dos mujeres con la angelical

obstinación de la mujer, que acaba siempre por exasperar al hombre. El pobre padre se esforzaba en meter en aquellas pícaras cabecitas los serios motivos que tenía para negar la subvención suplementaria que se le pedía.

Vamos á ver; desde hacía siete meses que se había separado su madre y él, no había dejado ni una sola vez de dar dos mil francos en vez de los mil quinientos que el tribunal había concedido. ¿Y aún no era bastante. Aún se atrevían á pedirle más, sabiendo que no tenía más fortuna que lo que le producía el teatro? Este año no se quejaba porque su repertorio seguía en boga, pero los caprichos del público podían disminuir su renta. Además había que pensar en la dote de Rosa.

—Y en fin, hijitas, me parece que para un domingo que venís á verme, uno de mis pobres domingos, os habéis encarga-

do de desempeñar una comisión bastante fea. ¿No hubieran podido enviar á Mademoiselle ó mejor aún haberme escrito una carta á la que ya hubiese yo sabido contestar?

Era preciso este ataque directo á su madre para romper el mutismo de las dos muchachas.

—Pero papá—dijo Ninita sin apartar los ojos de su libro,—no nos han dado ninguna comisión... y ese pequeño aumento que te habíamos pedido era para nosotras solas...

—Para nuestros trajes...—añadió Rosa cuya voz salía de entre los figurines que la rodeaban como un biombo.

—¡Vuestros trajes!... —clamó Fagan. ¡Pero si precisamente es para vuestros trajes el aumento que doy todos los meses! ¡Seguramente no es para los de Mme. Ravaut! Y las jóvenes de vues-

tra edad, de vuestra posición, deben contentarse con esa cantidad. Y empezó á entrar en detalles de gastos, vestidos, ropa blanca, calzado, volviendo, sin notarlo, á repetir una de aquellas fastidiosas discusiones de familia que tanto le molestaban antes; pero con la diferencia ahora de que tenía que hacer frente á dos mujeres en vez de una sola: las réplicas se sucedían, agudas y directas las de la pequeña, pero más desagradables las que inconscientemente daba la mayor, que una de las veces adujo como razón un matrimonio que sin duda las obligaría á...

—¿Qué matrimonio?...—exclamó Fagan con viveza.

Por rápida que fué la mirada que lanzó Ninita á su indiscreta hermana mayor, Fagan la cogió al vuelo; palideció, y con voz extridente y dura, dijo:

—¡Comprendido!... Sí, sí, perfectamen-

te... ya entiendo... Mme. Ravaut se vuelve á casar... está en su derecho... ¿Y con quién? ¿Puede saberse?... Con el primo, ¿no es verdad?

Las encendidas mejillas de sus hijas, sus gestos evasivos, desconcertados, le contestaban mejor que las palabras, y aumentaban su cólera. No era que tuviese celos de su mujer; pero de sus hijas; ¡oh! de sus hijas sí los tenía, hasta el extremo de que en otro tiempo le hacía sufrir su intimidad con La Posterolle y le mortificaban los halagos, los regalos con que sabía conquistarlas y granjearse sus amabilidades de cotorritas golosas y coquetas. ¿Qué sucedería ahora que iba á vivir en la misma casa, con la autoridad y las privanzas de un padrastro y que sería bien pronto, por la sucesión natural de las cosas, por la asiduidad, por la presencia continuada más su padre que él mismo?

Lo que más le exasperaba, era pensar que quizá se llevasen á sus hijas lejos de París.

—¡Oh! eso... lo veríamos... tartamudeaba furioso agitando sus largos brazos, con los puños crispados amenazando brutalmente.

Pero los furores de Fagan, criollo de la isla de Borbón, pasaban como los ciclones cortos y violentos. Duró el tiempo necesario para tirar algunas sillas, cerrar de golpe la puerta al salir y volver á entrar y después se calmó, se tumbó en una gran butaca americana y como todos los domingos, pidió á Rosa que se pusiese al piano comprado expresamente para ella.

Desgraciadamente Rosa tenía jaqueca, pero tan fuerte que...

—Vamos Rosita... casi nada... unos compases de Chopin ó de Mendelssohn...

—Lo siento mucho papá... pero es imposible...

Y en vista del tono seco, implacable de la hija, el padre no insistió: no se discute con la jaqueca. Volviéndose hacia Ninita, dijo:

—¿No vas á jugar con Mauricio?

—No; hoy no... estoy muy cansada.

Agarrada con las dos manos al libro, la frente arrugada y la barba recogida sobre su cuello de hombre, se comprendía que ni los tiernos reproches del padre ni las miradas suplicantes que echaba á la ventana el pobre enfermito, mientras arrastraba su muleta desconsolado y aburrido, podrían hacer cambiar su resolución.

Todo el resto del día se estuvo estrellando Fagan contra un mal humor que no era solamente el de sus hijas, sino que era también obra de la ausente y tanto más fuerte cuanto que no estaba presente.

¿Valía la pena de haberse divorciado si había de seguir sufriendo las mismas escenas de familia, seguidas de los mismos mutismos cuya enervante persistencia conocía?

Durante aquella larga y lamentable tarde, escribió á Mme. Ravaut varias cartas que rompió en seguida, por encontrarlas demasiado moderadas unas y excesivamente duras otras. Por fin cuando sus hijas, después de darle un beso con frialdad, se despidieron de él para ir á buscar á Mademoiselle que las esperaba en la puerta, entregó á Rosa dos letras para su madre pidiéndole una entrevista para el día siguiente por la mañana.

En la misma Avenida del Observatorio donde combinaban unos meses antes su divorcio, estaba Fagan esperando á su ex-esposa no sin cierta curiosidad. Con frecuencia había tratado de representársela

al pensar en ella; pero como no tenía ningún retrato suyo, su recuerdo confundía los rasgos de la fisonomía agrandando



unos á costa de otros. Ya no conservaba en la memoria la imagen de la mujer.

Cuando la vió á lo lejos, en la Avenida, rozando con su falda de paño los montones de hojas secas, le pa-



reció más alta de lo que creía; y mientras ella notaba que Régis había engordado y que las canas que empezaban á plañear su fino bigote y sus sienas hacían que tuviese mejor, más sonrosado el color de su cara, él estaba asombrado más que de nada, de lo que cambia la cara de una mujer cuyo pelo pasa del color rubio ceniciento al rojo veneciano más clásico.

Un reflejo más caliente que sólo se vé en los buenos cuadros italianos, el cutis más blanco, una nueva belleza, retocada y ayudada, aumentada quizá por un invisible afeite.

El traje, tan correcto como en otros tiempos, estaba realzado por esa coquetería especial que tiene toda mujer que ama y que quiere ser amada y por cierto aire seguro, independiente que Mme. Ravaut, única responsable de sus actos, había ad-

quirido al mismo tiempo que una autoridad sin límites.

«El divorcio le sienta admirablemente...» pensó Fagan, y en seguida rompió el ataque resueltamente:

—¿Por qué no haberme anunciado ese casamiento?... ¿No habíamos convenido en eso?

Mme. Ravaut acentuó su antigua sonrisa engañosa, y mirando de soslayo por debajo de sus párpados medio cerrados, como los *espías* de las ventanas de Berna, dijo:

—¡Dios mío... todavía no hay nada seguro... estoy dudando!... ¿Te parece conveniente?... Ya me conoces, Fagancito mío, ya conoces á La Posterolle... ¿qué me aconsejas?

Hablaba en un tono de sincera amistad y andando al lado de él por la acera de la Avenida, instintivamente fué á agarrarse

de su brazo: pero Fagan se apartó también inconscientemente y para evitar todas aquellas preguntas que le parecían fuera de lugar é inoportunas, le recordó las condiciones de su divorcio: «No marcharse nunca de París, no llevarse jamás á las niñas fuera de París...» y sus labios temblaban de cólera al decir estas palabras.

Ella le aseguró en seguida... ¡Sus hijas salir de París!... ¡No sería con su madre ni por causa de este matrimonio!... La Posterolle, fiscal del Consejo de Estado, próximo á ser nombrado Consejero tenía todos sus intereses en París... Además, era ella demasiado parisiense..., y esto fué lo que más tranquilizó á Fagan. No se la imaginaba viviendo en provincias, desterrada, privada de los estrenos, del concurso hípico, de las exposiciones de todas clases á las que se va para ver ó para ser visto. Y al reanudar ella la con-

versación sobre su La Posterolle, sobre las ventajas del proyectado matrimonio, Régis la escuchó sin disgusto, casi dándole su opinión.

La lluvia que amenazaba desde por la mañana, comenzó á caer, menuda, penetrante, como lluvia de otoño. Grandes nubes se veían por encima del Luxemburgo. Abrieron los paraguas, pero al cabo de un rato, pareciéndole que estaba



muy lejos para hablar, Mme. Ravaut cerró el suyo y empezó á andar pegada á Régis, ocupándose de sus hijas. Su nueva posición (caso de que se decidiera), les crearía relaciones en el mundo oficial, proporciones ventajosas. La mayor acababa de cumplir dieciséis años.

¿Qué podría hacer para casarla una mujer sola, divorciada, cohibida, coartada para salir de casa, para recibir á la gente?

A la larga, este aislamiento había de perjudicar á Rosa y á Ninita. «Pero, tú mismo, Régis, ¿no te encuentras muy solo?»

Todo esto lo decía muy bajito acercándose más á Fagan para guarecerse del chaparrón que estaba cayendo. Una bruma de agua borraba la Avenida. Los árboles enmohecidos y el hermoso grupo de Carpeaux con su mapa-mundi que sostienen en su movimiento giratorio las cuatro mujeres de bronce de nerviosas y

ligeras piernas. De vez en cuando una pareja á la que el aguacero obligaba á levantarse del banco en que estaba sentada, pasaba á su lado sonriendo y echándoles una mirada furtiva de complicidad: porque ¿cómo suponer lo que venían á hacer allí ni lo que eran uno para otro?

Y, poco á poco, la dulzura de aquella mañana de otoño, lo imprevisto de una conversación que vagamente pensaba utilizar para el teatro, iban haciendo que Fagan prestase atención á lo que decía aquella voz, á pesar de que sabía que era astuta y falaz. Después de haber dicho «aconséjame...» ella era la que le aconsejaba: ¡y tan sensatamente!... Le animaba á que se casara también para que no acabase su vida abandonado, y convenía en que sería un excelente marido para otra mujer más dócil para sus gustos, más conforme con sus ideas. Divertido con el

giro que tomaba la conversación, contestaba afectuoso, casi alegremente, cuando ella le interrumpió diciendo:

—Qué lástima que Mme. Hulín...

—Mme. Hulín.

—Sí, la dueña de tu casa...

Y al decir esto, volvió á aparecer en los labios de Mme. Ravaut una sonrisa falsa y artera. Fagan se estremeció.

—¿La conoces?

—Lo bastante para saber que es el tipo que te convenía...

—Entonces, porque dices ¿qué lástima?

—¡Claro! ¡qué lástima que Mme. Hulín no sea viuda! Y al ver su estupefacción, añadió: «Has dicho á las niñas que era viuda; no está más que separada de su marido.»

—¿Cómo lo sabes?

—¡Oh, por mi policial!

Y al decir esto sonreía con tan mala

intención, que Fagan hizo un gesto de indiferencia para aparentar que tomaba como detalles de poca importancia lo relativo á Mme. Hulín y á su viudez. Continuaron su paseo en silencio; pero la lluvia que aumentaba y la bulliciosa salida de los alumnos de una sala de armas, empujándose y riendo, interrumpieron el encanto de la original entrevista, y al llegar á la primer parada de coches se separaron.

¿Por qué volvía Régis á su casa con el corazón oprimido? Tenía la seguridad de que sus hijas no se alejarían de París, que el matrimonio de Mme. Ravaut no alteraría en nada la calma de su dichosa existencia. ¿Acaso el remordimiento de aquella rubia convertida en roja, ó su delicado olor á verbena que tanto tiempo le había gustado, habrían renovado sus recuerdos ó le haría experimentar un

vago y mal definido arrepentimiento? No, mil veces no. Pasada la primera sorpresa, había sido suficiente la astuta sonrisa para traerle á la memoria tantos años de debilidad y de sufrimiento. Entonces, ¿qué le pasaba? ¿qué angustia le ahogaba? Después de dar mil vueltas y de buscar mil subterfugios, se vió obligado á confesarse que su tristeza provenía de saber que su amiga estaba casada. Y allá, en el fondo de su pensamiento, muy lejos, como al final de una calle de árboles, se le aparecía Paulina Hulín, con sus hermosos ojos muy abiertos, imantados y con aquel aire de franqueza, de tranquilizadora bondad, que la envolvía como una aureola y que formaba un contraste tan absoluto con la que acababa de dejar. Evidentemente, sin que él lo hubiese notado, hacía algunas semanas que se habían ido formando en su corazón pro-

yectos indecisos que había desbaratado como un rayo esta repentina revelación: ¡Mme. Hulín está casada!

¿Sería verdad? ¿No sería uno de aquellos cuentos románticos que Mme. Ravaut acostumbraba á inventar? Sin embargo, pensándolo bien, la reserva singular que guardaba su vecina respecto á aquel marido muerto ó vivo, cuando respecto á otros puntos vivían en completa intimidad de ideas, algunas palabras que se le habían escapado á Mauricio, le habían hecho reflexionar algunas veces. Pero, ¿qué objeto tendría esta mentira que despojaba á aquella criatura de toda la lealtad, de toda la honradez que constituían una gran parte de su encanto? ¡Y él que se iba entregando con tanto abandono!...

Entonces, todas las mujeres eran engañadoras, no se debía creer á ninguna ni conceder siquiera á sus palabras el va-

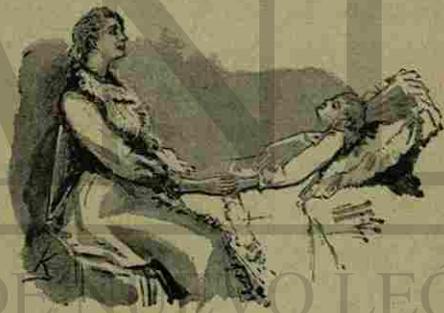
lor que se da al testimonio de un niño ante los tribunales?...

Envuelto en este huracán de pensamientos furiosos y contradictorios llegó á su casa decidido á provocar una explicación inmediata, cuando le dijeron que Mme. Hulín había llamado á un gran cirujano, que en aquel momento estaban en consulta, porque hacía unos días que la rodilla del pequeño Mauricio se había inflamado.

Después de almorzar bajó Fagan á pedir noticias, pero no fué recibido. En la puerta, Anita la criada, que había cuidado á Mauricio, le dijo, llenos los ojos de lágrimas, que acababan de decidir hacerle al día siguiente una operación muy grave, que toda la casa estaba revuelta con los preparativos y la señora no quería ver á nadie. Entonces preguntó si podría ser útil para sostener al niño ó para velarlo.

La señora contestó por conducto de la criada que le daba las gracias, pero que no necesitaba nada.

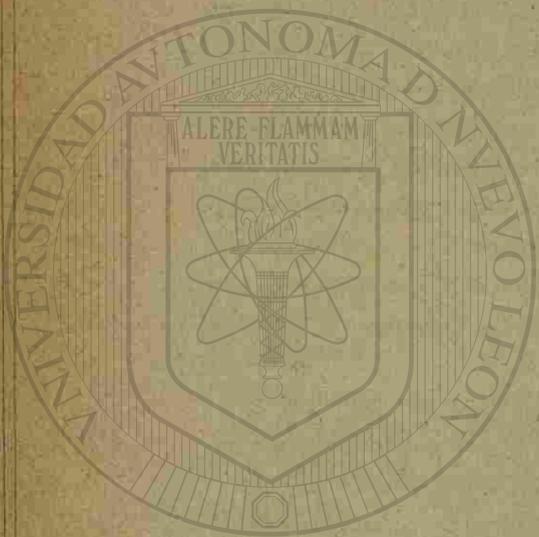
¡Cuán lejos estaba de ocuparse de él en aquel momento aquella encantadora mujer! ¡Ante el peligro en que estaba su hijo qué poco sitio ocupaba Régis en el corazón de la madre!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DAUDET"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

#### IV

Si hubiese tenido alguna duda sobre su amor hacia Mme. Hulín, el estado de incertidumbre y de fiebre en que le tuvo toda la mañana la operación que iban á hacer á Mauricio, hubiera convencido á Régis de Fagan. La gracia afectuosa y enfermiza del niño, las encantadoras palabras que dicen los pequeños y que hacen pensar que llegan de un mágico planeta en donde el lenguaje es inocente pero la la experiencia precoz; pero no, sin la madre y la angustia de la madre, que se figuraba á cada instante, todo aquello no hubiera bastado para causar al pobre Régis aquellas opresiones de corazón que le ha-

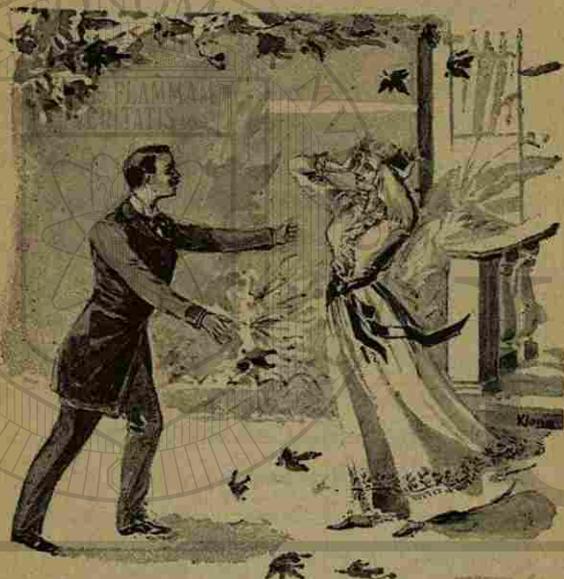
cían estremecer ante la inminencia de un peligro probable. Por Antero sabía que la cosa era grave, muy grave; se trataba de una sutura de los fragmentos de la rótula; y cuando llegó el momento decisivo se paseaba con frecuencia por su cuarto, sin poder trabajar, escuchando con ansiedad todos los ruidos que salían del piso bajo, espiando una queja, un grito, lo mismo que si se hubiese tratado de cualquiera de sus hijas.

Asomado tras los cristales de una ventana distraía su angustia en el redoble nervioso y maquinal de sus dedos crispados; cuando en medio de una borrasca de otoño que arrastraba las nubes y retorció los álamos del jardín, haciéndoles crujir como si fueran mástiles de barco, vió á un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, fornido, de encendido color, y áspero bigote, vestido con una le-

vita muy ceñida á la cintura, que demostraba la misma inquietud que él y que lanzaba miradas tristes hacia la ventana del cuarto del piso bajo en que operaban los cirujanos.

¿Fué á causa de una de aquellas miradas, cuya angustiosa expresión sorprendió Fagan, ó por el aspecto de aquel hombre que tenía la cabeza descubierta á pesar de la tempestad, como si estuviera en su casa?... El caso es que de pronto le ocurrió pensar: ¿Es el padre?... ¿Es el marido? Y no lo dudó ya ni por un momento, cuando vió á Mme. Hulín, que vestida con una larga bata, suelto el cabello, bajó de un salto los cuatro escalones de la entrada y corrió hacia el hombre rebotando alegría. Le hablaba muy deprisa sin duda del buen éxito de la operación terminada ya, y mientras hablaba, levantaba los brazos para sujetar con las ma-

nos los finísimos rizos de su pelo que el aire hacía revolotear. Entonces, con un



ardiente impulso, el hombre quiso abrazar el talle esbelto y redondo que aquel movimiento había hecho dibujarse; pero

Paulina lo evitó; exclamó dos ó tres veces con cólera: ¡Nó... nó! y huyó sin volver la cabeza.

¡Oh! sí, seguramente era el marido; y por la manera de coger y de rodear con sus brazos el talle de la mujer, se podía deducir que era un marido joven aún y tan apasionado como el día de la boda. Fagan no hizo ya otra cosa más que pensar en él. Mientras Antero le servía trató de adquirir noticias, pero el criado, como de costumbre, era incapaz de dárselas. ¿Pelo rojo?... ¿bigote áspero?... no, nunca había oído hablar de semejante señor. En cambio, no paraba de contar los menores detalles de la operación, el número de instrumentos y de esponjas, el miedo que habían tenido un momento de que faltara el cloroformo y la sangre fría de madame Hulín que animaba á todo el mundo cuando todos perdían la cabeza. Sin em-

bargo, si el señor quisiera no habría más que preguntar á Anita ó á la cocinera.

—¡Cuidado con que hagas semejante cosa, desgraciado! dijo Fagan asustado de los profundísimos abismos á que podría arrojarle aquel imbécil. Por lo tanto, guardando para sí sus reflexiones y sus tristezas, se fué al Vaudeville donde tenía una pieza en ensayo, y su alegría fué muy grande cuando al tomar un coche en la parada de Passy vió al que llamaba ya «el marido» subir vigorosamente á la imperial de un tranvía. ¡No pasaba la tarde con Mme. Hulín! Sin duda esta fué la causa de que los actores del Vaudeville dijeran aquel día mientras ensayaban: ¡qué buen humor tiene hoy el autor! Mientras Régis, á quien su prosa entreteníala como si le fuera desconocida, pensaba desde el proscenio donde estaba: ¡Están representando como ángeles!

En cambio qué desencanto cuando Antero, á la vuelta del teatro, le dijo, satisfecho y orgulloso de haberse informado:

—¡Y á propósito, señor, el hombre por quien preguntaba... el que se paseaba sin sombrero por el jardín...

—Sí; ¿qué?

—Debe ser algún pariente cercano de Mme. Hulín, porque acaba de volver y en este momento está comiendo... y no me extrañaría que se quedase á dormir porque Anita me ha dicho...

—¿Y á mí que me importa que ese hombre coma ó que duerma?

¡Pobre Fagan! tan poco le importaba que no pudo probar bocado de su comida y que en toda lo noche, sin poder trabajar ni aun leer, no hizo más que pensar: ¿Pasará la noche aquí?... Y si se la pasaba, ¿cómo suponer que el marido de aquella espléndida criatura—porque

Fagan ya no dudaba de que fuese el marido—pudiera velar tranquilamente á su lado y que ella misma, llena de alegría por la salvación de su hijo, no perdonaría al padre todas sus faltas?

La cólera le hacía palidecer á él, á quien había dejado tan tranquilo el matrimonio de su mujer con La Posterolle. Y era porque ya no quería á su mujer y adoraba á Mme. Hulín: ya no era posible dudarle.

¿Qué debía hacer? ¿Seguir en aquella casa? ¿Continuar sus relaciones de intimidad?... Sufriría demasiado; las palpitaciones precipitadas de su corazón se lo decían. Sería preciso marcharse, abandonar aquel hotelito tan tranquilo, tan cómodo, para trabajar en sus largas veladas y la vecindad dulcemente animada de la madre y del niño!

Así reflexionaba cuando vino á distraer-

le un desacostumbrado movimiento en el piso bajo: pasos precipitados, voces que disputan, luego campanillazos, una lucha, golpes de muebles caídos, imprecaciones lanzadas por un hombre. Fagan, sobresal-



tado, se lanzó á la escalera que ya estaba á oscuras, y casi al mismo tiempo se abrió la puerta del piso de abajo y vió salir á un hombre furioso, á quien alumbraba Anita que sostenía una lámpara con manos temblorosas: en el umbral el hombre se volvió, y amenazando con los puños cerrados, lanzó estrepitosas injurias; después salió corriendo al boulevard, cerrando violentamente la puerta de la calle, que Ana se apresuró á atrancar.

Testigo mudo de esta escena, Fagan permanecía inmóvil en la escalera, sin saber qué hacer, cuando arrastrado por un impulso irresistible bajó los escalones y corrió sin detenerse hasta el salón donde encontró á Mme. Hulín, que medio echada en la orilla de un diván, con la mirada vaga y el peinado deshecho, empezaba á reponerse de las emociones de aquel drama. Sólo iluminaba la estancia el

fuego intermitente de la chimenea.

—Entre usted, entre usted—dijo Paulina tendiéndole las manos heladas y temblorosas.

—Llamaba usted y he venido—murmuró Régis.

—¡Oh, sí, he tenido mucho miedo.

Por no causarla molestia con alguna pregunta indiscreta, se limitó á decir:

—¿Cómo está Mauricio?

—Duerme... duerme el pobrecito... afortunadamente no se ha despertado... ¡Le han dado tanto cloroformo!

—¿De modo que le han hecho bien la operación?

—Mejor de lo que se podía esperar.

En este momento volvió Anita inundando el salón con la luz de su lámpara.

—No hay miedo de que vuelva, he echado la cadena y la barra. Y viendo al vecino dijo:—¡Calle, Mr. de Fagan... en-

tonces ya podemos estar más tranquilas!...

Cuando se marchó, Paulina Hulín acercó una butaca al velador, hizo indicación á Fagan de que se sentara al otro lado, y acabando de serenarse, después de arreglar su descompuesto peinado y los púdicos pliegues de su bata de lana adornada de vaporosas puntillas, dijo:

—No puede usted adivinar quién es el hombre... sí, un hombre, que acaba de salir de aquí...

—Supongo que será su marido de usted.

—¿Lo sabía usted?

—Sí; pero la verdad, hubiera preferido que usted me lo hubiera dicho.

—Escúcheme usted.

Y en aquel mismo sitio, oyendo los mismos ladridos de los perros, la misma trepidación de los trenes del ferrocarril de circunvalación, en aquel saloncito querido

en que él le había contado las tristezas de su matrimonio, Fagan escuchó las del de Paulina.

«Casada en el Havre hacía diez años con un contador de marina, á los cuatro años escasos había tenido que separarse de él, ¡y cuánta paciencia había necesitado para vivir aquellos cuatro años al lado de un hombre semejante! No era malo, no por cierto, ni calavera, ni jugador como otros muchos que le rodeaban en aquella frenética existencia de los puertos de mar; pero era celoso, brutal, descompuesto en las crisis que padecía todos los días y que nada podía atenuar ni prevenir, ni aun las precauciones de la mujer más prudente, menos coqueta. Si bailaba en los bailes, riña, pelea, reyerta al volver á casa, ¡y qué escena! Por sus trajes lo mismo, y eso que los había de revisar antes de salir y no consentía más que escotes que cerra-

ran hasta debajo de la barba; mangas que llegaran hasta el codo: por su modo de estar, su manera de valsar, de saludar... Si no bailaba, otra escena. ¡Vaya una fama de D. Bartolo que le quería dar, mientras yo me hacía la víctima quedándome sentada en las banquetas formando tapicería!

¡Pobre mujer! ¡Con cuánta angustia veía acercarse aquellas fiestas oficiales á que su marido la arrastraba!... Y la vigilancia no la ejercía sólo en la sociedad, en las reuniones; durante el día tenía que dar cuenta de las visitas que hacía, por el orden que las había hecho, con detalles, diciendo los nombres de las personas que había encontrado. Esta inspección la perseguía hasta la intimidad de su ser, hasta el recinto sagrado de las ideas y de los sentimientos. «¿En qué estás pensando? Pronto, contesta»... Y hasta en su sueño,

porque tenía que decir al despertar todos los ensueños que había tenido, aun á riesgo de ponerle furioso si no figuraba en ellos, porque ella no hubiera podido mentir.

En los cuatro años que había vivido á su lado, no recordaba haber pasado una sola noche sin llorar, sin gritos, sin injurias y sin violencias en que el desgraciado huía arrastrado por su delirio para volver después y echarse á sus pies, sollozando y pidiendo perdón.

He perdonado durante cuatro años, y quizá por dignidad, por piedad ó por vergüenza y también por nuestro hijo, hubiera seguido teniendo paciencia; pero una noche—al decir esto su voz se hizo sombría, más dura, como si fuera la voz de otra mujer—una noche, el miserable, en una de sus cóleras llegó hasta dudar de que Mauricio fuese su hijo, y arrancándo-

me al niño de entre los brazos lo arrojó contra el suelo tan violentamente... ¡Pobre hijo mío!...

Desde aquel día ya pudo rogar, llorar, amenazar con morirse y con matarme: dejé de ser su mujer, pedí la separación y la conseguí. En seguida salí del Havre con mi hijo y vine á París á vivir con mi madre que hacía algunos años vivía en esta casa. Por darle gusto, siguiendo su consejo, me hice pasar por viuda en el barrio y entre la gente que frecuentamos. Es indudable que la antigua sociedad parisien- se mira con cierta prevención á las mujeres separadas de sus maridos, con tanta más razón cuanto que nada revela, á no ser que se hagan averiguaciones directas, en favor de quien se ha pronunciado la separación. Según la opinión de mi querida madre, esta precaución me sería útil, sobre todo cuando ella faltase de mi lado, y

debo confesar que efectivamente mi pseudo-viudez me ha sido útil en más de una ocasión.

Fagan hizo un movimiento de protesta y volviendo á lo que le preocupaba.

—Pero usted no se ha aprovechado de los beneficios que le ha concedido la ley, puesto que su marido viene á verla.

—Ha venido hoy por primera vez—repuso Mme. Hulín.—Ana le escribe el primer día del año dándole noticias nuestras; pero hasta esta mañana no nos habíamos vuelto á ver, y si lo he llamado casi ha sido menos por causa de la operación que podía haber tenido gravedad, que para hablar de cierta cláusula de nuestra separación. El Consejero Malville...

—¿Malville el wagneriano de mi mujer?

—El mismo... era entonces presidente de la Audiencia del Havre y músico furioso como mi marido, formaba con él parte

de un cuarteto; sin duda por eso al pronunciar la separación en mi favor, porque no pudo sentenciar de otra manera, reservó al padre el derecho de dirigir los estudios del hijo desde los diez años hasta terminar su carrera. Mauricio va á cumplir los diez años y la idea de que voy á perderlo, de que lo van á encerrar lejos de mí en un liceo, me desgarrá el corazón y el pobre pequeño sueña con miedo todas las noches!... Hice llamar á mi marido en la esperanza de que tendría compasión de nuestro pobre mártir y me lo dejaría más tiempo para cuidarlo, y al ver esta mañana su emoción cuando casi se atrevía á besar al niño, que dormía descolorido bajo la influencia del cloroformo, he creído que lo iba á conseguir. Por la tarde ha vuelto, diciendo que quería pasar la noche en el salón velando, por si yo estaba demasiado cansada. Hablaba con tanta dul-

zura..., prometía dejarme á mi hijo todo el tiempo que yo quisiera... su voz no tenía más acentos que los de un padre... y le mandé hacer esa cama aquí. Yo estaba á la cabecera del enfermito con la puerta entornada. De pronto, quiso el miserable... y á no ser por mi resistencia desesperada...

—¡Cobardel—exclamó Fagan, con los labios blancos de coraje. Pero la indignación de Paulina le tranquilizó.

—¡Ah! He sentido renacer todo mi odio y no sé de dónde me ha venido la fuerza para rechazarlo, para echarlo, amenazándole con llamar en mi auxilio á toda la casa. ¡Juro con toda mi alma que ese hombre no se volverá á acercar nunca ni á mi hijo ni á mí!

—A usted no, porque la ley la favorece; ¿pero y el niño?...

—Todavía faltan tres meses para que

cumpla los diez años; si en este tiempo no se ha curado, espero obtener del tribunal una prórroga. Si está bueno ya ó si su padre recurre á la parcialidad de su amigo Malville, cojo á mi hijo y me voy á esconder con él en el fin del mundo.

Un largo silencio, durante el cual sus mismas ideas parecían alejarse, siguió á esta amenaza de fuga y de separación.

De pronto, Fagan, como si estuviera pensando, en voz alta dijo:

—Después de todo, ¿por qué no pedir el divorcio? Habiendo sido la primera sentencia favorable me parece muy fácil...

—¿Y qué ventajas me traería?

Régis se puso muy pálido.

—Desde luego, la de poderse volver á casar y tener un hombre que la amara á usted, y un defensor natural para usted y para Mauricio.

—¡Volverme á casar!... Me basta con la

primera prueba... además, toda mi familia es ferviente católica... mi madre decía que el divorcio era un sacrilegio, y yo misma educada en sus ideas...

Paulina se detuvo vivamente.—Y, á propósito, ¿ha visto usted á su mujer? No me había acordado de preguntárselo.

—La he visto.

—¿Sin emoción?

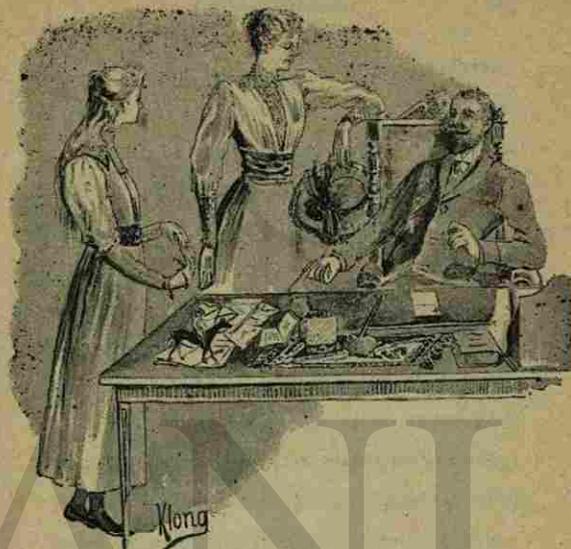
—Ni la más pequeña. Como si hubiera visto por casualidad al volver una esquina á una antigua querida.

—¡En eso ha convertido el divorcio al matrimonio!—murmuró Mme. Hulín, que se puso colorada al saber que Régis no había experimentado ningún placer al encontrar á su mujer.—¿Y ella, está usted seguro de que no se ha impresionado? ¿Sigue firme en sus nuevos proyectos?

—Más que nunca. Pero como ahora estoy seguro de que mis hijas no saldrán

de París, me encanta un matrimonio, que aleja aún más de mí á esa mujer y que hace imposible toda reconciliación... Vea usted cuánto mejor es mi situación que la suya. Suponga usted que estuviera divorciada: quizá Hulín se volviera á casar, quizá se formara una nueva familia, y es más que probable que entonces les dejara á ustedes tranquilos.

—Sí, tiene usted razón,—dijo dulcemente pensativa,—tiene usted razón, pero yo no me divorciaré nunca; me sería imposible.

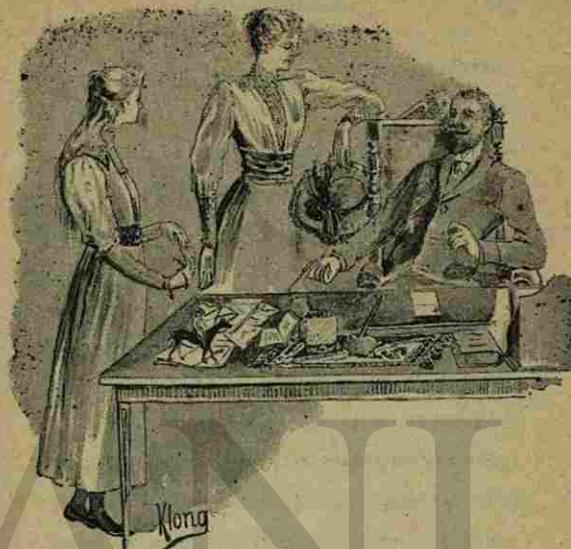


V

Hacia unos días que los carteles del Vaudeville anunciaban, á la mayor brevedad, el estreno de la obra de Fagan. En todas partes se hablaba de ella: en los teatros, en las tertulias, en los círculos, en

de París, me encanta un matrimonio, que aleja aún más de mí á esa mujer y que hace imposible toda reconciliación... Vea usted cuánto mejor es mi situación que la suya. Suponga usted que estuviera divorciada: quizá Hulín se volviera á casar, quizá se formara una nueva familia, y es más que probable que entonces les dejara á ustedes tranquilos.

—Sí, tiene usted razón,—dijo dulcemente pensativa,—tiene usted razón, pero yo no me divorciaré nunca; me sería imposible.



V

Hacia unos días que los carteles del Vaudeville anunciaban, á la mayor brevedad, el estreno de la obra de Fagan. En todas partes se hablaba de ella: en los teatros, en las tertulias, en los círculos, en

las visitas, en las oficinas, en los cafés del boulevard, y ya empieza á caer sobre la mesa del autor de moda, tal chaparrón de peticiones de localidades para el estreno, que podría llenarse muchas veces el teatro.

Aquel domingo, apenas acababan de llegar sus hijas, les enseñaba riendo el montón de solicitudes, cuando dijo Nina con viveza:

—Sabes papá, mamá quisiera un palco para el ensayo general.

—Con mucho gusto—respondió Fagan, poniéndose un poco serio, como le sucedía siempre que hablaban de su madre;—pero con una condición, y es, que esa noche quiero que estéis conmigo y no con ella.

La buena de Rosa iba á contestar «Nada más fácil», pero se contuvo al ver la mirada que le echaba su hermana, y al ins-

tante Ninita, con su aire de suficiencia, objetó:

—Pero, papá, no piensas en que á cada momento del ensayo tendrás que ir al escenario y que nosotras tendremos que quedarnos solas...

—Ya lo he pensado—respondió Fagan.—Llevaremos á Mme. Hulín.

—¿Mme. Hulín?... ¡Eso nunca!

De pie, casi afónica, Rosa, la dulce, la linda Rosa tenía al pronunciar estas palabras las facciones descompuestas. «No, eso no; no había que pensarlo siquiera... por nada del mundo iría con aquella mujer».

Sin enfadarse, más bien conteniendo una sonrisa, porque reconocía en aquella especie de tempestad de las colonias su sangre, su raza y su patria:

—Esa *mujer*, como tú la llamas, hija mía, es una mujer digna de todo respeto,

las visitas, en las oficinas, en los cafés del boulevard, y ya empieza á caer sobre la mesa del autor de moda, tal chaparrón de peticiones de localidades para el estreno, que podría llenarse muchas veces el teatro.

Aquel domingo, apenas acababan de llegar sus hijas, les enseñaba riendo el montón de solicitudes, cuando dijo Nina con viveza:

—Sabes papá, mamá quisiera un palco para el ensayo general.

—Con mucho gusto—respondió Fagan, poniéndose un poco serio, como le sucedía siempre que hablaban de su madre;—pero con una condición, y es, que esa noche quiero que estéis conmigo y no con ella.

La buena de Rosa iba á contestar «Nada más fácil», pero se contuvo al ver la mirada que le echaba su hermana, y al ins-

tante Ninita, con su aire de suficiencia, objetó:

—Pero, papá, no piensas en que á cada momento del ensayo tendrás que ir al escenario y que nosotras tendremos que quedarnos solas...

—Ya lo he pensado—respondió Fagan.—Llevaremos á Mme. Hulín.

—¿Mme. Hulín?... ¡Eso nunca!

De pie, casi afónica, Rosa, la dulce, la linda Rosa tenía al pronunciar estas palabras las facciones descompuestas. «No, eso no; no había que pensarlo siquiera... por nada del mundo iría con aquella mujer».

Sin enfadarse, más bien conteniendo una sonrisa, porque reconocía en aquella especie de tempestad de las colonias su sangre, su raza y su patria:

—Esa *mujer*, como tú la llamas, hija mía, es una mujer digna de todo respeto,

las visitas, en las oficinas, en los cafés del boulevard, y ya empieza á caer sobre la mesa del autor de moda, tal chaparrón de peticiones de localidades para el estreno, que podría llenarse muchas veces el teatro.

Aquel domingo, apenas acababan de llegar sus hijas, les enseñaba riendo el montón de solicitudes, cuando dijo Nina con viveza:

—Sabes papá, mamá quisiera un palco para el ensayo general.

—Con mucho gusto—respondió Fagan, poniéndose un poco serio, como le sucedía siempre que hablaban de su madre;—pero con una condición, y es, que esa noche quiero que estéis conmigo y no con ella.

La buena de Rosa iba á contestar «Nada más fácil», pero se contuvo al ver la mirada que le echaba su hermana, y al ins-

tante Ninita, con su aire de suficiencia, objetó:

—Pero, papá, no piensas en que á cada momento del ensayo tendrás que ir al escenario y que nosotras tendremos que quedarnos solas...

—Ya lo he pensado—respondió Fagan.—Llevaremos á Mme. Hulín.

—¿Mme. Hulín?... ¡Eso nunca!

De pie, casi afónica, Rosa, la dulce, la linda Rosa tenía al pronunciar estas palabras las facciones descompuestas. «No, eso no; no había que pensarlo siquiera... por nada del mundo iría con aquella mujer».

Sin enfadarse, más bien conteniendo una sonrisa, porque reconocía en aquella especie de tempestad de las colonias su sangre, su raza y su patria:

—Esa *mujer*, como tú la llamas, hija mía, es una mujer digna de todo respeto,

y no sé quién, ni con qué objeto te han hablado mal de ella. ¿Cómo has podido creer tú, Rosa, que ya eres una mujercita, que tu padre había de consentir que os acompañara una persona que no fuese la misma honradez?

Rosa no cedió.—Todo lo que quieras; pero mi hermana y yo preferimos no ir al teatro á ir con...

No la dejó acabar.—No hay más que hablar, hijas mías; tendremos el disgusto de no veros en el ensayo, y como no tengo ninguna obligación de convidar á Mme. La Posterolle, hacedme el favor de decirle que no espere su palco.

Régis quería vengarse de la madre, porque se figuraba que ella era la que alimentaba los celos de Rosa. Efectivamente, informada por Nina, cuyos ojos escudriñadores, siempre á caza de novedades, tomaban nota de los progresos

que hacía la intimidad de Fagan con su vecina, Mme. Ravaut sacaba partido de los menores detalles.

Así, los médicos ordenaban que Mauricio guardase la más completa inmovilidad, y había

por lo tanto que pasearlo en un cochecito, donde iba medio echado: Fagan empujaba muchas veces el coche



desde la plaza enarenada que había delante de la casa hasta debajo de los árboles sombríos de la glorieta, ó lo llevaba en brazos, cosa que sólo Fagan podía hacer, cogiendo con precaución al pobre enfermito que había crecido durante el mal y que apoyaba su cabeza en el hom-

bro de su grande amigo. Cuando Ninita describía estas escenas íntimas, su madre, que conocía las debilidades de sus dos hijas, se volvía hacia Mademoiselle, confidenta sempiterna, y la decía en voz bastante alta para que la oyeran: «Ya verá usted cómo acabará por adoptar á ese niño y no dejará á mis pobres hijas más que lo que no pueda quitarles.»

Desde entonces Ninita, jovencita muy interesada, tomó tal horror al pequeño Mauricio y lo disimulaba tan poco, que el niño no se atrevía á pedirle que jugase con él, ni siquiera á levantar la mirada hacia la ventana donde antes esperaba su llegada.

Con Rosa, á la que no afectaban las cuestiones de intereses, usaba otros medios: Apasionada, á pesar de su molicie y sobre todo muy celosa, se enfadaba al pensar que una persona extraña ocupaba

tanto sitio como ella en el corazón de su padre. Sin embargo, una cosa había en Mme. Hulín que la agradaba: el sentimiento religioso que la impedía divorciarse, á pesar de lo desgraciada que había sido en su matrimonio; Rosa, que guardaba después de su salida de la Asunción una gran dosis de religiosidad, encontraba muy bien aquella conducta y lo decía delante de su madre.

—Vamos...—decía con sorna Mme. Ravaut y también Mademoiselle, inglesa protestante.—Ya sabemos lo que son esas devotas, que su religiosidad les impide divorciarse, pero no les impide otras cosas.

Y como Rosa, parisiense á la moderna, de avisada ignorancia, sabía perfectamente lo que estas palabras querían decir, tenía la íntima convicción de que Mme. Hulín era la querida de su pa-

dre, y por eso se oponía con indignación á ir al mismo palco que ella.

¡Otro domingo echado á perder! otro de aquellos hermosos domingos en que Fagan rebuscaba todas las golosinas que podía en París, trataba de recordar los *menús* de las cenas en que había tomado parte, para festejar á sus hijas llenaba de flores y de ramos preciosos la mesa, y en los que derrochaba su talento y su ingenio para entretener durante el almuerzo á sus queridas hijas, que tan poco tiempo tenía á su lado.

Este día su enfado no cedió, y rencor tan extraordinario en él parecía venir á justificar las calumnias de Mme. Ravaut.

Preciso era que la vecina hubiese tomado mucho ascendiente sobre un padrazo á quien se dominaba habitualmente con tanta facilidad y tan pronto. Régis miraba aquellas deliciosas *toilettes* que servían de

marco á unas caritas furiosas: recordaba sus muchos sacrificios, sobre todo el último, el aumento de pensión que había concedido sin calcular; y al mismo tiempo subía desde el jardín el ruido de la arena que crujía bajo las ruedas del cochecito y la voz de la dulce, de la perfecta Paulina Hulín, cuyas angustias y cuyas penas conocía y para la que sus hijas demostraban tanta crueldad.

Por la primera vez desde que se habían instituído los domingos quincenales, Antero tuvo que acompañar en coche, antes de la hora de costumbre, á Rosa y Ninita, porque ni ellas ni Régis supieron cómo acabar juntos aquel triste día.

—¿Me admite usted á su mesa?—preguntó el pobre padre á Mme. Hulín; y cuando le hubo contado la causa del enfado con sus hijas, no oyó de ésta más que palabras de reproche en vez de fra-

ses de agradecimiento.

—¿Cómo puede usted guardarles rencor de estar celosas de la amistad que nos tiene á Mauricio y á mí? No puede haber nada más natural, amigo mío. Desde luego le advierto á usted que no iré al ensayo general. ¿Acaso puedo abandonar á mi enfermito? Por mucha confianza que tenga yo en Anita no puedo dejarlo á su cuidado tanto tiempo; y además, ¡tengo el corazón tan oprimido, tengo tantas penas en perspectiva! Reflexione usted que estoy casi á punto de desear que mi hijo se quede inútil... Es espantoso; pero si se cura su padre vendrá á buscarlo... ¿y quiere usted que en esta situación me vaya al teatro á distraerme? ¡Oh! no... lleve usted á sus hijas á su palco y cuando vuelva usted entre á decirme si está satisfecho, si su obra ha tenido éxito. Le prometo es-  
perarle.

Y como todo lo que decía estaba lleno de sinceridad, como todo subía de lo más íntimo de su pensamiento, con la misma tranquila impetuosidad irresistible de una ola profunda, Régis tuvo fe en ella y obedeció puntualmente sus consejos.

La noche del ensayo general, mientras Mme. Ravaut, acompañada por su futuro La Posterolle y por un amigo suyo, hacía, como persona acostumbrada á esta clase de solemnidades, que le abrieran un proscenio, el autor de la obra instalaba en un palco bajo á sus dos hijas, custodiadas por el aya inglesa, que parecía un muñeco de palo. La semi-obscuridad de la sala le prestaba un aspecto fantástico y permitía entrever, aquí y allá, en los distintos pisos, grupos de sombras murmuradoras, críticos, amigos del autor y del empresario, modistas, costureras, doncellas de las

actrices, y de vez en cuando por una puerta que se entreabría se veían flotar en los pasillos muy iluminados las cintas rosa de las gorras blancas de las acomodadoras.

—Me parece que todo va bien—murmuraba Fagan asomando por entre sus hijas una cara que parecía la de un condenado á muerte, sin brillo en los ojos, pálidos los labios y tan emocionado como si aquel hubiera sido su primer estreno.

—¡Que si va bien!... Ya lo creo; no tienes que hacer más que escuchar...—contestaba Ninita, sin cesar de aplaudir aquel acto segundo, al final del que todos los grupos, repartidos por la sala, se unían para hacer una verdadera ovación.

Rosa tenía sus ojos purísimos llenos de lágrimas, y allá adelante, Mme. Ravaut, iluminada por la batería, se echaba fuera del palco, sin que la cortase la

falsedad de su situación, se entusiasmaba lanzando exclamaciones inteligentes, aplaudía con su abanico y decía: ¡Ah, muy bien!... ¡Muy bonito!... ¡Precioso!... mientras dirigía á los actores que estaban en escena, sonrisas de aprobación que hubieran hecho creer á cualquiera que todavía era la mujer del autor.

¡Mujer del autor una noche de éxito! ¡Eso sí que es una cosa que excita la vanidad femenina! De seguro el La Postero- lle no le proporcionaría jamás esa satisfacción ni á ella ni á sus hijas... Así pensaba Régis de Fagan, y nada hubiera faltado á su triunfo, si en la obscuridad de su palco hubiera podido entrever la sonrisa tranquilizadora, la gracia suave de Paulina Hulín.

Desde el acto tercero, la obra, que tenía cuatro en total, no decayó ni un momento. Fagan, lleno de esa alegría de que

nunca se habían los hombres, quiso dar parte en ella á sus hijas para proporcionar á su vanidad un goce que no olvidarían nunca, y abriendo la puerta del palco recibió delante de ellas á los amigos, á los pretendientes, directores de teatros de provincias y corresponsales extranjeros que se apresuraban para traducir y llevar á lejanos escenarios la nueva producción de autor tan afamado.

Mientras tanto, no cesaban de llegar cajas de bombones, ramos de flores para aquellas señoritas, se estrechaban las manos, se oían en el pasillo entusiastas felicitaciones y Rosa y Ninita, aturcidas por el éxito de su padre, recibían parte de estos homenajes, encantadoras las dos, pero por distintas causas: la menor por sus ojos risueños y taimados y su color de rosa silvestre, y la mayor por su aire indolente y su tinte mate como el de una criolla.

—¡Mis hijas!— decía orgullosamente Régis.

Y ante aquellas dos pequeñas parisienses, vestidas admirablemente, no podían menos de exclamar con envidia todos aquellos periodistas y gentes de negocios, jugadores por temperamento: «Con semejantes amuletos no tiene nada de chocante que tenga tanta suerte.»

De pronto, el grupo entusiasta que se había formado alrededor del autor triunfante se abrió para dejar paso á una mujer vestida elegantemente, de un modo llamativo; era Mme Ravaut, que se lanzó hacia adelante con la mano tendida y sacudiendo la de Régis virilmente, como si fuera un camarada le dijo: «¡Bien, muy bien, Fagancito!» Y dirigiendo una sonrisa á sus hijas siguió andando, dejando á todos estupefactos con un acto tan direc-

to, tan imprevisto y tan diferentemente juzgado por unos y otros.

Algunos veían en él una genialidad, la manifestación de un entusiasmo irreflexivo, el amor al arte sobreponiéndose al molesto convencionalismo social; otros, entre los que figuraba Fagan, reconocían en su autora la raza de mujeres de mundo que necesitan exhibirse, que quieren «figurar», á cualquier precio, y que se hacen un papel en cualquier pieza en que no se lo han dado.

— ¡Muy bien, Fagancito, muy bien! Régis no podía menos de reirse al acordarse de esta frase cuando, después de haber dejado en un coche á sus hijas, acompañadas de la institutriz, volvía á su casa, solo, á pie para calmar la excitación de sus nervios con el fresco ambiente de una espléndida noche.

La ley de los contrastes le traía á la

memoria el recuerdo de la vuelta á casa con su mujer alguna noche en que una obra suya no había tenido buen éxito. ¡Qué ira demostraba! ¡con qué mala intención escarnecía la obra y al autor! ¿Pues, y el desprecio con que se encogía de hombros cuando él le decía que aún tenía alguna esperanza? Y luego, á la mañana siguiente cuando ya habían llegado los periódicos envidiosos y pérfidos, ¡con qué placer señalaba en el peor la frase que más había de herirle! ¡Qué detestable compañera! ¡Ya podía entusiasmarse ahora, aplaudir á su Fagancito! El Fagancito, en cambio, no cabía en sí de gozo al verse libre, volver solo á su casa, pensando lo que á ella le haría rabiarse, de seguro, el éxito que se preparaba, incontestable y lucrativo, como no lo había tenido nunca durante su matrimonio.

Unas semanas después de la representación en el Vaudeville, cuando todavía ostentaban su nombre los carteles de teatro y su retrato los escaparates de las tiendas, los periódicos anunciaron la celebración con gran pompa en la alcaldía de la calle Drouot del Sr. La Posterolle, abogado fiscal del Consejo de Estado, con Mme. Ravaut. Eran testigos del marido dos ministros, y de la mujer dos académicos, uno de los cuales había ya desempeñado este cargo en su primer matrimonio, hacía unos dieciocho años. Grandes toilettes y hermosas mujeres. Después de la ceremonia, los recién casados recibían en su habitación, en la calle de Laffite.

—La verdad; ¿lo que ha pasado hoy no le ha oprimido á usted algo el corazón?— preguntaba Mme. Hulín á su inquilino, que había ido á visitarla aquella noche.

Fagan le juró que no, y luego con una tierna mirada, le dijo:

—Cuánto daría por verla á usted libre también... Ya sé que sigo privado de mis hijas; pero verá usted cómo Mme. La Posterolle será cumplidora menos exacta de la sentencia del Tribunal que madame Ravaut, y cómo vendrán á verme más á menudo mis hijas... El divorcio, créalo usted; no hay más solución que el divorcio.

Paulina movía la cabeza sonriendo con la triste sonrisa del que no puede vencerse.

Sin embargo, los hechos parecía que querían dar la razón á Régis. Rosa y Ninita iban con más frecuencia al boulevard Beausejour y no se limitaban á ir sólo los domingos que les correspondía. Unas veces la hermana mayor, otras veces la pequeña acompañadas de Mademoiselle, llegaban de improviso y estaban con él

una ó dos horas; y si bien era cierto que Rosa seguía sin querer hablar de los vecinos, en cambio Ninita era la primera en bajar al jardín para correr con el pequeño Mauricio, que empezaba á no necesitar ya las muletas.

—Que cosa más rara—decía Antero á la vieja criada del piso bajo,—nadie me quitará de la cabeza pensar que la antigua señora del señor hace que le espíen sus hijas, al respecto de su ama de usted.

Para notarlo no se necesitaba una gran perspicacia, pero Régis de Fagan, sutil observador y pintor de la humanidad, ponía al servicio de sus obras todas sus cualidades y no guardaba para sí más que las estrictamente necesarias para guiar su existencia. Así pues, no notaba la vigilancia de que, con un fin que pronto le había de ser revelado, eran objeto el gé-

nero y los progresos de sus relaciones con Paulina.

Una mañana que se puso á trabajar temprano vió entrar á Ninita con el velo muy apretado sobre los taimados ojos, las narices coloradas por el aire fresco, una mano metida en el bolsillo de su chaqueta y blandiendo con la otra su *en-tout-cas*, y notándose en toda ella un airecillo decidido y diplomático que la hacía parecer más vieja y que aumentaba su parecido con su madre. Paseó una mirada por el gabinete y segura de que estaban solos empezó á decir:

—Querido papá, nos sucede una cosa muy fastidiosa. Figúrate que al primo—habían continuado llamando así á La Posterolle—lo nombran gobernador de Córcega.

—¿Y acepta?—gritó Fagan, que al ponerse de pie dió tal empuje á su sillón con

las piernas que lo echó á rodar á dos metros de la mesa.

La toca de plumas de lophophoro se inclinó diciendo que «sí» que el primo aceptaba.

—¿Y vuestra madre consiente? ¿Ha olvidado ya las condiciones establecidas?

Con qué dignidad, con qué seriedad contestó Ninita:

—Nuestra madre ha tenido que sacrificarse al porvenir de su marido... El gobierno de Ajaccio no es más que de segunda clase, pero lo han hecho de primera para que vaya el primo. A su edad es una posición soberbia.

Estaba para pintada, sentada en la orilla de una butaca baja y siguiendo con la punta de su sombrilla los dibujos de la alfombra; bajos los párpados y levantándolos de vez en cuando para juzgar mejor del efecto que producían sus palabras.

Fagan comprendió que se la enviaban en vez de su hermana mayor, demasiado sencilla, demasiado natural, porque se quería obtener de él alguna cosa muy importante; y de pronto, á la vista de aquella as-



tuta comadre, sintiendo que la sangre se le subía á la cabeza como si hubiera estado ante su antigua mujer, dijo:

—Que Mme. La Posterolle siga á su

marido hasta el fin del mundo nada me importa!... Pero se me ha jurado, se me ha ofrecido que mis hijas no saldrán nunca de París, y eso no lo obtendrá jamás de mí nadie!...

Y para afirmar su voluntad dió un formidable puñetazo sobre la mesa, demostración que casi siempre indica la debilidad de un hombre y lo incapaz que es de resistir.

Muy tranquila, Mlle. Ninita, le hizo notar que su madre lejos de llevarlas consigo les había dicho á ella y á su hermana que se quedarían en el convento de la Asunción con dos domingos de salida al mes.

—Únicamente, papaito querido, ya ves tú—al decir esto, estremecimiento de párpados y mirada de soslayo—la idea de separarnos las dos de mamá nos causa mucha pena, y venimos á pedirte que nos

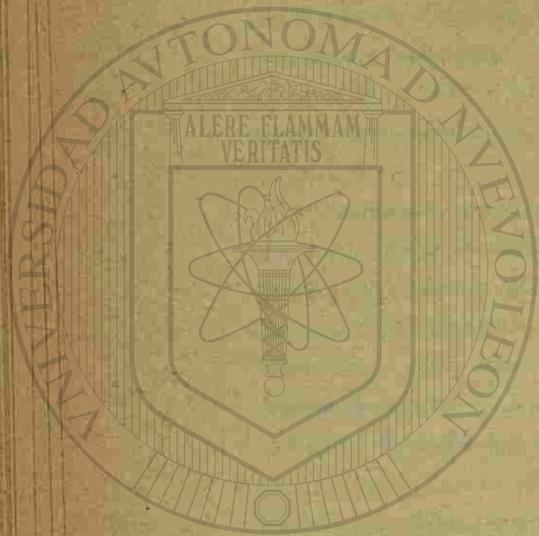
dejes ir á una de las dos, á Rosa ó á mí, la que tú quieras; tanto más, cuanto que la permanencia del primo en Ajaccio ha de ser corta, porque el ministro le ha prometido...

La vocecita hablaba, hablaba, subía, subía como el canto de la alondra, cada vez más alta y más aprisa; y Régis cerrando los ojos, se hubiera podido creer trasportado á diez años atrás, discutiendo con Mme. Fagan, vencido de antemano por la volubilidad y la incansable insistencia de su mujer.

—Reflexionaré; ya veremos...—dijo levantándose.

—Sí; pero el tiempo urgía, el nombramiento del primo aparecería en el *Diario Oficial* antes de tres días.

—Pues bien, hija mía, mañana por la mañana tu hermana y tú recibiréis mi contestación.



## VI

La Posterolle, que estaba en Córcega hacía tres meses, pasaba por ser uno de los mejores gobernadores que había mandado el Gobierno de la República á Ajaccio, y esta excelente reputación la debía menos á sus cualidades administrativas que al terceto delicioso de parisienses, su mujer y sus dos hijastras, que se habían instalado con él en el edificio del gobierno.

La sonrisa agradable de aquellas señoras que siempre iban juntas, sus adecuadas *toilettes*, paseadas á pie, en coche, á caballo, habían embrujado á toda la ciudad. Las cigarreras de la calle Mayor se asomaban á las puertas para verlas pasar, con

ojos extasiados, brillantes y negros que contrastaban con la blancura de sus pañoletas. ¡Los pueblos del Mediodía sienten con tanta viveza lo gracioso y lo bello! Además el gobernador recibía mucho, y sus reuniones de los sábados, á que daba más brillo la permanencia de la escuadra en la rada, aquellas fiestas perpetuas, al mismo tiempo que despertaban á la sociedad algo casera de Ajaccio, hacían venir invitados de las ciudades vecinas; Bonifacio, Portovechío, Sarterre, daban vida á los hoteles, trabajo á las costureras, á las floristas, al mismo tiempo que hacían conocer y estimar hasta en las extremidades de la isla, el nombre continental y nuevo de La Posterolle.

Un hermoso sábado por la noche, una de esas noches de invierno de Córcega que pueden compararse por lo templadas á nuestras primaveras francesas, en el

momento en que el jardín del Gobierno se iluminaba con linternas multicolores, en que la música del navío almirante se estaba instalando para tocar durante el baile en las calles del jardín, entre el olor del azahar y las magnolias; Mlle. Rosa, alta y muy pálida, vestida de blanco corría de aquí para allá buscando á su madre, hasta que la encontró en el saloncito pequeño con los invitados á comer, que acababan de tomar café. En cuanto la vió la llamó con un gesto estremecido y le dijo:

—Toma, lee eso—dándole en seguida una carta abierta cuya letra sólo, hizo sentir un escalofrío al satinado escote de la señora gobernadora.

Mientras leía, la madre preguntó en voz baja:

—¿Acaba de llegar?

—Hace un momento; la ha traído un

criado del hotel, que está esperando fuera la contestación.

Afectando una gran tranquilidad, la madre continuaba leyendo, leyendo y abanicándose, y sin embargo, la carta no era larga:

«Espero en el hotel de Francia, plaza del Diamante, á que mis hijas vengan á darme un abrazo. Si no las veo antes de media hora, iré yo mismo á buscarlas al Gobierno.

*Régis de Fagan.»*

Con voz anonadada la gobernadora se preguntaba:

—¿Qué haremos?

Al mismo tiempo que Rosa murmuraba:

—¡Pobre papá!

—¡Sí; te aconsejo que le compadezcas!

—dijo su madre con voz tan estridente y llena de odio que hizo detenerse al paso á La Posterolle que salía del saloncito

para ir á esperar al almirante, cuya llegada le habían avisado.

Leyó la carta por encima del hombro de su mujer y conservando su hermosa



sangre fría de hombre de administración, dejando apenas ver una ligera excitación

nerviosa en las puntas de sus pálidos dedos, con los que acariciaba las patillas, ordenó á media voz:

—Que Mademoiselle las lleve en seguida y lo más disimuladamente posible. En cuanto á lo que han de decir, ya lo sabe usted tan bien como yo: La presencia de Mr. Fagan en Ajaccio nos coloca en una situación intolerable.

Apenas acababa de hablar cuando empezaron á brillar en la terraza del jardín los sombreros bordados y galones de oro de los oficiales de la escuadra. La Postrolle se lanzó exclamando:

—¡Señor almirante!

Y la charanga de la «Temible», que empezó á tocar la Marsellesa cubrió con el sonido metálico de sus instrumentos las modulaciones de su voz de abogado y de hombre de mundo. Pronto empezó el baile, y mientras el vals, partiendo de los

salones deslumbradores de luz iba dando vueltas á perderse en las obscuridades perfumadas del jardín, las señoritas de Fagan, cubriendo sus trajes escotados con los abrigos de pieles, se escapaban furtivamente con su inglesa y se dirigían á lo largo de las calles sombrías á la plaza del Diamante que realmente merecía su nombre aquella noche, inundada por la claridad de la luna llena y la reverberación metálica y movable del mar que se veía á lo lejos.

En esta mágica iluminación se destacaba una negra silueta que paseaba frenéticamente por el asfalto de la plaza desierta.

¿Cómo había podido resignarse Régis de Fagan á dejar marchar á sus hijas, y por qué había dejado irse á las dos cuando no le pedían permiso más que para una? Todo era el resultado de un consejo

de Mme. Hulín dado después de la visita de Ninita.

—Suponga usted— le dijo— que hace que una de sus hijas se quede como se lo proponen en el colegio de la Asunción, lejos de su madre y de su hermana, con la esperanza de pasar con usted dos domingos al mes por toda distracción. La muchacha creará que es una víctima y que usted es su verdugo... Créame usted; puesto que esa mujer á pesar de todas sus promesas se va de París llevándose á Rosa ó á Ninita, déjela que se lleve á las dos. Sea usted para sus hijas el que sufre lejos de ellas; aprovéchese usted de las ventajas de la separación, del espejismo de la ausencia. Crecerá su cariño hacia usted, y puede ser que la misma madame La Posterolle, bonita y coqueta aun, ahora que se ha formado un nuevo hogar y que tiene un marido más joven que ella,

sea la primera que diga á usted: «Líbreme usted de este estorbo», y después de ella sus hijas: «Recógenos pronto.»

Después de esto las niñas se habían marchado ofreciendo escribir, cada una, una vez por semana. Al principio las cartas llegaban con gran puntualidad, muy tiernas, impregnadas de aquellas efusiones lejanas que tan poco cuestan y trayendo también la crónica detallada de las fiestas en que Rosa y Ninita tomaban parte: llegada de la escuadra, visita á la «Temible», etc., y eran verdaderos trozos de estilo que el padre orgulloso y feliz enseñaba á todo París, en su Círculo, en los salones de los teatros. Luego escribió sólo Ninita porque Rosa acompañaba á su padrastro en la revista de inspección que estaba pasando; la semana siguiente faltó por completo el correo y fué reemplazado por un telegrama anunciando que

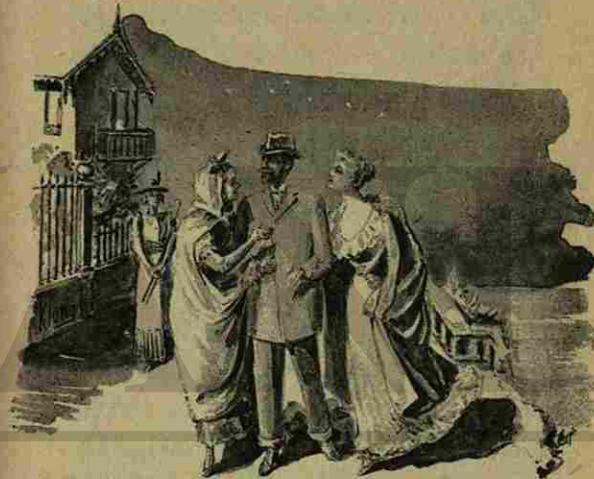
Ninita se había torcido un pie al visitar un acorazado. Otro mes no hubo ni carta ni despacho, sino una tarjeta de la inglesa anunciando que Ninita hacía una pequeña excursión á Cerdeña y que Rosa había cogido unas calenturas. Régis al fin acabó por enfadarse y por amenazar con que iría á Ajaccio sino le escribían en seguida; y como no le habían escrito, allí estaba temblando de ira, apretando los puños amenazadores y forjando mil proyectos de loca *vendetta* si para las diez en punto sus hijas no estaban allí.

—¡Buenas noches, querido papáito!...

—¡Hijas de mi alma! ¡qué alegría!...

Y el pobre hombre cerrando los brazos, con las manos abiertas, apretaba á sus hijas sobre su corazón, contra sus mejillas humedecidas por las lágrimas... ¡Su Rosa! ¡Su Ninita!... Allí estaban, allí las tenía á su lado... ¡De qué se podía quejar? ¡Para

qué reprocharles nada?... ¡Tienen tan buenas disculpas!... Si tú supieras...—No te puedes imaginar...—Pregúntale á Rosa... —Ninita puede decirte... Cada una le ha cogido de un brazo y entre las dos le



llevan fuera de la ciudad á un ancho paseo desierto á aquellas horas y que corre formando cornisa entre el mar deslumbrador

que lo limita por un lado y jardines, *villas*, hoteles, especie de panteones de familia cuyas paredes blancas se destacan en la ladera sombría de la colina, que lo cierran por el otro. Detrás de los tres resuena el paso hombruno de Mademoiselle que marcha á la distancia conveniente para no perder una palabra de lo que hablan el padre y las hijas.

Enaquel momento le regaña dulcemente Ninita por la imprudencia que ha cometido desembarcando así, de sopetón. ¡Qué escándalo cuando se sepa que está en la ciudad el primer marido de la señora gobernadora!... Piénsalo, papaito; figúrate la situación que creas á mamá. La voz de Ninita—que no ha cumplido aún quince años—tiene un tono tal de autoridad, su brazo aprieta con tal energía el brazo de su papaito que Régis empieza á creerse culpable. ¿Pues y nosotras? ¿Y mi herma-

na y yo?—continúa la muy astuta envaletonándose á medida que el padre cede. No sabemos qué actitud tomar en ninguna parte. Nadie ó casi nadie sabía aquí la verdad; todo el mundo creía que mamá era viuda y nosotras huérfanas. Fagan quiere protestar. La idea de que se le haga pasar por muerto le ofende y le aflige, pero Ninita tiene contestación para todo:

«Ya puedes comprender que en este país nadie está al tanto de nuestras celebridades literarias... y además tienen unas ideas tan rancias, que figúrate la opinión que les merecerá el divorcio: sería lo bastante para romper el matrimonio de Rosa.»

Esta vez el padre se rebela. ¿Cómo es eso? ¡Rosa se casa y él no sabe nada! Pero su hija mayor le calma en seguida apoyándose más tiernamente en su brazo. Aún no está casada. Hay un Mr. Remory

teniente fiscal de la audiencia de Bastia que le hace la corte; hijo de un presidente de sala de París; de una buena familia. El matrimonio le gusta á La Posterolle más que por nada porque acabaría con la hostilidad que siempre ha habido entre Bastia y Ajaccio, entre la magistratura y la administración. Sin embargo, no hay nada decidido aún, y Mr. Remory padre, que vive en París, deben ir pronto á visitar oficialmente á Fagan, á menos que el escándalo de su presencia en Córcega no trajese como consecuencia una ruidosa ruptura.

—¡Pero si no habrá escándalo!...—dijo Régis conmovido al sentir temblar el brazo de su hija mayor...—¿Te ha robado ya el corazón el señor fiscal?

Pero al ver que Rosa en vez de responder casi rompe á llorar, empieza á tranquilizarse con dulzura, la hace sentar en la

balaustrada de piedra que bordea el camino, se sienta junto á ella y Ninita á su lado, mientras el aya sigue de pie un poco apartada semejando á la luz de la luna un carabinero de servicio...

—Escuchadme, hijitas mías;—dice y al hablar acaricia suavemente sus manos—confieso que el paso que he dado ha sido imprudente: pero todo puede arreglarse. En el hotel de Francia no me conocerán, ni saben cómo me llamo: puedo tomar un nombre supuesto y quedarme aquí cinco ó seis días sin ver á nadie, con la condición de que todas las noches daremos juntos, vigilados por Mademoiselle, un paseo misterioso como éste.

—¿Y de día qué te vas á hacer?—dijo Rosa conmovida por aquel grandísimo cariño en que no había ni sombra de egoísmo: si al menos pudiera ir á encerrarme contigo...

—¡Estás loca, Rosa!— exclamó vivamente Ninita.—¡Para que nos vieran entrar en el hotel á cualquiera de las dos, conociéndonos aquí todo el mundo!...

—No, no hijas mías, no os preocupéis de cómo pasará los días: los emplearé en buscar un desenlace que necesito, ó me iré á alta mar á pescar sardinas. Me bastará para estar contento con que por la noche os vea y con que contemplemos juntos este magnífico horizonte... Es esto tan hermoso, se está aquí tan bien... ¡Queridas de mi alma!...

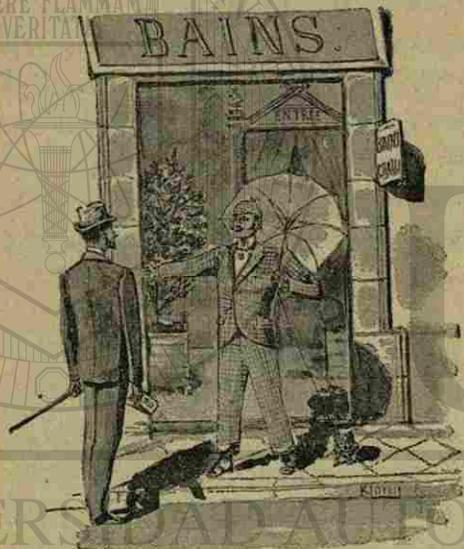
Ciertamente aquella noche le pagaba una porción de meses de tristeza y soledad. Ninita sentada sobre las rodillas, Rosa apoyada en su hombro, enfrente el argentino mar, el mar inmenso que se extendía por la orilla con ruidosas y espumantes sacudidas. A lo lejos y hacia la derecha la intermitente mirada del faro de

Sanguinarias cuya pupila es alternativamente verde y encarnada, y removidas por el tibio ambiente de la noche, las sombras de las estremecidas ramas de los arbustos, los perfumes de los naranjos y de los limoneros que exhalan los jardines de Barbicaglia, ó el ruido que hacen al caer al suelo las frutas maduras, les hacían estremecer. «Callad... parece que andan por ahí... no, por allí, por allí...» Y los tres se echaron á reír acercándose más unos á otros.

Inscrito con nombre fingido en el libro del hotel de Francia, Fagan pasó todo el día siguiente metido en su cuarto y no salió más que para ir á tomar un baño. A la puerta del establecimiento, tan poco frecuentado en Ajaccio como en casi todas las ciudades del Mediodía, tropezó con un joven gomoso armado de un quitasol de

seda color pálido y que llevaba de una cuerda un perro ratonero del tamaño de una rata.

—¡Aplásteme el diablo!... ¡Pero, si es Fagan!... Ole ¡qué tal va, autor queridísi-



mo, vate celebérrimo?... ¡Encontrarnos aquí! ¡Esto sí que tiene pimiental

Molestado de oirse llamar así cuando trataba de ocultarse, Fagan llevó á un lado á aquel tonto que había desempeñado un papel secundario en una de sus piezas representada en una velada del «Círculo de los Moscardones» del que los dos eran socios. De aquí provenía la intimidad que autorizaba el «qué tal va» el «autor queridísimo», frases que en aquellas circunstancias, tan lejos del *caló* de los boulevares parecieron á Régis lastimosamente ridículas.

—Le ruego á usted Barón—el padre del joven Rouchouze era Barón y su hijo le usurpaba con frecuencia el título y otras cosas—estoy aquí de riguroso incógnito y le agradecería...

—¡Silencio y discreción!... ¡Calla!... pero ahora caigo. Mme. La Posterolle es su... y entonces, las niñas del gobernador... esas dos manolas resaladas... me apresuro

á felicitar á usted querido poeta, sus hijas de usted son hasta allí... y si la sota de oros no me hubiese limpiado los bolsillos, le hubiera á usted pedido la mano de la pequeña. Todavía está un poco verde, pero me entusiasman los cogollos.

Qué difícil sería pintar la mirada que lanzó Fagan al baronzucho rechoncho, morrudo, que en vez de treinta parecía tener cincuenta años, con su color de hígado de pescado, su traje de cochero inglés y su corbata de color de sangre de toro, prendida con un alfiler que representaba una cabeza de cerdo! ¡Aquello, un marido para Ninita!

Se contuvo, sin embargo, porque necesitaba que el mamarracho se callara y le preguntó á qué había venido á Córcega.

—A hacer penitencia, querido... Me han atizado en la timba una paliza estupenda y mi padre me ha hecho volver á la ca-

rrera de montes que dejé cuando murió mi madre, y he aquí por qué me encuentra usted en el país de los bandidos con cien pesetas al mes que me da el Estado en su munificencia y lo que puedo arañar por las noches en un casino de tronados en el que le aseguro que no es fácil buscarse la existencia. Afortunadamente me quedan aún los brillantes de la buena mamá y además me he traído á Fermín, aquel criado del círculo que es un tío Recursos que no dejará á su amo morir de hambre... Véngase usted á almorzar conmigo cualquier día... ¿Ve usted la casa? Es aquella barraca vieja... — y con la punta de la sombrilla señalaba hacia el fin del puerto, á una casa de arquitectura italiana construída al borde mismo del agua.— Cinco cuartos en el piso segundo, con unos techos como los de las casas de la Plaza Vendome; á mi servicio tengo á Fermín y

á una cocinera que se llama Serafina que es la hermosa consorte de un arriero de la isla Roja y que pasa por ser la mejor *voce-ratrice* de Ajaccio. En confianza...— añadió el Barón bajando la voz, y con expresión horriblemente imbécil confesó que Serafina iba á concederle pronto sus favores, de los cuales había sido el primero y el máspreciado de todos, dejar que su afortunado dueño y señor la llevase á la casa de baños y que la estaba esperando.

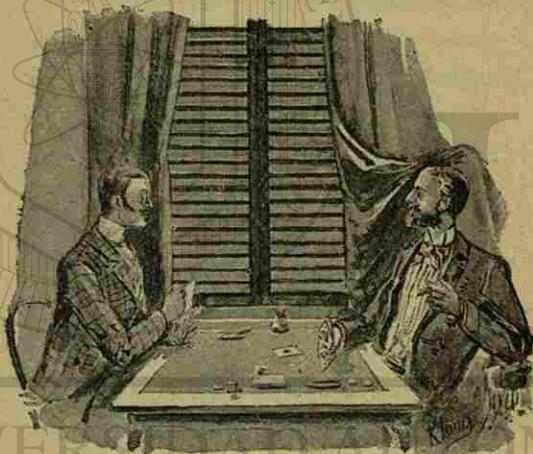
«Me parece inútil decir á usted que pienso tener á respetuosa distancia á semejante fantoche»—decía Fagan cuando volvió al hotel, en la carta que, para ponerla al corriente de los acontecimientos de su viaje, escribía á su querida Mme. Hulín. ¡Qué ilusiones se hacía el pobre!

Metido en aquel cuarto donde estaba confinado por la voluntad de sus hijas, mejor dicho, de la madre de sus hijas, que

llegaba hasta á exigir que no saliese nunca de día, pronto empezó á sentirse presa de mortal aburrimiento que le invadió como una niebla asfixiante, dejándole sin ideas y haciéndole imposible el trabajo. Se levantaba tarde, figaba por las rendijas de las entreabiertas persianas la entrada en el puerto de algún buque, de alguna barca de pescadores de coral napolitanos con su gran vela que parece un ala extendida, leía sin ver las letras y después de tres comidas hechas sin apetito, llegaban por fin las nueve de la noche, hora en que sus hijas iban á buscarle al camino de las Sanguinarias.

Por eso cuando al día siguiente de su encuentro, apareció el Barón Rouchouze con una baraja nueva en el bolsillo y le propuso jugar un ecarté á cinco tantos y á cuatro duros el juego, el aburrimiento de aquel cuarto de fonda hizo renacer en

Fagan las antiguas aficiones de la juventud y empezó la partida... Andar trescientas leguas, pasar el mar, habitar en aquella isla perfumada y pintoresca llena de rocas y de alquerías, y encerrarse con las persianas entornadas, á oscuras casi,



para jugar interminables partidas con el ridículo Rouchouze, llamándose Régis de

Fagan y siendo el autor dramático del teatro Francés y del Vaudeville!...

Cerca de las seis de la tarde, Fermín, correcto, todo vestido de negro, traía un vaso de agua de Vichy á su amo que no dejaba nunca, al volver á colocar en la bandeja el vaso vacío, de hacer al majestuoso ayuda de cámara, una expresiva petición frotando con ligereza el pulgar con el índice: «Dame unos cuantos lises...» porque la mala suerte se encarnizaba en el Barón y sólo le consolaba de esta mala suerte pensar en el honor de que le ganara un autor célebre y contar con el bacarat de su círculo de tronados que era más productivo.

Por las noches, Fagan, cogido del brazo de sus hijas, rodeado del espléndido horizonte que sus ojos no se cansaban de contemplar, olvidaba el embrutecimiento en que pasaba los días. Siempre llegaba

el primero, y sentado al abrigo de cualquier peña á la orilla del agua, oía desde lejos acercarse el crujido de las botitas en la arena del paseo, las risas contenidas, el claro cuchicheo de sus hijas á las que divertía lo romántico, lo misterioso de sus entrevistas.

—Parece una cita de enamorados— murmuraba Ninita.

Y Rosa:—¿Un enamorado para dos?

—Ó para tres... Mademoiselle también cuenta.

De pronto aparecía el padre, y entonces sonaban gritos de miedo, y luego besos y después empezaba la charla en voz baja sobre lo que habían hecho durante el día, las visitas que habían recibido y las que habían pagado, las probaturas de sus trajes para el gran baile de máscaras que se daba en el Gobierno el martes de carnaval.

Ninita se iba á vestir de Infanta de Ve-

lázquez con falda de raso claro con tontillo, y Rosa de noble veneciana con el pelo teñido de rojo.

—¡Y pensar que no podré veros!—gemía el pobre Fagan que tenía que embarcarse justamente el martes por la mañana.—Casi estoy por dejar mi viaje para el otro vapor.

Hacía esta proposición con timidez porque ya había retrasado una vez su salida; pero Ninita, siempre cumplidora de la consigna materna, le hacía dulcemente desistir de su proyecto. ¿De qué le serviría retrasar otra vez su viaje, puesto que no había de poder ir al baile ni ellas subir hasta su cuarto del hotel disfrazadas? Y para acabar de decidirle: «Además, de un día á otro puede llegarse á saber que estás aquí y esto nos había de causar grandes fastidios. Es preciso que te vayas, papaito; el presidente Remory debe ir á pe-

dirte la mano de tu hija y me parece que no ha de ser Antero quien...

—Bueno, bueno, me marcharé—decía el padre cuyo tono áspero se dulcificaba al sentir el contacto de una boca en su mano, muda expresión del agradecimiento de su Rosa querida.

La verdad es que Rosa le quería mucho, sin gestos ni afectación. Ninita también le quería, pero era aún demasiado chiquilla y estaba todavía bajo la influencia de su madre y de la implacable inglesa, insupportable partidaria del Ejército de Salud que, desde el primer día, había indicado su desprecio hacia el marido que era, según ella, un criollo parisién indolente que trabajaba por medio del teatro para conseguir la perdición de las almas. En el cariño de Rosa no habían podido hacer mella ni el veneno salutista ni las calumnias de la madre; veía que era suya para siem-

pre y ciertas delicadezas de su corazón las reservaba para ella sola. Por eso, una noche que Ninita y la instituíz se habían quedado un poco atrás, trató de hablarle de Paulina Hulín, de la noble y sólida amistad que encontraba en ella: «La has juzgado mal, hija mía; pero ya verás, algún día la conocerás mejor.» Rosa no contestaba, no hacía más que mirar á lo lejos como si la tuviesen absorta las luces cambiantes del faro y su intermitencia luminosa.—¿Sabes, continuó Fagan, que si hubiese sido viuda como creía al principio, me hubiera casado con ella probablemente?... ¿Te hubiese dado pena mi boda?

—¡Oh, sí!—murmuró con mal contenida violencia.

—¿Por qué?

—Porque saber que había una mujer extraña entre mi padre y yo, otra mujer que no fuese mamá, en casa...

—Pues tu madre bien se ha vuelto á casar y hay en vuestra casa, á su lado, un hombre que no es vuestro padre.

—¡Oh, no es lo mismo... ó por lo menos no me causa el mismo efecto!

Fagan se echó á reir medio enfadado.

—¿Entonces, tu madre tenía derecho para volverse á casar y yo no? Me condenas á seguir viudo, á vivir solo, mientras que tú te casarás también y más tarde tu hermana... Todos tendréis un hogar menos yo... Así discurrís las mujeres.

Rosa se acercó más á él.

—Qué quieres, tengo celos... Desde el primer día he detestado á esa Mad. Hulín... Sí, la he detestado siendo tu..., siendo tu amiga; figúrate lo que sucedería si llegase á ser tu mujer!

Iba á contestar; pero se acercó Ninita y cambiaron de conversación.



## VII

El viento soplaba tempestuoso por el camino de las Sanguinarias, contra el que se estrellaban las olas espumantes, formando un ancho ribete blanco al camino negro como la noche y más desierto que de costumbre. Ni una estrella en el cielo: el tumulto del mar rugiente é invisible se adivinaba al resplandor del faro que se hundía ó se elevaba, semejando un fósforo

—Pues tu madre bien se ha vuelto á casar y hay en vuestra casa, á su lado, un hombre que no es vuestro padre.

—¡Oh, no es lo mismo... ó por lo menos no me causa el mismo efecto!

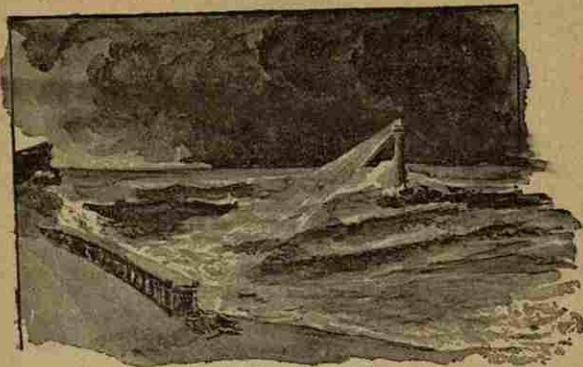
Fagan se echó á reir medio enfadado.

—¿Entonces, tu madre tenía derecho para volverse á casar y yo no? Me condenas á seguir viudo, á vivir solo, mientras que tú te casarás también y más tarde tu hermana... Todos tendréis un hogar menos yo... Así discurrís las mujeres.

Rosa se acercó más á él.

—Qué quieres, tengo celos... Desde el primer día he detestado á esa Mad. Hulín... Sí, la he detestado siendo tu..., siendo tu amiga; figúrate lo que sucedería si llegase á ser tu mujer!

Iba á contestar; pero se acercó Ninita y cambiaron de conversación.



## VII

El viento soplaba tempestuoso por el camino de las Sanguinarias, contra el que se estrellaban las olas espumantes, formando un ancho ribete blanco al camino negro como la noche y más desierto que de costumbre. Ni una estrella en el cielo: el tumulto del mar rugiente é invisible se adivinaba al resplandor del faro que se hundía ó se elevaba, semejando un fósforo

tirado sobre la cresta de las olas y que por un milagro continuase encendido.

—¿Eres tú, papá?—preguntó á media voz una de las hijas de Régis al oír el ruido cercano que hacían los guijarros del camino movidos por un paso apresurado.

—Sí, hijas mías.

Le extrañó que hubiesen llegado antes que él á la cita; pero atribuyó esta precipitación á su deseo de permanecer junto á él más tiempo la última noche, puesto que se marchaba al día siguiente á la una á bordo del *General Sebastiani*.

—¡Qué mal tiempo vas á tener!—dijo Rosa estremeciéndose. Pero su hermana no quería enternecimientos y exclamó: —¿Quién sabe... de aquí á mañana?... Y cogiéndose al brazo de su padre continuó: Vamos á correr un poco... con este airazo no se puede estar quietos.

La tempestad la emborrachaba; obliga-

ba á su padre y á su hermana á correr como ella, al aire la cabeza, y se reía de la espuma del mar que llevada por el vendabal venía á salpicarla. De pronto se paró diciendo:

—Ya sabes, Rosa, que no podemos alejarnos mucho, tenemos que volver temprano á casa.

—¿Temprano?—dijo Fagan con inquietud.—¿Por qué?

—Tenemos ensayo general con trajes esta noche. Mañana es el estreno de nuestra charada.

Régis sintió que le subía la cólera á la cabeza; pero se contuvo porque quería que sus hijas guardasen de él un recuerdo tierno sin mezcla de disgusto, y se limitó á balbucear tristemente:

—Eso no está bien, precisamente la última noche.

Rosa exclamó:



—¡Pobre papá!

Y Ninita:

—Hemos llegado antes que tú, mi hermana puede decirlo... Hacía lo menos veinte minutos que te estábamos esperando.

Su hermana no contestó comprendiendo todo lo absurda y todo lo cruel que era aquella manera de regatear minutos. Los tres se quedaron inmóviles no sabiendo qué decir. Nunca se había sentido Régis de Fagan tan cansado como en aquel momento, en aquel camino oscuro y azotado por la tormenta, de vivir, de luchar y de disputar el cariño de sus hijas á aquella mujer. A todo hubiera renunciado, lo mismo á su odio hacia la madre que á su pasión por las hijas.

Su corazón de padre cesó casi de latir un momento y tuvo un minuto mortal en el que sufrió la angustia y la suprema

indiferencia de la agonía. Una caricia de Rosa, que parecía adivinar su pena, algunas frases habilidosas de Ninita le sacaron de aquel síncope moral, cuyo recuerdo conservó para siempre.

—¿Es verdad, Rosa mía, lo que dice Nina? ¿No es una invención suya para hacer menos penosa nuestra despedida?

—Sí, es verdad, papá. Remory tiene la promesa formal de que le darán una plaza de fiscal en Versalles, y entonces el matrimonio se hará en París y podrás tener á tu hija á tu lado.

—Eso sin contar con que al primo lo harán pronto Consejero de Estado, y por lo tanto iremos todos á vivir allí... Nos veremos muy á menudo... ¿Crees que no será agradable reanudar nuestros deliciosos almuerzos de los domingos?

—¡Oh, ya lo creo!—suspiró Fagan; y engañadoras ó reales, aquellas esperanzas

dulcificaron la separación, la despedida en aquella profunda obscuridad en que abrazaba á sus hijas sin verlas.

Rosa había acertado. Cuando se embarcó al día siguiente, cayendo una lluvia menuda que se mezclaba con la espuma pulverizada, el mar estaba imponente, furioso hasta en el fondo del puerto, la escollera cubierta por las olas y los muelles inundados por grandes masas de agua que se extendían hasta las casas, en donde se refugiaba la gente corriendo y riendo.

Buscando un refugio entraban en el puerto barcos de todas clases, de vela, vapores, coraleros, lanchas de pesca; algunos de ellos con averías, todos huyendo del temporal, de la horrible batalla de los vientos contra las olas y cuyo continuo

cañoneo se oía á lo lejos; y en la rada se veía adelantarse lentamente un inmenso trasatlántico que, llevado sobre las olas enormes, parecía que estaba en el aire, más alto que los tejados.

Cuando un barco de aquel tamaño se apartaba de su rumbo, bien podía, sin avergonzarse, aplazar para otro día su marcha el *General Sebastiani*; pero para esto hubiera sido preciso que lo mandase otro que no fuese aquel hombrecillo negro y enjuto cuya cara parecía la cabeza de un pavo de perfil que paseaba rabiamente por el puente, apretando con los dientes el tubo de su pipa roja que hacía más ruido que la chimenea del vapor y que no respondía á los asustados viajeros que acudían á él más que: «que se embarque el que quiera, yo *me largo con los caballitos*.» Unos cuarenta caballos corsos que llevaba á Marsella, trabados en el

entrepunte descubierto y que ya relinchaban de miedo.

Fagan que conocía el mar porque había hecho varias veces la travesía de la Isla Borbón, pensaba con gusto en este viaje á semejanza de las gaviotas, con un ala en la espuma y la otra en el aire; además la tristeza que sentía, la soledad en que se encontraba y que aquel día le hacía sufrir más que de costumbre, le había hecho llegar á uno de esos momentos en que se busca con placer el peligro, y más que cualquiera otro el peligro que proviene del elemento que da más grandiosidad á la muerte, que la hace impersonal, como una especie de desaparición en la boca sombría de una visión apocalíptica... Por eso, mientras la mayoría de los viajeros inscriptos aplazaban su viaje, él se instalaba en el mejor camarote de 1.<sup>a</sup> clase y al oír que la campana de proa sonaba como

á lo lejos porque el huracán esparcía sus sonidos, subió sobre cubierta.

Los bulliciosos muelles, las casas sombrías, la blanca garita de la escollera, todo huía, pareciendo cada vez más pequeño y según avanzaba el barco por la rada más ancha, las olas se iban haciendo más altas y más pesadas y el ruido de las rompientes se acercaba cada vez más. Pronto se vió destacándose sobre el cielo obscuro la Peña rojiza de las Sanguinarias con el faro á un extremo y la torre genovesa al otro: y allá lejos debajo de las tintas verdes de los jardines de Barbicaglia se dibujaba un camino que parecía una cinta blanquecina que dibujaba la costa, reanimando en el corazón de Régis el tierno recuerdo de sus hijas y aquellas agradables noches que tan de prisa habían pasado.

Se acordarían en aquel momento de su

padre ó estarían pensando sólo en los trajes de la charada?... ¡Qué bonita estaría Rosa con su vestido de veneciana!



pues ¡y la carita de Nina entre los rasos de la infanta! ¡Qué pena no haber podido verlas desde un obscuro rincón aunque hubiese sido tan deprisa como los curiosos que van á ver bajarse de los coches á las señoras invitadas al baile y las admiran á su rápido paso á la

luz de las antorchas de la fiesta!

Un enorme golpe de mar interrumpió

bruscamente su meditación, inundando el puente y la cubierta de un extremo á otro, arrancando las banquetas y arrojándole de cabeza por la escalera sin darle tiempo á agarrarse al pasamanos. Un sacerdote y dos oficiales que formaban con él todo el pasaje, le ayudaron á levantarse y á secarse y después, como se dió la orden de cerrar las escotillas, tuvieron que quedarse mirándose unos á otros en el obscuro y enmohecido salón entre las palanganas que andaban danzando sobre los divanes. Había cesado la trepidación de la hélice: el barco se balanceaba pesadamente en medio de un silencio que asustaba. Un cocinero tan blanco como su gorra abrió la puerta y dijo agarrándose al picaporte: «Se ha roto el árbol de la hélice y se va á tratar de volver á la vela á Ajaccio.» Y lo trágico de la situación se completaba con el espectáculo que ofrecían la mayor

parte de los caballos que por la violencia de las olas habían tenido que ser arrojados al mar y que relinchando, luchando, sacudiendo las patas, trabados, formaban en la espumosa estela del barco un muladar movedizo y negruzco.

La noche empezaba, cuando gracias á una habilidad y una suerte milagrosa el *General Sebastiani* que había salido barco de vapor de Ajaccio, volvió barco de vela. Una neblina húmeda y gris envolvía la ciudad donde se agitaban luces, se oían cantares, gritos, tambores, petardos, trompetas, cuernos de caza y toda la batahola carnavalesca inherente á una noche de martes de carnaval italiana: y á toda esta estrepitosa algazara hacía el mar enfurecido un acompañamiento profundo y continuado. Fagan no sabía qué hacer, si quedarse á bordo entre la humedad de las mojaduras y el martilleo de la carena ó

comer y dormir en tierra en aquella noche de máscaras y de bulla populachera, teniendo como él tenía el corazón oprimido aún por la tristeza de la despedida. Las dos soluciones eran malas. Al fin le hizo decidirse la idea que le ocurrió de acercarse á sus hijas, la esperanza que se forjó de ver aunque fuese de lejos las luces de su baile, y quizá, si la suerte le ayudaba de abrazarlas otra vez.

Estaba chapoteando en el barro que cubría los muelles que todavía barrían de vez en cuando las olas blancuzcas á la luz de los faroles, cuando tropezó con un hombre que corría con un paquete debajo del brazo.

—¡Calla! ¡Fagan! ¿De dónde sale usted, hombre notable? Creía que se había usted largado.

—Pues ya ve usted: acabo de llegar— y después de contarle en dos palabras sus

aventuras Régis le preguntó: ¿Pero, y usted Barón, á dónde va tan corriendo cargado como un sastre que va á entregar?

Lo cierto era que no resultaba muy elegante para un *gentleman*, que según decía había corrido en los hipódromos quién sabe las veces, ir cargado con un paquete envuelto en percalina: y para acabar de desconcertarse, el Barón se acordó de pronto de que había dejado á su «autor insigne» marchar sin pagarle una pequeña deuda de cincuenta ó sesenta lises, resto de la última sesión de *ecarté*.

—Puesto que no tiene usted nada que hacer esta noche, querido Fagan, véngase á comer conmigo... Después de comer podremos jugar un par de horas porque la comparsa vendrá á buscarme tarde. La comparsa, eran ocho ó diez muchachos del círculo que disfrazados y en-

mascarados iban á recorrer los bailes y reuniones de Ajaccio, dando bromas como allí es costumbre las noches de carnaval: —Precisamente vengo ahora de buscar mi traje de Mephisto... Tenga usted cuidado con los dos escalones, querido; ya estamos en casa.»

Mientras subían la escalera de un viejo caserón, cuyo pasamanos y cuyas paredes chorreaban agua, Fagan que iba detrás escuchando sin decir nada, preguntó de pronto á Rouchouze:

—¿Entrarán ustedes en el Gobierno en la expedición de esta noche?

—¡Ya lo creo!... ¡Si esta noche hay allí baile y representación!

—Entonces, querido Barón, proporcióneme usted un traje cualquiera y lléveme con la comparsa.

—Con mucho gusto...—dijo el otro, que haciendo este favor á su acreedor se

encontraba menos cortado y más á su gusto. La compañía italiana del gran teatro estaba toda á su disposición y podían pedir al bajo Deodatto... ó sinó mejor al barítono Paganetti que era alto y largo como Fagan, cualquier traje... ¡Vamos! ya está aquí Fermín... Fermín otro cubierto... el señor come conmigo.

Parecía que la humedad de la escalera se había apoderado de la habitación, alta de techo y escasamente amueblada con muebles antiguos y severos, que la señora viuda de Limperani, madre de un capellán de la armada, ausente por algunos años, alquilaba al Barón Rouchouze. Conchas, plantas exóticas, corales secos, una fragata en miniatura sobre la chimenea; estampas é imágenes religiosas en las paredes; y por todas partes, en los respaldos de los sillones ajados, en el mármol cascado de la consola, veletes y re-

dondeles de crochet; alfombritas delante del sofá para disimular lo blancuzco del piso; todo frío, mal alumbrado, incómodo y empobrecido aún más por un olor á cebolla frita que venía de la cocina. El contraste que resultaba entre la instalación y las maneras afectadamente elegantes del Barón y del majestuoso Fermín, era verdaderamente cómico.

El criado parecía todavía más cortado que su amo de tener que iniciar á un parisién en las miserias de su modo de vivir; para disimularlas, exageraba la tiesura y la corrección de su aire al pronunciar un «el señor Barón está servido» con una solemnidad completamente inútil, puesto que había que entrar en un comedor sin fuego, sin cortinas en las ventanas negras y altas por las que se veían á modo de estrellas las temblorosas luces de los faroles de los barcos, y sentarse á la mesa

melancólica en que humeaba la sopa de cebolla entre un plato de pescado cocido y la cuajada tradicional, el *bruccio* sin el cual no hay comida posible en Córcega.

¡No se podía negar! El señor Barón estaba servido, pero lastimosamente; sin embargo, la modestia del servicio no le impedía contonearse y guiñar los ojos con picardía mientras contaba, durante toda la comida, sus numerosas conquistas en todas las clases sociales de la isla.

—A propósito de conquistas; ¿y Serafina?—preguntó Fagan pasando al salón donde les esperaba el café en la mesa de juego entre las fichas y una baraja nueva.

—¿Serafina? ¡Oh! cada vez más... Es una mujer ideal, sabe usted... Hay que venir á Córcega para encontrar... poetisa cocinera, unas piernas que ni Diana y además que no me cuesta un ochavo...

Pero aguarde usted un momento... va usted á juzgar por sí mismo.

Acudió al llamamiento de su amo. Era una buena moza, de talle robusto y piernas sólidas, pero de elegante dibujo, según se adivinaba por el modelado de la falda.

—Quítate eso—dijo el Barón alzando el pañuelo que llevaba á la cabeza y que le tapaba la cara, la frente pequeña cruzada por una larga cicatriz, los ojos pardos y facciones duras pero correctas.

—Le doy á usted la enhorabuena, amigo mío—respondió Fagan á su huésped que á guisa de interrogación no hacía más que decir: «¿Eh?»—¿Pero de dónde proviene ese hermoso chirlo que tiene sobre las cejas?

La mujer había comprendido y contestó con orgullo: *U cultellu di u maritu.*

—Sí, querido, el bruto del arriero, por

una cuestión de celos... una terrible cuchillada... ¡Pobre borregota mía! y el Barón le daba palmaditas en las caderas con una mano mientras cortaba la baraja con la otra, impaciente por empezar la revancha que le había hecho llevar á Fagan á aquel tabuco.

Llamaron á la puerta violentamente.

—Sin duda será el traje—dijo Rouchouze; pero de pronto palideció al oír los pesados pasos y la risa de ogro que sonó en el corredor y luego en la cocina á donde Fermín había introducido al recién llegado.

—*¡U maritu!*—murmuró Serafina que tenía prisa de volver al lado de sus hornillas, mientras el Barón le decía por lo bajo: «Dale bien de comer...»

—¿Parece que se turba usted?...—preguntó Régis á su anfitrión. ¿Acaso es por la llegada de Otello?

—No... es que ese animal siempre que viene pide algo.

Por el corredor se acercaban unos zapatos con clavos y una mano ruda golpeó la puerta:

—Adelante—dijo el Barón que casi estaba afónico.

Entró un gigante afeitado, con el *pelone* hasta los hombros, un pañuelo encarnado atado flojo alrededor de un cuello robusto y redondo que no parecía haber tostado el sol de las montañas, el pecho ancho y duro como una plancha de mármol y unas manos enormes, que eran lo que más chocaba de toda su persona, unas manos de color de tierra que daban vueltas á una gorra que olía á salvaje.

—¿Qué hay de nuevo, maese Palombo?

—Nada bueno, señor Barón... y con mucha calma, el marido de Serafina contó que en el monte Rotondo á dos de sus

mulas, magníficos animales, les había cogido una tormenta, se habían enfriado con la lluvia y ¡trás! las dos se habían muerto. Tenía que reemplazarlas en seguida porque de no hacerlo tendría que parar el comercio, en la buena temporada, lo cual era su ruina y la de sus hermanos... ¿Y dónde iba él á encontrar tanto dinero? ¡Entonces se había acordado... de que Serafina decía que el señorito era tan bueno para ella!...

Mientras estaba hablando, sus ojillos de elefante medio ocultos entre los pliegues de la piel no se apartaban del pañuelo de la cabeza que había dejado olvidado Serafina en uno de los brazos del sillón en que estaba sentado Rouchouze. La voz se iba haciendo cada vez más áspera, casi insolente á pesar de lo dulce de las palabras, y el Barón que seguía la dirección de las miradas y la progresión as-

—cendente de amenaza, estaba tan conmovido con la presencia de aquel pingajo de seda como si el marido le hubiese sorprendido con su mujer sentada en las rodillas; perdía la cabeza, tartamudeaba de miedo y se informaba de lo que haría falta, de lo que necesitaría, su valiente, su excelente Palombo para reemplazar su par de mulas.

—Ochocientos francos, ni un escudo menos;—al decir esto el arriero que reservaba para el momento preciso un golpe de efecto, alargó la mano y con tono severo dijo: Esto ¿es de Serafina?...

La fisonomía del Barón se descompuso y vuelto hacia Fagan, y en voz muy baja le dijo: «En nombre de la piedad, amigo mío, présteme usted cuarenta luises y me salvará de una catástrofe.»

Cogió el ancho billete azul que Fagan le alargaba con disimulo y dándosele á

Palombo con magnífico aplomo y tranquilo desahogo:

—Toma ochocientos francos para las mulas, muchacho, y lo que sobra para tu mujer.

El rufián se metió el dinero en el bolsillo, dió las gracias y se volvió á la cocina donde se oyeron durante largo rato prolongadas risas y chichirrear el aceite en la sartén.

Después de este asalto, el Barón quería seguir jugando, pero su contrincante, dejando las cartas y cogiéndole las manos por encima de la mesa, le dijo cordial y casi paternalmente: No, no; vamos á dejarlo... se lo agradeceré á usted.

—Pero, querido...

—Sí, ya sé... quiere usted la revancha... es natural... pero yo tengo otra cosa mejor que proponerle. El dinero que le he ganado á usted en estos días, me está

pesando en el bolsillo; por esa razón me ha visto usted tan propicio y tan satisfecho hace un momento de poderle ayudar. Déjeme usted añadir á ese pequeño favor unos cuantos billetes de mil francos de los que su pícara mala suerte...

—¡Oh! ¡Sr. Fagan!...—balbuceó el infeliz muy emocionado... —Si usted supiera qué servicio me presta...

Y sin terminar la frase arrojando la careta de gomoso, se echó á llorar apoyada la cabeza en los puños, como lo que era, como un niño grande.

De pronto estallaron al pié de la ventana, estrepitosos toques de trompa.

—¡Ya están ahí!—gritó el Barón poniéndose de pie, secos ya los ojos.—¡Vamos!... ¡A vestirnos deprisa! y con las piernas metidas en las calzas de Mefisto, mientras se ponía la dantesca gorra, murmuraba con acento sincero: Este demo-

nio de Fagan... ¡qué buen amigo!... Pero Fagan no contestaba nada, ocupadísimo en ver cómo se colaba en el jubón mitad de un color mitad de otro y el gorro con cascabeles que le había prestado el barítono Paganetti.

En la sombra y entre la niebla del muelle alborotaban las máscaras amigos de Rouchouze. Todos tenían el mismo modo de hablar que su instructor y modelo, copiando el lenguaje del boulevard, de los círculos y de las cuadras que aquél usaba, y que ceceado con acento corso hacía el mismo efecto que harían las modas parisienses aplicadas á las mujeres de Tahiti.

—Mi amigo Rigoletto—dijo el Barón presentando á su convidado...

—En busca de su hija—añadió Fagan

por decir algo, y Rouchouze acercándose á su oído rectificó: De sus hijas...

—¡Calla! ¡Pues es verdad! no había caído en ello, y el padre sonrió al pensar en aquella coincidencia.

—¿Por dónde empezamos?—preguntó uno.

Fagan, que no quería pasarse toda la noche fuera de casa, respondió:—Por el Gobierno.

Atravesaron tres ó cuatro callejas estrechas y la comparsa muy animada á pesar de la obscuridad, escoltada por chiquillos, alumbrada con faroles de colores y perseguida por el estribillo repetido hasta la saciedad de una pesada canción del país, «—¡O Ragani! ¡O cho dotta!... ¡O Ragani! ¡O cho dotta!—» llegó á casa de La Posterolle en el momento en que terminaba la representación de la charada. Entraron alegremente en el gran

salón entre el runrún y el murmullo que acompaña al alivio que sienten las personas que se desentumecen y se mueven después de haber estado dos horas sentadas.

La variedad de trajes, la mezcla de colores, de penachos, de cintas y de plumas, fué acogida con risas y exclamaciones. Mientras avisaban á los dueños de la casa, Fagan se aseguraba ante un espejo de gran tamaño, de la transformación de su persona, de lo desconocido que estaba con el antifaz con barbas de encaje y la enorme gola que le tapaba el cuello. Ni su misma ex-mujer le reconocería, y seguro de esto, se dejó llevar por completo de la alegría que le daba pensar en tener el placer de sorprender á sus hijas en medio de aquella vida de sociedad donde él no podía tener entrada.

Uno á uno, el barón á la cabeza, la com-

parsa desfiló ante los Sres. de La Post-rolle y después empezó el paseo por los salones por entre dos filas de convidados.

Cuando Régis, que iba el último, llegó frente á aquella mujer que durante tantos años había sido la suya, le costó trabajo reconocerla. Desde la última vez que la había visto, había engordado, y el pelo que ahora llevaba empolvado de blanco formaba un bonito contraste con los hombros con los brazos que todavía estaban frescos y la expresión infantil de la cara que ya comenzaba á abotagarse: pero sí reconoció la sonrisa falsa en que se unía la expresión de los ojos con la de la boca y aquella sonrisa le dió un escalofrío de miedo. Le había hecho tanto daño y podía causarle tanto aún!... La saludó profundamente sin atreverse á mirarla y pasó en seguida á saludar al marido, altanero, cara de imbécil, calabaza vacía y sonora que

había ocupado su sitio en la almohada de Madame Ravaut.

—Yo conozco estos ojos...—pensó la señora gobernadora mientras se alejaba la comparsa y volviéndose á la Posterolle le dijo—¿quién es?

—No sé...—contestó éste de un modo evasivo.

Entre dos vallas de hombros desnudos, de flores, de plumas, de fracs negros, de galones dorados, de cintas, Fagan no hacía más que oír esta pregunta murmurada á su paso:

—¿Quién es?... ¿quién es?...

Á pesar de su habilidad para disfrazarse para fingir la voz y el modo de andar, habían conocido á todos los demás y por más que ellos decían riendo que «no» con la cabeza, la gente hacía inútiles las caretas pronunciando sus nombres—¡Calla!... ¡mira! si es Forcioli... Buenas noches Ba-

rón...—Pero el último, aquel grandullón que no hablaba y que se limitaba á agitar su *marotte* con cascabeles, en las narices de todos, ¿quién sería?

El no pensaba más que en sus hijas, extrañándose de no verlas. ¿Dónde estarían? Quizá cambiando de traje después de haber terminado la charada. Estaba pensando en como se arreglaría para esperarlas

en medio de la curiosidad que le rodeaba cuando aparecieron de pronto á la entrada del segundo salón; las dos juntas; su Rosa y su Ninita, y ¡qué deliciosas! Llevado siempre por aquel grupo que no podía ni romper ni apresurar, dejó caer en el oído



de la más joven un «buenas noches preciosa infanta» tan dulce, que la hizo estremecer bajo los lazos de raso de su largo justillo, y presintiendo la verdad, buscar la mirada de su padre que ya la había apartado en busca de la hermana mayor.

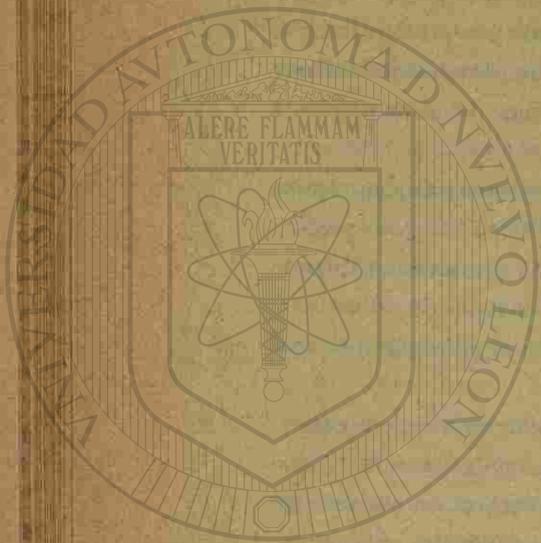
Con los cabellos flotantes hasta la falda de grueso damasco, Rosa miraba pasar las máscaras cogida del brazo de un buen mozo, muy joven de cara y solemnemente calvo, cuando sintió sobre la enguantada mano la caricia de una careta de terciopelo mientras una voz cariñosa, la voz de una persona que ella sabe que se ha marchado, que se ha embarcado la víspera, murmura; «buenas noches, hermosa veneciana».

Conmovida quiere contestar algo, pero la *marotte* de Rigoletto suena un instante á su lado y agitada después frenéticamente sobre la muchedumbre desaparece hacia

el jardín. Rosa quiere averiguar, busca por todas partes á Ninita y la encuentra en el primer salón conferenciando con Madame La Posterolle que está densamente pálida á pesar del colorete.

Con la peor de sus sonrisas, una sonrisa aguda como una flecha, la gobernadora dice muy bajo, como si estuviera hablando con las plumas de su abanico «yo me vengaré, hijitas mías... ¡os juro que me la ha de pagar!»

La música preludia un wals, empieza el movimiento de las invitaciones de las parejas que van á colocarse en sus puestos y las tres mujeres, la madre y las hijas, impresionadas de distinta manera, giran á compás del baile.



## VIII

Régis de Fagan sufrió á su vuelta á París el más cruel de los desengaños al encontrar todas las persianas del piso bajo cerradas y el jardín vacío.

Paulina Hulín se había marchado, llevándose á todos sus criados sin que Antero, á pesar de haber presenciado la partida, pudiese dar á su amo la menor noticia. Anita, la doncella de la señora, le había dicho:—Nos largamos.—¿Á dónde?—Al Havre—y no había más detalles.

Fagan no podía creerlo. Al Havre ¿qué habría ido á hacer al Havre puesto que su marido vivía allí?—Pero si el marido ha venido—objetaba el majadero de Antero...

y por cierto que Anita creyó que era para llevarse al niño... pero se marchó solo y la señora dos días después.

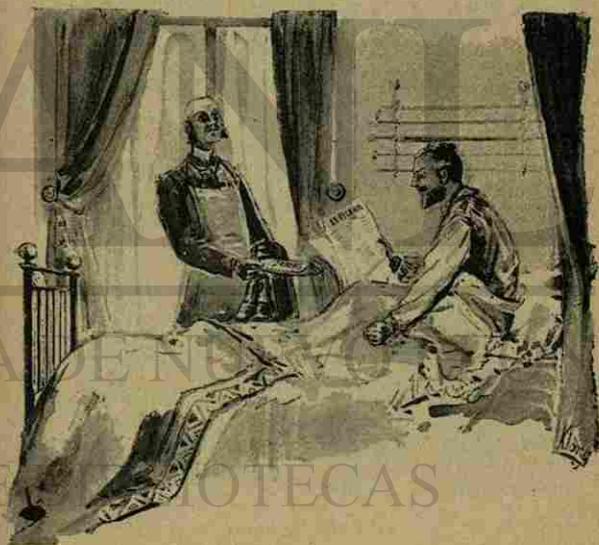
¿Qué pensar?

Lleno de angustia Fagan pasó aquellos primeros días sin salir de casa, esperando una carta y creyendo que quizá al abrir su balcón cualquier mañana, vería á Mauricio en el jardín mirando hacia el cuarto de su amigo. Pero no; el pradito, privado de los juegos del niño, le parecía cada vez mayor y en el paseo circular, en aquel camino en que tantas dulces conversaciones interminables había tenido paseando con su querida Paulina, las hierbecitas verdes que empezaban á brotar entre la arena, le recordaba la marcha y el abandono.

Una vez, sin embargo, al ver entrar bruscamente en su cuarto á su criado, Régis sintió latir más aprisa el corazón y creyó que Antero le traía noticias.

—No, señor; es una cosa más rara... Los periódicos de esta mañana dicen que que el señor se ha vuelto loco.

Dicho esto con el tono especial de malhumor con que hablaba á Fagan de sus piezas que no gustaban, el criado descorrió las cortinas de las ventanas y alargó á su amo el suelto reproducido por los



dos periódicos más leídos de París. En él se anunciaba, casi con los mismos términos, que á consecuencia de unas fiebres palúdicas que había cogido en Córcega el célebre escritor dramático Régis de Fagan, acababa de ser atacado de enagenación mental: los primeros síntomas se habían notado en un baile, en Ajaccio.

—¡Ah, la muy perral..., exclamó Régis; había reconocido en el suelto el estilo y la inventiva de su mujer, y en aquel momento, exasperado, al dar á Antero una serie de órdenes contradictorias, con un tono brutal que nunca usaba, sorprendió claramente en los asustados ojos del pobre muchacho este pensamiento: «¿Acaso será verdad que se ha vuelto loco?» La mirada de su criado le sirvió de lección y le indicó la conducta que debía observar delante de las gentes. Si se hubiese dejado llevar de su temperamento irritable,

hubiera ido á exigir á los periódicos una rectificación con el bastón enarbolado, furioso, y su actitud habría justificado el abominable suelto. Tampoco debía exagerar la calma ni la indiferencia, porque esto daría lugar á suponer un estado comatoso.

En las redacciones de los periódicos le ofrecieron toda clase de excusas. La noticia la habían recibido directamente de Ajaccio por el cable. En el número del día siguiente la rectificarían, y si lo deseaba se podría fácilmente averiguar... ¿Averiguar? ¿Para qué...? Sería dar demasiada importancia á una granujada, á una broma; y en la redacción del periódico todos repetían las palabras, «granujada», «broma», escudriñándole hasta lo hondo de los ojos, auscultando sus palabras y sus gestos. ¡Ah! la grandísima bribona había elegido bien la manera de envene-

nar su vida. Contra cualquier otra calumnia había posibilidad de defenderse, de alegar pruebas; pero contra aquélla, cómo?

Durante todo el día Fagan se hizo ver en el Boulevard, causando gran extrañeza que se pasease, que estuviese suelto, que pudiera disfrutar del sol de los libres y de los vivos. ¡Sin duda había podido escaparse!... En su Círculo lo recibieron demasiado cordialmente, con exceso de afecto, como si recibieran á un amigo que no creían volver á ver. Comió, estuvo gracioso, ofreció escribir una pieza para la próxima fiesta anual; pasó las primeras horas de la noche en los foyers de dos ó tres teatros; volvió al Círculo á la hora en que los jóvenes gomosos, émulos del barón Rouchouze, van á buscarse la vida, y se sentó á una mesa de juego, donde estuvo hasta el amanecer para probar por completo que no estaba loco.

Al volver á su casa, abrió la ventana que daba al jardín. Empezaba á despuntar el día. En lo más alto de un grupo de olmos, apenas visible, silbaba un mirlo entre la niebla, en la que, la punta afilada de su pico, parecía escribir en arabescos la letra de su canción. Fagan meditó largo rato, lleno de tristezas, con decaimiento. ¡Qué solo se había encontrado en aquel París que había recorrido durante todo el día! ¡Tantas caras de hombres y de mujeres y entre todas ellas ni una que le mirara con cariño!

¿Consistía en el desaliento inmenso que sentía ó en la niebla de la mañana, que impregnaba el paño fino de su frac? El caso es que temblaba, y cerró la ventana sintiendo un malestar inexplicable, que, lejos de hacerle sentir la necesidad de sueño y de descanso, escitaba su cerebro y le hacía comenzar una larga carta diri-

gida á su hija mayor, que era el único corazón donde podía desahogarse y volver á tomar gusto á la vida:



«No quiero, Rosa, dejarte más de un día bajo la impresión producida por la horrible noticia que os habrán llevado los periódicos. A Dios gracias, ni hay locura ni amenaza de locura; tu padre sigue como siempre lo has visto: con la imaginación clara y los ojos serenos; una obra entre manos y otras esbozadas en la ca-

beza. Sólo he tenido que perder un día y una noche en dejarme ver por todo París, á todas horas y en todas partes, dando pruebas del equilibrio perfecto de mi espíritu. Los periódicos rectificarán hoy, y mañana ya no se hablará de esto.

»El error de los que han tratado de ahogarme con esta perfidia, ha consistido en creer que era posible, en estos tiempos y con una personalidad tan conocida como la mía, repetir la aventura del desgraciado Sandón, aquel abogado á que hicieron pasar por loco y que tuvieron secuestrado durante diez años.

»¡Ah! ¡Si hubiera querido vengarme, hacer abrir la información que me proponían, cómo hubieran caído en el lazo los infames é imbéciles que han inventado la calumnia! Pero el odio ocupa mucho tiempo... He consagrado toda mi vida al trabajo y esto da ideas de perdón.

» ¡Estoy tan solol... Ya no tengo ni aun aquella vecindad que hasta ahora me evitaba la tristeza de la casa vacía. Mme. Hulín se ha marchado llevándose á su hijo, sin duda, para eludir los efectos de la inicua ley que lo reclamaba para devolvérselo á su padre; ¿como le habrá ocurrido al consejero Malville, que es un hombre honrado, y á sus asesores, cuando han pronunciado la sentencia de separación, la idea de añadir la espantosa cláusula de que desde la edad de diez años y hasta terminar sus estudios, el niño había de estar bajo la dirección paterna? ¡Qué perspectiva para la pobre mujer pensar que podrían meter á su enfermito interno en cualquier colegio lejano y elegir alguna institución especial, que por su rigidez lo privase de la vigilancia y de los mimos de su madre!... ¡Y quién sabe si descubrirían en él tales instintos de maldad y

de rebeldía que hiciesen necesario llevarlo á Metray y meterlo en aquel presidio que llaman la casa de familia ó que entrase en la escuela de grumetes... Pobre Mme. Hulín! ¡Qué bien comprendo que se haya llevado á su hijo y que lo haya escondido en algún rincón de la tierra!

» Mientras tanto me veo privado de aquella dulce amistad de mujer que cada día era más grata para mí. Hasta el mismo Mauricio me entretenía con su charla afectuosa. Con la precocidad que le daba su estado enfermizo, con su gracia de niño, hacía que te recordara cuando tenías la misma edad, en aquellos días en que por toser un poco te hacíamos quedar en casa y te venías á leer junto á mi mesa; ¡qué orgullo tenías en traerme los libros gordos tan pesados que casi te arrastraban con su peso y en ayudarme á trabajar alargándome un lápiz ó una caja de plumas!



Pues ¿y Ninita? ¿te acuerdas cuando sentada sobre la alfombra, tan alta como una col decía que arreglaba la biblioteca de papá, y colocaba todos los libros embarrullados, con los títulos hacia abajo, los autores revueltos, descabalados, en un conmovedor desorden que yo hacía que respetara Antero?... pues bien, la voz de Mauricio era para mí el eco de todas estas tonterías divinas, de todos estos recuerdos guardados en un rincón de mi corazón; nunca hubiera creído echarlo tanto de menos.

»¡Señal de vejez, hija mía, sí, de vejez! Voy á cumplir los cuarenta y cinco años, edad en que físicamente ya no vive el

hombre de sus rentas, sino que empieza á gastar su capital de fuerza y de salud. Las fuerzas ya no se reponen; cada disgusto traza una arruga; cada emoción gasta y afloja la tensión nerviosa. Es triste, bonita mía, pero lo mejor de mi existencia ha pasado; mis mayores éxitos ya los he tenido; de ahora en adelante todo será decaimiento de fuerzas y de suerte, y detrás de mí tendré una juventud apresurada y ávida que me empujará ferozmente. En estos tiempos pronto lo dan á uno de desecho, y cuando lo han dado á uno de desecho, no tener ni hogar ni familia, es duro! A la hora que te estoy escribiendo, rendido de cansancio por haber pasado la noche en el círculo, ¡si vieras qué triste me parece mi *home* y qué placer me daría saber que en la habitación de al lado dormía un ser querido, una mujer, un hijo, á quien se temiera despertar pisando fuer-

tel... ¡Pero, no hay nadie, ni siquiera en el piso bajo!

» Me dirás que he tenido un hogar y una familia y que no he sabido conservarlas. ¿Quién tiene la culpa?... Nunca me he quejado, nunca te he dicho nada contra tu madre que no ha guardado la misma reserva que yo; pero será preciso que sepas como me he sacrificado y que no es justo, haya pensado lo que haya pensado un juez idiota, que yo permanezca solo, siempre solo cuando mi mujer... ¡Dios míol te estoy hablando mal de los magistrados á tí que te vas á casar con uno... y que tiene muy buena facha según me pareció la noche del martes de carnaval en vuestros salones oficiales!...

» El padre, cuya visita recibí anteayer, me ha gustado también mucho. Es un hombre grueso no excesivamente majestuoso para ser presidente de Sala, con ta-

lento, ojos maliciosos, larga barba blanca que causa gran escándalo en el Palacio de Justicia y opiniones democráticas á las que debe la rapidez de su carrera. No tiene un cuarto. Ha sido una suerte que yo me haya ocupado desde hace tiempo del dote de mi Rosa. Sin entrar en pormenores de negocios, puedo decirte que te cedo los derechos de mis dos obras más productivas: *Los jardines encantados*, de la Opera Cómica, y *Mr. y Mme. Dacier*, de la Comedia Francesa, que, calculando por lo bajo, dan unos veinte mil francos al año. El padre de tu Gaston me parece que ha quedado satisfecho. Le he enseñado el álbum en que tu hermana y tú estáis retratadas á diferentes edades; ha parecido entusiasmado y ya ha hablado de Ninita para su hijo más joven que se está preparando para entrar en Saint Cyr. Puedes ser completamente feliz, pues el asunto

está ya resuelto, á no ser que en casa de Garin de Malville, con quien estoy citado, me digan que Mr. Remory padre, es un evadido de Noumea á quien han hecho presidente de golpe y porrazo para premiarle servicios especiales. Hubiera debido empezar por tomar informes, pero Malville, que es el único magistrado que conozco del Tribunal Supremo, está organizando en Lilla, un gran festival wagneriano y no volverá hasta dentro de unos días. Cuando todo esté arreglado y casados vosotros, lo más pronto posible, hablaré á mis hijos de un proyecto, de un sueño que no me deja en paz; después de todo, ¿por qué no te lo he de decir ahora con la condición de que guardes el secreto si juzgas la cosa irrealizable?

»¿Qué te parecería la idea de vivir en Versalles los tres? El nombramiento de Gastón Remory es, según parece, cues-

tión de unas semanas, el tiempo necesario para casaros y para que alquiléis, cerca del parque, un hotel delicioso de dos pisos y situado entre un patio de entrada y un jardín. Me instalo en el segundo y vosotros en el principal, cada uno en su casa, con cocina separada, pero con la facultad de comer juntos en el gran comedor del piso bajo. ¿Ves tú que vida más feliz para mí? ¡tener á mi hija tan cerca, oír sus pasos, oír su risa, desquitarme de tantos días pasados lejos de ella! ¡y para vosotros resultaría esto tan cómodo!

»El pobre padre no os había de incomodar. Que queráis verlo, tac-tac en el techo: que conoce que os estorba, pues en seguida se sube á su casa: pues ¿y cuándo llegue el bebé? ¡qué comodidad las noches que queráis salir! ¿Quién se queda guardando y vigilando la casa, el niño, y

los criados?... ¡El abuelo!... y mientras tanto, lejos de los molestos, de los que piden prestado, de los actores en busca de un papel, de los directores que meten prisa para que se acabe la obra que se está haciendo, el dichoso abuelo trabaja tranquilamente en medio del silencio para formar la dote de Ninita. Nunca habría sido tan feliz, y conociendo tu excelente corazón, estoy seguro de que también tú serías dichosa de rechazo.»

A la carta de su padre contestó Rosa de Fagan á correo vuelto:

«Mucho nos hemos alegrado, mi querido papá, de saber que los periódicos se habían equivocado y que no has estado enfermo del cerebro; pero deja que tu hija mayor te regañe un poco; has de convenir con ella en que si tu razón está intacta, tu conducta en cambio no es siempre la más propia de un hombre formal.

Tu aparición en el baile del Gobierno la noche del martes de Carnaval con todos aquellos jóvenes no era de lo más correcta; confíesalo, y confiesa también que mamá y el primo, á los que pusiste en una situación muy molesta, tenían razón para incomodarse contigo. Perdona que te lo diga, á tu edad eso, es hacer una *vida de zarzuela*.—La frase es de Gastón que, sin embargo, te quiere de todo corazón y que aprecia mucho tu teatro—pero la verdad, ir corriendo calles vestido de máscara con Rouchouze, y meterte en una casa á la que tantos motivos te prohibían acercarte... ¡vamos, papáito!... ¡no está bien hecho!... Además; ¿es creíble lo que han dicho á Mr. La Posterolle de que ibas á hacer una comedia con su matrimonio y tu divorcio?

»Después de este sermón merecidísimo nos ocuparemos de asuntos más alegres.

Tus propósitos respecto á mi dote me han conmovido; con ella y con el sueldo de Gastón seremos unos verdaderos capitalistas; pero ¡qué lástima que tu idea de vivir juntos no sea práctica! Hubiera sido delicioso queriéndonos como nos queremos; pero hay mil cosas en las que tú no has pensado, que se oponen á este proyecto. ¡Dios mío! ¿no está llena la vida de privaciones y contrariedades? Si viviéramos siempre juntos, ¿cómo se arreglaría mamá para verme sin estar expuesta á encontrarse contigo á cada momento? y estos encuentros serían para vosotros tan desagradables como poco convenientes á los ojos del mundo y hasta de los criados. Lo mismo sucedería con el primo, que tendría que privarse de visitarnos, so pena de obligarte á subir á tu casa en cuanto entrase en la mía; y hay que pensar que Gastón tendrá por precisión que ver muy

frecuentemente á Mr. La Posterolle. A él le debemos el ascenso y nuestra boda; cuando lo hagan Consejero de Estado, y mamá, y él y Ninita vivan en París, estaremos constantemente los unos en casa de los otros. Padre querido, tu sueño era un sueño, bórralo y no te acuerdes más de él, pero consuélate pensando en que tus hijas te verán con mucha frecuencia mucho más á menudo que cada dos domingos, como mandaba la sentencia.

»Como es natural, Gastón no sabe nada de tu proyecto; le hubiera costado mucho tener que decirte que no, agradecido como está á tus bondades y habiéndome encargado además que te pida un favor: se trata de saber el precio de las perlas para la canastilla. Quisiera tres hilos con un rubí por broche. Mira, papaíto, busca, infórmate. Al final de esta carta encontrarás una lista con otros encarguitos; ni si-

quiera busco excusas, porque estoy acostumbrada á que me mime el papá más bueno y más cariñoso...»

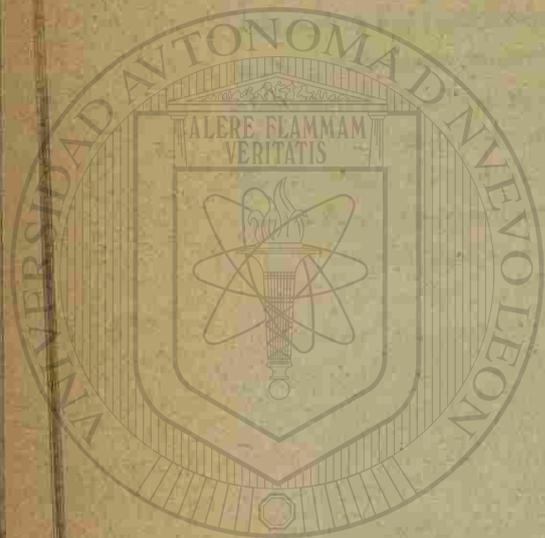
Las últimas líneas casi no pudo leerlas porque las lágrimas enturbiaban sus ojos. ¡Pobre Rosa; no era suya aquella carta sin corazón, llena de sentencias morales!



Se la habían dictado; le habían llevado la mano y detrás de ella, sentada á su pupi-

tre de seda azul, veía la sonrisa traidora de Mme. La Posterolle, y oía su voz seca y dura comentando y corrigiendo...

¡Sí por Dios! se podía hacer una hermosa pieza con su historia... una pieza que haría llorar á todos los padres y quizás á algunas madres y que podría titularse: *El divorcio de papá Goriot.*



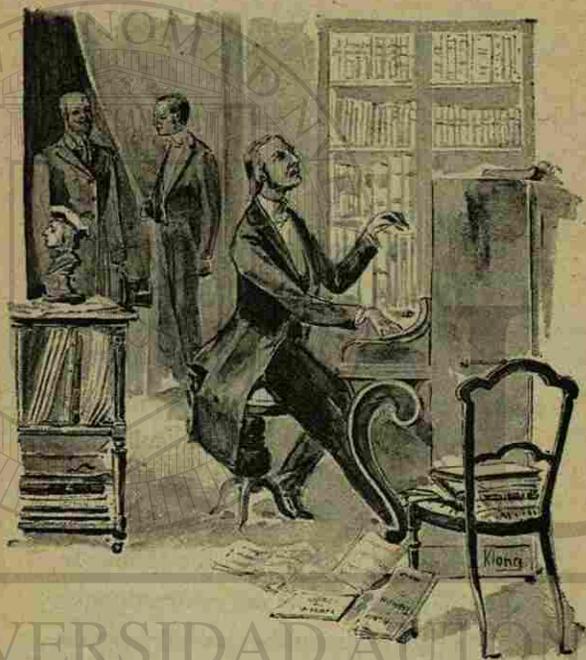
## IX

—No sé, señor, voy á ver.

Fagan no pudo menos de admirar el aplomo imperturbable del criado, que no se atrevía á asegurar que su amo estaba en casa, cuando desde la antesala se oía entre el estruendo producido por todas las notas de un piano, la voz, la inolvidable voz del consejero Malville, aullando, ladrando, maullando, relinchando la última partitura de su músico favorito. El criado volvió á poco y dijo con la mayor impasibilidad en medio del estruendo musical que hacía retemblar las vidrieras de la antesala:

—Si el señor tiene la bondad de pasar...

El magistrado Garin de Malville, sentado al piano volvió hacia Régis una cara



nerviosa y larga, que como todas las que el dolor ha modelado, surcado de arrugas,

no acusaba ninguna edad; con unos ojos descoloridos y una boca que Wagner desgarraba en aquel momento, y que retorcida y negra sólo podía compararse en su desorden con el que reinaba en aquel gran despacho, donde las partituras de música y los libros de Derecho estaban hacinados sobre los muebles y, llenos de polvo, estorbaban por todas partes hasta el punto de no poderse andar.

—Régis, amigo mío, escuche usted esto... Es el acto segundo de *Tristán é Isolda*... la escena de amor... *Isolda... Geliebte*...

Sentado sobre un montón de libros Fagan sufría resignado aquella ducha harmónica, porque sabía que nada en el mundo podía impedir que aquel maniático acabara el trozo de música interrumpido á cada compás por sus gritos extáticos y sus voluptuosos desfallecimientos:

—El pinchazo, amigo mío... el pinchazo de morfina que embriaga que mece...  
*Endlich... Endlich...*

Por fin cuando Tristán é Isolda desfallecidos hubieron desecho el abrazo que los unía, el magistrado melomano, girando sobre su taburete, pidió á Régis noticias de sus trabajos y de su salud. «No es muy buena ¿eh?... Sí, sí... ya comprendo... la vida de soltero, la vida de artista... ¿Por qué no ha imitado usted á su mujer? ¡Se ha vuelto á casar la tunanta!... Esa sí que conoce á Wagner!... A propósito: ¿y sus hijas de usted? ¡Hábleme usted de sus hijas!

—Precisamente señor consejero...

La mayor iba á casarse, á entrar á formar parte de una familia de magistrados, los Remory y había pensado que Mr. de Malville le daría noticias sobre la honrabilidad de aquellos señores.

El consejero hizo un gesto con la boca y dijo:

—¿Honorable el Remory?... Psi, ya puede ser... pero es un magistrado improvisado que no ha pasado por los escalones jerárquicos; con decir que es el único de los presidentes de Sala que lleva toda la barba cuando el mismo presidente del Tribunal, que vino en iguales condiciones, se ha afeitado la suya por respeto á las costumbres de la casa, me parece que ya puede usted juzgar al Remory: y si el hijo se parece al padre...

Mr. Malville empezó á trazar un cuadro del Tribunal Supremo bajo el punto de vista de los antiguos y los nuevos magistrados, tan compendioso, tan detallado que Fagan que estaba mal dispuesto y que se sentía algo calenturiento se hubiera marchado si no hubiera sido por que quería hacer una pregunta, que como

una *postdata* de su visita hizo por fin casi en el momento de despedirse. Se trataba de cierto asunto, Hulín... sí, Hulín era el apellido... una sentencia de separación que quizá recordaría el consejero...

—¡Que si me acuerdo!... ya lo creo, ¡Hulín en el Havre un primer violín de primer orden! El hombre de Francia que mejor conocía á Bach... á Wagner lo entendía menos; pero sin embargo, me había prometido ir este año á Bayreuth el pobre...

—Pues ¿qué?... ¿qué le ha sucedido?...

—Nada; que se ha muerto.

—¡Muerto! y... ¿cuándo? tartamudeó Fagan cuya voz había bajado al registro grave.

—Hace próximamente un mes; me escribió el día 4 por la mañana y se mató por la tarde del mismo día, echado en su cama con un revólver de reglamento. Era un apasionado, un loco de amor.

Y volviendo á su manía el consejero torciendo la boca, poniendo los ojos en blanco, se puso á maullar:

«¡Iso...o...olda! ¡Geli...i...iebtel!...» mientras Régis deslumbrado, aturdido salía tropezando con las partituras y los diccionarios.

¡Había muerto! Así se explicaba todo, la marcha de Paulina que realmente había ido al Havre, su ausencia necesaria para el arreglo de la herencia... Unos cuantos meses de luto impuestos por las conveniencias y aquella mujer adorable podría ser la suya. Ya nada se oponía: ¡Los celos de Rosa! eso era una niñería que se vencería con un buen par de besos y con ponerle un brazalete más en la canastilla. ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Parecía mentira que de una palabra tan tétrica pudiera nacer tanta alegría! Fagan deliraba, hablaba en alta voz al salir de casa del consejero y bajar

por la calle de los Saints-Péres, con dirección á los muelles. ¿De modo que no significa nada ni la edad, ni los dientes que se caen, ni el cabello que clarea hacia las sienes? No caminaba más alegremente al separarse veinte años antes de su prometida el día que los padres le habían dicho: «nuestra hija quiere y nosotros también.» No le pareció entonces el cielo más hermoso que parecía ahora el rosa y gris de esta tarde de Abril en que estaban húmedas las aceras, en que se oían los primeros cantos de los pájaros y se veían las primeras tintas verdosas colorear los árboles de las Tullerías.

También él sentía dentro de sí el movimiento de la primavera, pero bruscamente, con sacudidas en el corazón y una opresión cuya causa buscaba hace días y que sin duda provenía de la influencia del aire más templado, del cercano cambio

de estación y sobre todo de la dicha que no esperaba y que ahora tenía en perspectiva. Ya veía inundarse de ternura aquellos ojos azules, mientras la boca pronunciaba el «sí» deseado, y hasta el vestido que llevaría aquella noche: estaba tomando el té en el saloncito con la persuasión íntima de que estaba en su casa y de que ya no se marcharía de allí; y estos bonitos sueños que forjaba su imaginación mientras iba andando, daban tanta alegría á su cara que dos ó tres veces creyó notar que la gente se fijaba en él y que su sonrisa provocaba otras sonrisas.

Se había parado ante el escaparate de una tienda de la calle de la Paix, más para soñar á su gusto que para ver los objetos cuando un «Dispense usted querido maestro» pronunciado á dúo por una voz robusta y otra femenina, le hizo volverse con rapidez. Tenía delante un matrimonio de

cómicos, los esposos Couverchel, casados hacía veinte años y célebres en el boulevard por su ternura y su admiración recíproca. La mujer, contratada en el Vaudeville, acababa de estar dos años enferma y en el teatro la habían sustituido y olvidado, y no era posible ver nada más conmovedor que el modo de pedir el marido á Fagan un papel para ella, hablándole de su belleza, de su talento, mientras fijaba sus miradas llenas de adoración y de ilusiones en aquella pobre cara donde la enfermedad había marcado su huella y cuyos ojos le daban dulcemente las gracias con el doble agradecimiento de la mujer y de la artista.

Concedido el papel y prometido otro al marido, Fagan les miraba marcharse, no como una pareja elegante separados y con los brazos colgando, sino agarrados del brazo, muy juntos y muy apretados uno

contra otro; se comprendía al verlos que sólo la muerte podría desunirlos. Y eran cómicos, eran de aquellas almas fútiles y vanidosas cuya tontería y cuyas nimiedades había criticado tantas veces; sí, entre humildes comediantes era donde había encontrado el matrimonio soñado, el matrimonio ideal. ¡Ah! si Paulina quisiera, ¡cuántos años podían vivir aún así, los dos unidos á despecho de la vida y del mundo!

—¿El señor no está malo?—preguntó Antero al ver la extraña cara de su amo cuando volvió por la noche á casa.

—No, no; nada malo. Solamente siento siempre un ardor febril, una especie de caliente y superabundante expansión de vida que me llena el pecho, que parece estrecho.

Al ir á sentarse á la mesa, Régis vió el mantel y los platos girar en su blancura;

sintió chillar sus oídos; se ahogaba; quiso acercarse al balcón para abrirlo y el ruido sordo de una caída hizo acudir á Antero que encontró á su amo en el suelo como herido de un rayo.

Fagan se despertó en la cama una mañana clara y brillante sin poder apreciar cuanto tiempo había durado el desfallecimiento de que apenas acababa de salir; desfallecimiento cruzado por la fiebre, por extrañas visiones y horribles pesadillas, enrojecidas por la sangre vertida, ó descoloridas por las inmersiones en agua pantanosa, fría ó caliente, según el calor de sus miembros. Dos imágenes aparecían claras en medio de sus confusas ideas: las de sus hijas, tan pronto afectuosas y lindas como secas y duras, sin lágrimas en los ojos, viéndole sufrir y morir sin alargarle una mano, sin darle una gota de agua para apagar la sed devoradora. Por

fin volvía á la vida real, teniendo que entornar los ojos para resistir la luz del rayo de sol que doraba la alfombra clara de su arreglado cuarto, por cuya ventana entreabierta, detrás de las cortinas caídas,



veía el revoloteo de los pájaros entre las ramas altas de los árboles.

Al lado de la ventana estaba sentada una mujer severamente vestida de negro, inclinada hacia la luz, fija la vista en su labor. Desde la cama, Fagan no ve más que una nuca blanca y una trenza de cabellos de reflejos rojizos, pero ya ha reconocido á Paulina Hulín y á Mauricio, que lee sentado á sus pies en un taburete. Después de tantas agitadas y sangrientas visiones, ésta le causa tal encanto que teme verla borrarse, desvanecerse como las otras en la confusión de la fiebre. Cierra los ojos, los vuelve á abrir y encuentra el mismo cuadro envuelto entre el polvo de un rayo de sol que pasa por las cortinas; pero esta vez Mauricio levanta la cabeza y al cruzarse sus miradas y sus sonrisas, el niño solo, sin muletas, se lanza á los brazos de su amigo. Paulina se acerca también con las manos abiertas, y en el rápido examen que hace de ella Régis la

encuentra un poco más pálida, adelgazadas las líneas del rostro por su recuadro de luto y con una nueva expresión de tristeza extendida sobre la bondad y la lealtad de su cara. Debilitado por la enfermedad, llora, le besa los dedos diciendo:

—¡Amiga mía... amiga mía!...—y atrayéndola en voz muy baja por estar el niño cerca: —¡y libre... libre por fin!...

Pero Paulina apartándose, exclamó:

—¡Oh, no, Régis; eso no!... ¡no hablemos nunca de eso!

Verdaderamente lo reciente del drama justificaba un pudor y una reserva fáciles de comprender; por eso, hablando en seguida de otra cosa, preguntó cuándo habían vuelto. ¿Una semana ya?... una semana entera á su lado sin que la hubiera reconocido, presentido en su delirio... La misma tarde que llegó encontró al pobre Antero trastornado buscando una enfer-

mera, y entonces, acordándose de las horas que Régis había pasado al lado de su hijo, se había constituido en hermana de la caridad del escritor hasta que las señoritas de Fagan, á las que se avisó, vinieran á relevarla.

— ¡Ah, sí, mis hijas!... ¿dónde están mis hijas?

Se animaba y se encendían sus mejillas. Mme. Hulín trató de calmarlo... Antero había teleografiado uno de los primeros días; ¡pero Córcega está tan lejos!... quizá el mar estaba malo... ó no habrían tenido quién las acompañara... Además, ¿quién sabe? entre las cartas recibidas durante la enfermedad de seguro estaba la respuesta de sus hijas.

Efectivamente, esparcido sobre la cama el correo recibido, había dos cartitas firmadas por Ninita, que leyó en alta voz Mme. Hulín al padre impaciente y dema-

siado débil para poderlas descifrar solo. La primera carta decía que la pobre Nina estaba afligidísima por la súbita enfermedad de su padre y por la marcha de la escuadra, pero que tenía la esperanza de que su padre se curaría pronto y de que la escuadra no tardaría en volver. Rosa estaba en Bastia con el *primo* para despedirse del joven Remory que estaba próximo á ser trasladado al continente. La segunda anunciaba como cercana la llegada á París de Rosa y de Ninita, acompañadas de los Sres. de La Posterolle, y en cuanto llegaran irían á ver á su querido papáito. Seguían después una porción de recomendaciones higiénicas, de consejos contra el frío de la noche, la niebla del jardín, para el uso de cierta franela especial, y las señas del fabricante.

— Está muy bien — murmuró Fagan que escuchaba acariciando la rubia y se-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DAUDET"  
Apto. 1026 MONTERREY, MEXICO

dosa cabeza de Mauricio—está muy bien pero hubiera podido morirme veinte veces sin verlas.

Mme. Hulín no quiso insistir temiendo aumentar una pena que comprendía, y dejándole solo con el niño se fué á la pieza inmediata, á donde la llamaba hacía un rato Antero, con gestos enérgicos.

Estaba allí Mademoiselle tan seca como siempre y con sus gafas, que venía á saber noticias de Fagan.

—¿De parte de?...—preguntó madame Hulín.

La inglesa contestó con arrogancia:

—De parte de sus hijas.

—¿Están en París?

—Es posible...

Paulina bajó la voz temiendo que pudieran oírla:

—Mr. de Fagan está mejor, pero si llegara á saber por cualquiera que no fuese

ellas mismas, que sus hijas están en París, quizá bastara con la noticia para matarlo. Dígaselo usted así á esas señoritas.

La institutriz miró de pies á cabeza á Palina Hulín, que le contestó con una clara mirada, y dando media vuelta se retiró sin decir una palabra, ni siquiera saludar...

Hacía tres días que los señores de La Posterolle estaban instalados en un *Family Hotel* del Cours-la-Reine, esperando el matrimonio de su hija y el nombramiento de Consejero de Estado. El primer recuerdo de Rosa al llegar á París fué para su padre; hubiera ido corriendo á verlo con Ninita á no evitarlo las objeciones de su madre, á la que este apresuramiento daba envidia... «La enfermedad podía ser contagiosa, sobre todo para personas que acababan de venir de lejos, de aspirar aire puro; habría que ver, que informarse...»

—Pero si ya estamos informadas, mamá..., una congestión pulmonal no se pega.

Entonces Mme. La Posterolle contrayendo la boca, hizo alusión á cierta persona que sus hijas podrian encontrar en casa de Mr. de Fagan. Rosa protestó:

—¿Mme. Hulín?... ¡Oh! eso acabó hace mucho tiempo... Creo que ni siquiera está en París.

Para asegurarse la madre envió á Mademoiselle al boulevard Beausejour, y ésta volvió tan satisfecha, que desde lejos hacía gestos con la sombrilla á las señoras que la esperaban en el balcón del hotel.

—Me ha recibido la misma Mme. Hulín—dijo triunfante.

Y la madre exclamó:

—Ya sabía yo que no habían concluído.

La pobre Rosa, herida en el corazón, respondió con tono indiferente:

—Puesto que tiene á esa señora que le cuide, no le hacemos falta nosotras.

—Tanto más, cuanto que está mucho mejor—añadió Mademoiselle.

Ninita inquieta preguntó á su hermana:

—¿Pero no vamos á ir á verle?

—Tú, si quieres, puedes ir; yo no voy.

—Haces mal...—dijo la pequeña, que pensaba en una porción de asuntos de interés de los que la mayor no se ocupaba para nada; pero no consiguió hacer cambiar su decisión.

Pasaron días. Régis no se levantaba aún por más que favorecía su convalecencia la dulzura de la primavera y la fuerza de las primeras savias. Comenzaba á recibir visitas sentado en la cama, pero el médico le prohibió hablar y pasaba los días jugando al dominó con Mauricio ó escuchando las lecturas que le hacía Paulina Hulín en la semi-obscuridad del cuar-

to fresco y tranquilo, lecturas frecuentemente acompañadas y ritmadas por el voluptuoso arrullo de alguna paloma torcaz que se posaba en el zinc de la ventana. Algunas veces interrumpiendo el capítulo ó la página empezada, el enfermo pensaba en voz alta frunciendo las cejas:

—¿Pero qué pasa?... ¿Por qué no me escriben ya?...

El recuerdo de sus hijas le torturaba; algunas palabras de su amiga, algunas explicaciones dadas al azar, disipaban pronto sus inquietudes, menos por los pretextos que inventaba que por las caricias de su voz y de sus ojos.

Desde que se conocían nunca había estado tan entusiasmado, aunque realmente Paulina no hacía nada para ello; por el contrario, escondía las manos cuando él quería cogérselas, eludía sus antiguas conversaciones sobre las pasiones y

sobre el matrimonio, evitando especialmente toda alusión á los últimos acontecimientos, á la muerte de Hulín, á su viaje, cosas que inquietaban á Régis pero que no se atrevía á averiguar.

Sin embargo, un día que estaban solos, bordando Paulina cerca de la ventana abierta, por la que miraba frecuentemente al jardín, donde se oían los gritos y las alegres carreras del niño, dijo Fagan suspirando desde la cama:

—¡Ah! ese jardín... ¡qué emoción me causó, cuando volví de Córcega, encontrarlo desierto!—Y al ver que ella no contestaba añadió: —¿Por qué no me avisó usted?

—Marché tan de pronto y tan trastornada...—Mme. Hulín hablaba sin volver la cara.—El despacho telegráfico de mi suegro me sobrecogió de tal manera... «Hulín va á morir, ven en seguida». Al pronto creí que era un lazo que me tendían; tanto

es así, que mientras yo me iba sola al Havre, Anita se llevaba al niño á su casa al final de los Vosgos; pero el telegrama no mentía; cuando llegué ya había muerto.

Nunca había hablado tanto hasta entonces; pero de lo que él quería saber, del por qué el marido había vuelto á venir después de la horrible escena, de eso no decía ni una palabra; y él lleno de sospechas y de ideas extrañas se limitó á preguntar con cortedad:

—¿Sabe usted por qué se mató?

Haciendo un esfuerzo contestó ella:

—No; no lo sé... Quizá cansado de la vida de odio, del callejón sin salida en que nos habíamos metido. ¡Desgraciadol

Fagan contrayendo los labios murmuró:

—¡Con cuanta compasión habla usted de él! ¿Acaso le ama usted aún?

Paulina, siempre sin mirar, replicó:

—¿Cree usted que si yo le quisiera es-

taría muerto? No, no... pero verle allí en aquella cama, con la boca ennegrecida por la pólvora, cuando dos días antes...

—¿Dos días antes?...

Sin terminar la frase se había puesto de pie y permaneció un minuto asomada á la ventana viendo jugar á su hijo.

—Y el padre, el pobre—dijo volviéndose á sentar—si lo hubiese usted visto ante aquel lecho mortuorio, ante el que había sido su hijo, le hubiera usted compadecido tanto como yo... Los pocos días que he estado en el Havre los he pasado á su lado sin separarme de él ni un minuto, sin dejarle solo ni el tiempo necesario para escribir una carta. Además no sabía que hubiese usted vuelto; y además...—Miró otra vez al jardín y dijo:—¡Calla, no veo á Mauriciol...

Sonó el timbre de la escalera anunciando una visita para Fagan. Mme. Hulín en

casos semejantes pasaba á la habitación inmediata para evitar así toda clase de comentarios sobre la familiaridad que suponía su presencia. Se estaba preparando para desaparecer, recogiendo aprisa y corriendo los chirimbolos de su cesto; pero él le hizo una seña con la cabeza para que se quedara; la conversación le interesaba demasiado y quería ir hasta el fin. Se oyó el golpe de una puerta, pasos ligeros y precipitados y entrando en el cuarto violentamente Mauricio anunció con voz triunfante:

—Ya están aquí Rosa y Ninita.

Las había visto por la cancela llamar á la puerta de entrada, y lleno de alegría por sí y por la que va á causar á Régis, el niño aplaude, tira un beso á su madre y sale corriendo á buscar á Ninita que entra la primera, con la cabeza erguida, el velo echado y que separando á Mauricio con

un ademán indiferente y distraído, dice:

—Somos nosotras, papá —deteniéndose en medio del cuarto mirando á madame Hulín, como si no esperara haberla encontrado allí.

—¡Hijas mías!... ¡Hijas de mi alma!... —gritó Fagan trastornado abriendo los brazos.

Pero Rosa que acaba de entrar, permanece inmóvil como su hermana ante la misma aparición. Régis se conmueve:

—¿Qué es eso, hijas mías? ¿qué sucede?

—Sucede, padre mío —dice Rosa teniendo una mano apoyada en el hombro de su hermana y la otra extendida con gesto melodramático, vibrante y contenido como el trémolo de su voz,—sucede que ni mi hermana ni yo permaneceremos ni un minuto más aquí, si no ordenas á esa mujer que salga.

Cogiendo á su hijo que se había refu-

giado en su regazo, Paulina Hulín iba á llevárselo, pero Fagan la detuvo cogiéndola vivamente por un brazo, é incorporado en la cama, exclamó:

—¡Salir... usted, la buena, la infatigable!... Usted que me ha cuidado, que me ha salvado de la muerte cuando todos me abandonaban!... Ellas son las que saldrán de aquí... ¡Malas hijas, que me hubieran dejado morir sin decirme una palabra de consuelo ni dirigirme una mirada de compasión!...—Paulina quiso interrumpirle. —Sí, ya sé que siempre encuentra usted ocasión para defenderlas... la edad, la debilidad... los consejos de aquellas bribonas... Mucho tiempo lo he estado creyendo, pero ya se acabó... Son unas malas hijas, lo repito, unas hijas despiadadas. ¡Cuánto daño me han hecho! ¡cuántas puñaladas me han dado en mitad del corazón!...

Pero volviendo de pronto á la ternura, transformando la expresión de su voz y de sus ojos, siguió diciendo:

—Rosa, grandullona mía, te suplico que pidas perdón á la honradísima mujer á quien acabas de ofender tan injustamente... Anda, Rosa mía, hazlo!...

Mme. Hulín protestó con dignidad, con orgullo; pero Régis insistió:

—¡Sí, sí; es preciso... lo quiero... son mis hijas y deben obedecerme! ¡Lo oyes, Rosa?... ¡Ninita, te lo mando!

Las dudas que agitaban á la mayor se adivinaban en la oscilación de su delgado cuerpo; pero pudieron más los celos:

—No, eso nunca.

—¿Y tú, Ninita mía?

—¡Oh! yo lo mismo que mi hermana.

Al oír esto estalló su cólera:

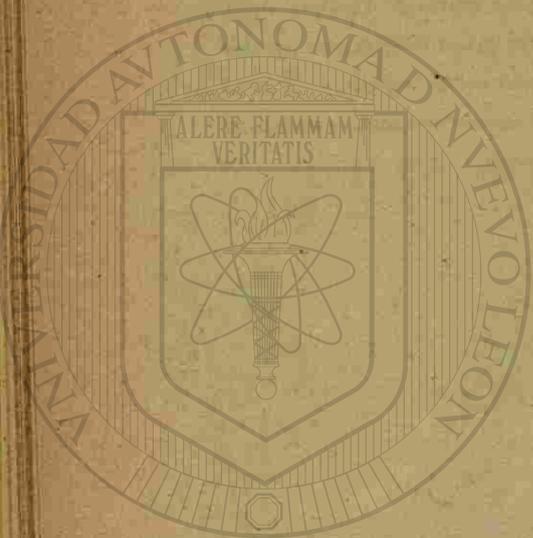
—¡Fuera, ingratas!... ¡fuera de aquí, malas hijas!... que no os vuelva á ver jamás.

Estoy divorciado de mi mujer; desde hoy lo estoy también de mis hijas... Decídselo así á vuestra madre... ¡nunca, jamás!... ¿lo oís bien?... ¡nunca, jamás!



Su cara se ponía encendida, su voz se enroquecía y al caer estenuado sobre la

almohada, con la mano de Paulina siempre cogida entre las suyas, repitió ronca-mente dos ó tres veces: «¡Nunca, jamás!» mientras Rosa salía sollozando seguida de Ninita, que llevaba secos los ojos y la cara indignada.



X

Una tarde de Junio, bajo la espesa bóveda de verdura formada por las ramas de castaños de Indias, del final de la Avenida del Observatorio, se paseaba nerviosamente Mme. La Posterolle, haciendo sonar sus tacones sobre la acera de asfalto que hay entre las dos filas de bancos, en los que algunos vagos desarrapados se entregaban á meditaciones patibularias. Vestida de color de malva desde las medias hasta la sombrilla, destacándose sobre el malva los blancos polvos de su peinado de abuela, parecía poco impresionada por las halagüenas demostraciones de sorpresa de los aprendices de pintor y de



los estudiantes que antes de entrar en la sala de armas próxima, se volvían para contemplar á aquella señora mayor, de mirada tan fresca y provocante y que pisaba con el mismo aire de autoridad que un co-

mandante de barco en el puente del suyo. A cada instante miraba la hora en el reloj microscópico que llevaba en un brazaletes de cuero, y murmuraba con rabia:

—Las cinco... las cinco y diez... las cinco y veinte...

Y estaba pensando en si Fagan la haría esperar mucho aún, cuando le vió aparecer al extremo de la avenida, andando con el paso lento é inseguro del convaleciente que sale por primera vez.

Como Régis se había negado con obstinación á volver á ver á sus hijas después de la ruptura de la última visita, su ex-esposa le había pedido una cita para arreglar ciertos detalles del matrimonio de Rosa, y Paulina Hulín, siempre buena y razonable, tratando de hacer que se acercase á sus hijas, se había decidido á acompañarle hasta el Luxemburgo, donde se

había quedado esperándole con Mauricio.

En cuanto lo vió Mme. La Posterolle, flaco y pálido, casi completamente encanecido el fino bigote rubio, se apresuró hacia él, subrayando con una maligna sonrisa la crueldad de la idea que le ocurrió al verle y que le hacía pensar por lo bajo:

—Está hecho una ruina mi ex-marido, mientras se acercaba á él haciendo gestos dulces y cariñosos y fingiendo grandísimo interés.

Fagan, acordándose de sus traiciones abominables y sobre todo de la última, la más cruel de todas, la ruptura con sus hijas, la miraba con desprecio, con cólera y también—á causa de la debilidad que sentía—con temor, como si se viera frente al genio maléfico de su existencia, cara á cara con algún pérfido kobold oculto en aquella sombría calle de árboles.

—¡Muchas gracias, por haber venido!... —empezó á decir ella poniéndose á su lado y ajustando su paso al suyo.

No pudiendo ir á casa de Fagan por impedirlo las conveniencias, ni Fagan á su casa, había pensado en su querida avenida para arreglar asuntos que á los dos interesaban.

—¿Por qué no se ha dirigido usted á mi notario—interrumpió Régis con viveza —tiene todas mis instrucciones.

—Allí he tenido ocasión de reconocer su caballerosidad nunca desmentida.

Pero no se trataba sólo de dinero; se trataba de saber cómo se había de arreglar la comida, cómo se iba á formar la comitiva, dónde se firmaría el contrato...

¿En casa de Régis? ¿En la de La Posterolle? Los mismos inconvenientes tenía lo uno que lo otro; por eso había pensado en la casa de los Remory, los padres

del novio... ¿Le parecía bien? bueno... Otra cosa: el matrimonio—se entiende, el matrimonio religioso—se celebraría en la Magdalena, y Rosa ante todo, quería entrar en la iglesia del brazo de su padre.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer para conseguirlo—dijo Fagan puesto en guardia y ordenando con el ademán.

—¿Una cartita dando excusas á madame Hulín?—dijo la madre, cuyos párpados se habían estremecido.

—Exactamente.

—Sí, lo hará, de seguro. Tiene tanto empeño en exhibirse del brazo de su célebre padre...—Esta frase la dijo muy recalcada, dando á entender que se trataba de una cuestión de vanidad, no de cariño, y añadió sonriendo:—Menos favorecida que mi hija yo daré el brazo al presidente Remory.

—¿De modo que estaremos allí los dos?—preguntó Fagan estupefacto.

—¡Claro! Puesto que casamos á nuestra hija...

Dieron unos cuantos pasos sin hablar y después murmuró Régis con tono irónico:

—¡Qué situación más extraña!... ¿Y su marido de usted, y La Posterolle?

—Cabalmente quería hablarle á usted de él; no se le puede excluir, porque al fin es mi marido... es el padrastro de Rosa, y además es el que ha hecho la boda. Antes de formar parte de la magistratura Gastón Remory era pasante de su estudio... ¿No le parece á usted que debe formar parte de la comitiva?

—No veo inconveniente—y sumiéndose en reflexiones sin fin, Fagan la dejó charlar, agitar sus pulseras, la sombrilla, alabando á la familia Remory, al presi-

dente, á la presidenta y al delicioso alumno de Saint-Cyr que ya rondaba á Ninita.

—Otra boda que se prepara; nueva ocasión para que volvamos á nuestras citas bajo estos hermosos árboles... Yo les tengo cariño á estos árboles... ¿y usted?

—No,—contestó pensando en los recuerdos que evocaban en su memoria aquellas palabras; veía una larga sucesión de citas lúgubres y allá al final de aquellas anchas avenidas, á su antigua mujer cada vez más vieja y transformada, más temblorosa y más mala.

Mr. La Posterolle lo hizo volver á la realidad preguntándole de pronto:

—¿Y usted, Fagancito, cuándo se casa? Creo que ya no se opondrá nada, puesto que Mr. Hulín ha muerto.

Régis se estremeció, la lanzó una mirada escudriñadora y dijo:

—¡Ah! ¿con que sabe usted?...

—Muchas cosas que de fijo usted ignora.

Al ver la contracción de su boca y su mirada furtiva comprendió Fagan que le iba á hacer daño, mucho daño; pero le excitaba una gran curiosidad.

—¿Qué?... vamos á ver, ¿qué es lo que yo no sé?

—Pues, por ejemplo, el por qué se ha matado el marido de la encantadora Paulina. Estoy segura de que ni siquiera lo sospecha usted... Pues bien, se ha matado —voy á citar las mismas palabras que empleaba en una carta en que se despedía de un amigo suyo,—porque no podía sobrevivir á una dicha que no había de repetirse... ¿Ha comprendido usted? Seguramente no.

Tanto lo había comprendido el pobre Fagan que sintió tal desfallecimiento que se vió obligado á sentarse en un banco.

—Es natural... en la primera salida ya se sabe, las piernas están un poco flojas  
—dijo Mme. La Posterolle haciéndose la cuidadosa.

Fagan le indicó un sitio á su lado; pero la elegante parisién contestó:

—No, gracias, prefiero...—y haciendo una mueca de repugnancia, de pie apoyada en su preciosa sombrilla, balanceándose ligeramente continuó:—Como usted sabe, se acercaba el momento en que el niño debía, según la sentencia, ir á parar á las brutales garras del padre—gran desesperación de la madre. De pronto Hulín, cada vez más enamorado, se presenta en casa de su mujer—esto sucedió durante su viaje de usted á Córcega—y voy á citar á usted casi sus mismas palabras: Si consientes en lo que deseo, me embarco y no vuelves á oír hablar de mí y además renuncio, haciéndolo constar así en un

acta que te entregaré, á todos los derechos que la ley me da sobre nuestro hijo.

Fagan dió un salto:

—¡Eso es absurdo!... un acta así no tiene valor. Ningún Tribunal del mundo...

—Ya lo sé, ya lo sé... pero Mme. Hulín no lo sabía ni su marido tampoco probablemente. Mr. Malville me ha dicho que... ¡Va! ya dije el nombre del autor; mejor, así la historia resultará más auténtica... Pues como iba diciendo, Malville me aseguró que estas especies de compromisos, de convenios amistosos, se hacen entre gente de sociedad con la misma frecuencia que entre los campesinos, y, en fin, que en este país en que todo el mundo debe conocer las leyes, hay muy pocos que sepan ni una palabra. Volviendo á los Hulín, la desgraciada, horrorizada con la idea de perder á su hijo, consintió en lo que aquel hombre le pedía: en concederle

sus derechos de marido por una noche y sacrificó la mujer á la madre. Es duro, pero hay que confesar que los detalles de aquella noche serían sumamente interesantes para los casuistas. Paulina sentía horror hacia su marido, eso no puede dudarse; pero Hulín, realmente ya no era su marido puesto que estaban separados y ella misma vivía desde hacía cinco años como si hubiera estado viuda... además, estaba en la edad en que la mujer de nuestro país comprende el amor y lo necesita...

¡Ah! ¡con qué habilidad destilaba el veneno aquella envenenadora! ¡Cómo seguía paso á paso sus efectos en aquella cara pálida, macilenta que hubiera inspirado compasión á cualquiera!

—Así es que mire usted si le pareció la noche hermosa á aquel marido afortunado, que al volver al Havre no tuvo valor

para embarcarse y prefirió morir á vivir después de haber gozado de aquella felicidad que no había de repetirse, según dice en la carta que escribió á Malville.

Fagan se puso de pie, rugiendo entre los apretados dientes.

—¡La verdad es que como depositario de confidencias supremas, deja bastante que desear Malville!

—Sí, dijo ella con su pérfida sonrisa... en tocándole música de Wagner se entrega por completo.

Dieron algunos pasos en silencio al lado uno de otro, y viéndole pensativo añadió:

—Tenemos que separarnos, y cogiéndole la mano: las niñas están ahí cerca, ¿no quiere usted verlas?

Fagan dudó un momento pero dijo con rabia.

—No... otro día.

—Perfectamente... Hasta muy pronto Fagancito.

Se separó de él en el barullo de la encrucijada, llegó alegre y ligera á la esquina del boulevard de Port Royal donde la estaba esperando un gran *landau* descubierto en el que lucían brillantes sombrillas.

—¿Vienes sola?—preguntó Rosa contrariada por no ver á su padre.

—No te importe; ya está todo arreglado... respondió Mme. La Posterolle por lo bajo y cogiendo la ancha manaza que le alargaba Mademoiselle para ayudarla á subir, añadió: Es un muchacho excelente; no os guarda rencor; firmará el contrato, asistirá á la boda...

—Y mi dote—dijo Ninita, ¿habéis hablado de mi dote?

—Claro está... Pero lo mejor de todo es que me parece que he hecho imposible su matrimonio con Mme. Hulín.

La pequeña lanzó una alegre carcajada diciendo:—¡Oh! entonces sí has destruído la competencia... y cuando el *landau* se ponía en marcha, Rosa, que ya no tenía pretexto para sus celos, murmuró abandonando su flexible talle al movimiento del carruaje.

—¡Pobre papá!

Fagan, mientras tanto se iba cruzando los floridos jardinillos sobre los que el sol poniente tendía como una especie de red de luz, á buscar á Mme. Hulín y á su hijo en el Luxemburgo. Andando, miraba la alta verja que cierra el jardín y sus hierros que daban una sombra alargada indefinidamente y pensaba en la amiga cariñosa que le esperaba detrás de aquella barrera tan ancha como ilusoria y que tanto se asemejaba á los obstáculos que el destino formaba entre los dos. Ahora comprendía qué escrúpulos hacían que la

encantadora y delicada Paulina que parecía amarle cuando no era libre, le rechazase bruscamente después de ser viuda y dueña de su voluntad. Escrupulos indudablemente exagerados que llegarían á disipar el tiempo y la constancia de su amor.

Pensando en esto apresuraba el paso irradiando alegría y aspirando con la sensibilidad exquisita que da la convalecencia, el ambiente de aquel día templado, los variados perfumes de los jardines, refrescados por los abanicos de menuda lluvia que formaban las mangas de riego. Pero un poco más lejos, le venían á la memoria las palabras de Mme. La Posterolle. El veneno operaba, pasaba de una vena á otra... ¡Una noche, toda una noche entre los brazos de aquel hombre! Gran sacrificio debía haber sido, sin duda, puesto que á quien amaba era á él. Le amaba, eso se veía claramente. Al darse á otro

mentía, mentía con toda su alma, con todo su cuerpo y mentía voluntariamente, puesto que el hombre no tenía ningún derecho sobre ella y desde hacía muchos años no era ya ni de hecho, su marido...

¡No era ya su marido!... ¡Sólo con estas palabras que la bribona de su ex-mujer le había inoculado, cuanto le iba á hacer sufrir!... Ya no era su marido, es decir ya no era el que le repugnaba, el que hacía que se revelasen en ella el corazón y la carne. Algo nuevo, algo desconocido había entrado en aquel lecho en que reposaba una austera viudez y según había hecho juiciosamente notar Mme. La Posterolle, precisamente á la edad en que la mujer de estos países...

¡Oh! ¡Aquellos hermosos ojos azules embriagados por las caricias de otro! ¡aquellos blanquísimos hombros de piel tan suave estremecidos y como labrados

por el deseo!... á su pesar se le representaba todo esto y se le representaría siempre. Bien lo sabía su amiga: sabía que si se casaban esta idea dolorosa les acosaría y les perseguiría á los dos y había de impedir y de manchar su dicha. Sí, Paulina tenía razón y compartía sus escrúpulos.

Sin embargo, no se atrevía aún á tener una explicación con ella... Porque después de todo este modo de pensar podía modificarse, atenuarse con el tiempo, con el asiduo contacto de su ternura; ¡quién sabe si cualquier hermoso día de primavera la pasión victoriosa no lo arrastraría todo, no lo borraría todo con una llamarada de amor sana y reparadora!

Llegaba á la puerta del Luxemburgo á donde le había llevado su discutidora y cruel meditación. Antes de entrar se volvió y tendiendo el puño amenazador ha-

cia las calles de árboles de la avenida, cuyo verde sombrío dejaba adivinar vagamente las esbeltas y voluptuosas figuras de Carpeaux sosteniendo al mundo con los brazos levantados y resumiendo las cuatro todas las maldades femeninas de la tierra. ¡Podredumbre!—exclamó el pobre Fagan, —¡qué bien sabes hacer sangrar la carne del hombre!

La pequeña mano de un niño que había cogido la suya le arrastró hacia el jardín como si su amiga, desde el banco donde estaba sentada, hubiese adivinado cuanto sufría y le hubiera enviado á Mauricio para arrancarle á la crueldad de sus reflexiones.

—¡Dios mío! ¡qué pálido está usted! Le dijo Mme. Hulín cuando llegó á su lado y al mismo tiempo que se informaba de si había tenido frío, su voz acusaba esa inquietud, ese miedo que siente la mujer

ante un peligro que se le trata de ocultar y que adivina.

—¿Qué era? ¿qué acababan de decirle que así descomponía la expresión de su rostro?

—¿Por qué no se sienta usted un rato?... quizá no sea más que un poco de cansancio.

—No, no, vamos á andar. Necesito sentir el brazo de usted apoyado en el mío.

Régis notó que Paulina estaba temblorosa y tan inquieta y turbada como él. ¿Debía, á pesar de la resolución que acababa de tomar hacia un momento, provocar en seguida una franca explicación y salir de la incertidumbre que le oprimía el corazón?...

El niño iba corriendo delante y maquinalmente se habían dirigido hacia la terraza de la izquierda; la de la derecha estaba á aquellas horas cuajada de gente á

causa de la música cuyos acordes llegaban á sus oídos, rotos, entrecortados á través del follaje, mezclados con los agudos chillidos de los niños y de las golondrinas y con el rumor de la vida frenética y bulliosa de los seres pequeños que se exaspera á medida que la luz se va. Tan dulce le parecía aquel paseo en medio de la calma del crepúsculo, teniendo á su lado á la mujer querida, más hermosa con su luto que hacía resaltar la limpidez infantil de su cutis, que Fagan no tuvo valor para turbar aquella tranquila armonía y se limitó á contar de la entrevista lo que se refería á la boda de su hija.

—¡Ay, amiga mía, cuánta razón tenía usted!... ¡Qué trapisonda es el divorcio y á qué extrañas combinaciones da lugar!... Rosa se casará dentro de unos días y su matrimonio no puede ser más regular, pero como sus padres están divorciados,

verá usted qué espectáculo tan raro presentará la boda...

Y se entretuvo en detallar el cortejo: Él á la cabeza; el padre conduciendo á la desposada... Detrás Mme. La Posterolle, la mamá, que ya no lleva el mismo nombre que su hija... Ultimamente, La Posterolle figurando en el desfile y encontrándose muy á gusto en su puesto.

«Figúrese usted esta comitiva subiendo la interminable escalera de la Magdalena, la entrada por la puerta principal y todas las luces de los cirios, todas las ondas sonoras del órgano empleadas en recibir tanta cacofonía... ¡Ah! ¡Si París supiera reirse aún!...»

¡Él no podía reir porque tenía una herida en su amor paternal, porque había perdido definitivamente á sus hijas! Paulina trató de protestar defendiéndolas una vez más, pero Régis con una sonrisa rápida y

violenta que casi provocó sus lágrimas exclamó:

—No, amiga mía, se equivoca usted, mis hijas ya no me pertenecen; esa infame mujer las ha acaparado. Mi abogado me lo predijo con razón. Ha sido un trabajo de hormiga, una obra de carcoma, lenta, hecha poco á poco, día tras día... ¡y pensar que hasta el fin de mi vida estoy ligado á esa criatura que no me soltará nunca...! Después del matrimonio de Rosa, nos volveremos á encontrar en la boda de Ninita; más adelante, cuando seamos abuelos nos veremos otra vez en los bautizos. Será mi comadre, ya lo verá usted, una comadre que enseñará á mis nietas á que me detesten lo mismo que ha enseñado á mis hijas... ¡Ah! ¡el divorcio! ¡el divorcio que yo alababa porque me parecía la única manera de romper los lazos del matrimonio! ¿Se acuerda usted?... ¡El divorcio

que era para mí la libertad y que me ponía tan alegre, tan orgulloso! Pues bien, cuando se tienen hijos no se puede tomar ni siquiera como un arreglo.

Mme. Hulín movió dulcemente la cabeza y dijo con el tono profundo y sombrío con que solía confesar sus penas verdaderas, pues habitualmente el timbre de su voz era cristalino, vibrante y límpido como todo su ser.

—Teniendo hijos la separación no es mejor que el divorcio... nunca es más que aparente, es ficticia, pues siempre queda el hijo entre el padre y la madre.

—Entonces... ¿Qué hay que hacer? murmuró Fagan, y después de una larga pausa durante la cual llegaban mortecinos á sus oídos los últimos compases de la marcha de Lohengrín, terminó en voz alta el mudo conciliábulo que había celebrado los pensamientos de los dos, diciendo: Sí, es

cierto; la integridad del matrimonio... esa sería la felicidad... Poder pensar al elegir esposa; cuando me muera, en este pecho apoyaré mi cabeza para dormir el sueño eterno; estos labios serán los que cierren mis ojos; por eso quiero que este pecho sea muy suave, muy puro y estos labios muy frescos y solo para mí!... Así había yo comprendido el matrimonio.

Paulina en un todo conforme, sólo contestó suspirando tristemente.

Habían bajado la ancha escalinata de la terraza y andaban alrededor del gran estanque en que el agua parecía estremecerse á la luz rosada del cielo y en la angustiosa impresión de la caída de la tarde se sentían estremecer también los dos y hasta el niño que ya no corría y se apretaba contra el vestido negro de su madre.

—Debíamos volver á casa—dijo madame Hulín al cabo de un rato... Me parece

que es un poco demasiado para ser hoy el primer día que sale usted.

—Bueno; volvamos... contestó Régis con el mismo acento descorazonado.

Al salir del jardín, buscaba un coche entre el bullicio de la gente que se marchaba, cuando vió unos pasos más allá á Mme. La Posterolle y á sus hijas que se habían retrasado en la música y que subían á su *landau*. Las llamativas toilettes de las tres y el coche un poco chillón habían hecho que los curiosos las rodearan y Rosa y Ninita parecían muy satisfechas de llamar así la atención.

—Vámonos... dijo Fagan en voz baja á su amiga... Le causaba demasiada pena tener á sus hijas alegres y brillantes allí cerca, casi á su lado y no poderlas abrazar.

Bien podía decirse víctima del divorcio, aquel pobre hombre que veía alejarse en aquel *landau* lleno de flores, de risas y de

cintas de alegres colores, á sus hijas queridas, á su mujer, á su verdadera familia,



mientras él se quedaba al borde de la acera, incierto y dudoso rodeado de las sombras del crepúsculo, con aquella mujer y aquel niño cuyo luto riguroso, que

acompañaba, pero no compartía, decía claramente cuán lejos estaban y cuán lejos estarían probablemente siempre los unos de los otros.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

